Esposa de segunda mano

- ¡El matrimonio y un hombre respetable, serán la recompensa para una esposa de segunda mano!

Serena tuvo que enfrentarse a la vida a los diecinueve años de edad y con una recién nacida. Por medio de un anuncio en el periódico conoció al conde Alberto de Valdivia, quien le ofrecía un empleo seguro para toda la vida: el de esposa de su nieto. Pero al convertirse en la mujer de Juan, se dio cuenta de que prefería pedir limosna antes de seguir al lado de un hombre incivilizado y arrogante al que odiaba con todas sus fuerzas.

Capítulo 1

CON DEDOS temblorosos, Serena alisó el arrugado periódico sobre la mesa. El anuncio que había causado tanta controversia un poco antes de la hora del almuerzo, aparecía frente a sus ojos. La joven empleada de la oficina se lo había mostrado. Llena de excitación, interrumpió la conversación general con un grito, dejando anonadadas a sus compañeras mayores.

-¡Qué fantástico, mirad esto! ¡Podría ser divertido... un verdadero delirio...!

Aparentando disgusto, Paula Vickers se sacudió una migaja de su suéter de lana.

-¡Pequeño monstruo! -la regañó bruscamente-. ¿Tenemos que soportar ese tipo de comportamiento cada vez que te encuentras un anuncio para un concierto de rock?

-¿Un concierto de rock? ¡Te equivocas! -contestó la joven Joy-. Mira, míralo tú... aunque por no ser rubia con ojos azules, no llenas los requisitos para solicitarlo.

-¿Solicitar qué? -Paula la miraba fríamente.

-¡Este trabajo! -Joy soltó un suspiro exasperado-. ¡Nunca escuchas, Paula! De cualquier forma, como eres tan poco dispuesta, no te interesaría.

En aquel momento ya todas las otras chicas estaban locas de curiosidad.

-¿Qué es lo que traes? -preguntaron todas al unísono.

-¡No os lo diré! -Joy decidió fastidiarles; luego cambió rápidamente de opinión cuando sus compañeras comenzaron a acercársele de forma amenazadora-. De acuerdo, miradlo -se dio por vencida, entregándoles el periódico.

Lentamente, una de las jóvenes leyó el anuncio en voz alta.

"Se solicita joven inglesa para un puesto que requiere compromiso absoluto y total, a cambio de seguridad y bienestar económico para el resto de su vida. Debe ser discreta, dócil, rubia y de tez blanca. Cualquier persona a su cargo será bien acogida. Para concertar cita, llamar al teléfono..."

Luego de un silencio asombrado, las jóvenes se echaron a reír.

-¡Ninguna chica de esta época sería capaz de caer en un engaño semejante! -comentó una de ellas-. ¡El que haya puesto el anuncio debe estar completamente loco!

-O es tan rico y arrogante que piensa que el dinero puede comprar un ser humano

-opinó Paula-. ¡Pienso que debe ser un jeque árabe, interesado en otro juguete para su harén!

-¡Oh, tiene que ser un engaño! -opinó otra-. ¡Hasta un jeque árabe tiene que ser consciente de que hoy día no existen jóvenes tan ignorantes como para caer en esa trampa, sobre todo aquí en Londres!

Fue entonces cuando Joy, mirando pensativa hacia Serena, comentó despacio:

-¡Oh! No lo sé... quizá Serena llene los requisitos...

Preocupada, Serena no había prestado mucha atención a la conversación que la rodeaba. Su mente se encontraba ocupada con el problema de hasta cuándo podría pagar las sumas desorbitadas que exigía la guardería. Aquella misma mañana, al pasar para dejar a Wendy, como de costumbre, la supervisora le había dicho, muy contrariada: "Lo siento, señorita Payne, pero a partir de la próxima semana tendremos que cobrar una libra más". Ignorando la expresión sorprendida de Serena, se alejó murmurando: "Tiene que ver con la inflación, ¿sabe...? Es difícil, pero inevitable..."

Durante el resto del día, Serena estuvo preocupada por el problema de lo que haría para poder pagar aquella libra de más. Recientemente estaba comiendo tan poco, que hasta se hacían comentarios sobre su semblante demacrado, y la excusa de que tenía que hacer dieta, había sido recibida con envidia por otras chicas que querían tener un cuerpo esbelto..

De pronto, se dio cuenta de todas las miradas dirigidas hacia ella y el silencio que se había hecho, en espera de algún comentario suyo.

-¿Qué— qué has dicho? Lo siento, no estaba escuchando...

Sólo Paula contestó, de una manera tan evasiva, que Serena continuó confundida:

-Quizá en esta ocasión tengas razón, Joy -comentó alzando los hombros-. La semana pasada, según me dijeron, Serena aceptó la invitación del lobo de la oficina para ir a su casa a escuchar algunos discos de música clásica.

Serena se sonrojó.

-¿Y qué tiene de malo? Pasé una velada encantadora y pensé que era muy amable el señor Jason al invitarme.

-Me lo imagino, querida -contestó Paula secamente-. Si es que fue la amabilidad lo que motivó la invitación... No comprendo cómo pudiste salir de su apartamento intacta, y sé que así fue, porque, a la mañana siguiente, él comentó que todo resultó un fiasco. Admitió que por primera vez en su vida se había sentido preocupado por los escrúpulos y que ni siquiera él, según dijo, "era tan bellaco como para despertar a una bella durmiente".

-Me pregunto qué querría decir... -Serena estaba perpleja. La risa que siguió fue bastante amable, pero ella se sintió humillada. Al regresar todas a sus escritorios, una compañera mayor que las otras se retrasó para murmurarle.

-No te preocupes, querida. La sofisticación es una piel que puede tapar muchos defectos. Aunque seas ingenua, tu fuerza equivale a la de diez, ya que tu corazón es noble.

La curiosidad hizo que Serena guardara el periódico en su cartera, y ahora, en la

casa, leyendo el anuncio, comprendió el tema de la conversación de aquella tarde.

Lo olvidó todo cuando Wendy comenzó a llorar, un ligero gemido que Serena sabía se convertiría en un grito si no le daba el consuelo inmediato. Los dientes de la pequeñita empezaban a salir y desde hacía varias semanas lloraba por las noches debido al dolor, que no parecía calmarse a pesar de las caricias, Rápida, sacó a Wendy de la cuna, apoyándola contra su hombro y murmurándole palabras dulces al oído.

-Ya, ya mi niña, no llores, por favor no llores. Sabes como se pone la casera cuando molestas a los vecinos -acarició la de la pequeña, preguntándose, y no por primera vez, si algún día terminarían sus problemas.

Lentamente paseó a la niña, meciendo el cuerpecito tenso entre sus brazos, en un intento por calmar sus lloros. Para su alivio cesaron y, mientras continuaba paseándola, por temor a que volviera a comenzar, los pensamientos de Serena regresaron a la época en que su vida había sido tan feliz, llena de júbilo, amor y esperanzas. De aquello había pasado ya más de un año. Era una resurrección dolorosa, y lo único que le quedaba de sus padres, eran los recuerdos. Después de diecinueve años, ellos habían vuelto a sentir la felicidad de convertirse en padres, felicidad sólo empañada por el temor de informar a su hija mayor del próximo acontecimiento. Estuvieron nerviosos, inseguros de su reacción, pero su dicha fue aún mayor por el entusiasmo de Serena cuando le dieron la noticia.

Se lo mencionaron una noche después de la cena. Su madre esperó hasta que todos estuvieron cómodos en la sala de la pequeña casa en que vivían, junto a la gasolinera propiedad del padre.

-Serena, querida -comenzó, sonrojándose como una adolescente-, tu padre y yo tenemos noticias maravillosas.

-¿Ah, sí? -contestó sin prestar atención, y continuó revisando la columna de anuncios de trabajo en el periódico. Sólo una semana antes había terminado sus estudios en la escuela de secretarías y lo más importante en aquel momento, era encontrar un trabajo interesante.

Por favor, querida, deja el periódico y escucha -le pidió su madre. La joven levantó la mirada y al ver la expresión emocionada de su padre, les brindó a ambos su completa atención.

-Tu padre tiene algo que decirte -prosiguió la madre.

-No, díselo tú -insistió el.

-No, tú...

-¡Oh, por Dios! -se impacientó Serena-. ¿Por qué no me lo decís los dos?

Y lo hicieron. Simultáneamente; con el orgullo brillando en sus ojos, gritaron

-¡Vamos a tener un hijo!

Durante un instante, confusa; los miró como si fueran seres de otro planeta, incapaz de aceptar que el feliz y unido trío iba a convertirse pronto en cuarteto. El primer impulso fue de rebelarse ante la noticia, pero al ver la ansiedad que empañaba sus rostros, se sintió avergonzada por tal egoísmo y los tranquilizó enseguida.

-Queridos, ¡qué maravillosa noticia! ¡Siempre he querido tener un hermano o una

hermana... no me importa lo que sea!

Su madre casi lloraba de alivio, mientras su marido la reprendía cariñosamente:

-¿Ves? ¿No te dije que le iba a alegrar tanto como a nosotros?

Los meses que siguieron se vieron llenos de preocupación al acercarse la fecha del nacimiento. El doctor de la familia comenzó a hacer visitas más frecuentes hasta que, disgustado, confesó su preocupación por el estado de la paciente. Ellos debían prepararse para un posible fin trágico, aunque nadie podía pensar en la muerte viendo el rostro feliz y sonriente de Ann Payne, que se negaba a aceptar la derrota aun cuando sus dolores fueran, en ocasiones, insufribles.

Cuando finalmente sucedió, Serena y su padre quedaron destrozados. Durante horas, estuvieron en la sala de espera del hospital, donde el ser más querido del mundo luchaba por la propia vida y la de su hijo. Los ceniceros se llenaron con los cigarrillos a medio fumar que apagaba el padre y la mesa estaba cubierta de tazas de té que no fueron tocadas hasta que por fin salió a hablarles el doctor con el rostro compungido.

-Lo siento, señor Payne... señorita Payne. Hemos hecho todo lo posible... Ha de serviles de consuelo que hayamos logrado salvar a la niña.

Desde aquel momento, Serena no había podido borrar de su mente el rostro desolado de su padre, que durante semanas después del entierro, caminaba de un lado a otro en un estado de desesperación, hablando solo cuando se sentía obligado, con una expresión aturdida que hacía comprender a Serena que no escuchaba lo que le decía y que nada le importaba. Cuando unas semanas después un policía le dio la noticia de que su padre había muerto en un accidente automovilístico, lloró, pero no se afligió por el hombre cuyo corazón había sido enterrado con su adorada esposa. Es más, no tuvo tiempo para afligirse. Su hermanita exigía tanta atención, que no tenía tiempo para los pensamientos desesperados que quizá, en otras circunstancias, le hubieran provocado un colapso.

Los problemas fueron muchos y muy graves. Tanto la casita como la gasolinera se hallaban hipotecadas y tuvieron que ser vendidas, dejándole a Serena únicamente lo preciso para cubrir los gastos inmediatos, mientras encontraba a alguien que cuidara a la niña. Por suerte, le ofrecieron un trabajo que aceptó, por estar cerca de la guardería donde le atendían a Wendy.

Suavemente, Serena colocó a la pequeña, dormida, en su cuna. Tenía que hacer algunos cálculos, debía sacar una libra extra de algún sitio. Acercó una silla a la mesa y con un lápiz escribió una lista completa de todos los gastos necesarios. Ya había eliminado el salón de belleza, los cosméticos y las reparaciones de zapatos. Por fortuna, su pelo dorado soportaba bien el lavado en casa y, con ayuda de un ligero corte profesional cada dos semanas, se mantenía bastante bien arreglado.

La sopa, con los panecillos que comía al mediodía, eran una necesidad si quería mantener controlados los mareos que le daban y que sabía perfectamente que eran causados por la falta de una buena alimentación.

Pensativa, miró hacia la bebida dormida, notando con satisfacción sus mejillas gorduzuelas y el cuerpo llenito. "Quizá Wendy no eche de menos la barrita de

chocolate que acostumbro a comprarle, pensó. Pero todos los bebés necesitan un poco de mimo de vez en cuando y es una extravagancia muy pequeña". Con disgusto, sabiendo que tenía que ser severa, tachó de su lista la palabra chocolate. Mas, a pesar de tales restricciones, se quedaba corta en cincuenta centavos.

Líneas de preocupación marcaban su frente mientras mordía la punta del lápiz. Un lloriqueo que venía de la cuna, pasó sin atención, pero, algunos segundos después, Serena dio un salto ante los gritos airados de la niña, que llenaban el cuarto.

-¡Oh, no, otra vez! -Levantó a Wendy de la cuna, pero la niña estaba desconsolada, y durante diez minutos mantuvo los gritos hasta que se redujeron de nuevo a un lloriqueo.

Serena estaba inclinada sobre la cuna para colocar de nuevo a la pequeña, cuando un golpe en la puerta volvió a despertar a la niña adormilada. Al comenzar los gritos de nuevo, Serena miró desesperada de la cuna a la puerta, preguntándose qué debía hacer primero. Decidiendo no abandonar a Wendy, corrió para abrir la puerta con la pequeña aún en los brazos y, al abrir, se encontró a la airada casera en el pasillo. Sonrojada y apurada, Serena comenzó a disculparse:

-Lo siento, señora Collins...

-Yo también, señorita Payne -la interrumpió la mujer de rostro sombrío-. Siento tener que decirle que debe abandonar el cuarto esta semana. Me he portado pacientemente, pero el señor Gent, su vecino de al lado, me está amenazando con irse por la molestia que le causa el llanto de la niña. Lo siento, pero no voy a escuchar más excusas. ¡La habitación tiene que estar libre antes del sábado!

Dio la vuelta, dejando a la joven sin habla. Despacio, cerró la puerta, abrazando con fuerza a la niña, quien, irónicamente, dormía de nuevo muy tranquila. Miró con detenimiento el rostro inocente, hasta que las lágrimas nublaron su vista. Luego la puso en la cuna, se sentó ante la mesa y apoyó la cabeza, afligida, sobre sus brazos.

Durante media hora lloró, soltando toda la desesperación que había guardado durante el último año. Había llegado el final de su resistencia; el destino parecía determinado a darle un golpe sobre otro, intentando romper el espíritu que la había mantenido luchando con valentía cuando otros hubieran capitulado. Ahora, tenía que admitir la derrota. Una vez, Paula le sugirió que pusiera a la pequeña en un orfanato y la idea la horrorizó. Ahora se veía forzada a considerar tal posibilidad, aunque cada uno de sus nervios sensibles se rebelaba sólo con pensarlo.

Poco a poco levantó la cabeza. Sus ojos irritados recorrieron con lentitud el cuarto medio amueblado: tapetes gastados, una silla desvencijada, una cama, un lavamanos con el medidor de gas abajo, asomando parte de él. Era una habitación horriblemente desnuda y fría, pero para Wendy y para ella representaba la seguridad y la unión. Cualquier cosa era preferible a separarse de la pequeña, lo único que le quedaba de la familia que tanto había amado.

Sus ojos, sin brillo, se fijaron en el periódico que tenía sobre la mesa. Lo cogió, mirando las palabras impresas sin interés, hasta que puso su atención en el anuncio enigmático. Una oración se destacaba entre todas: unas palabras que eran como lluvia

del cielo para su ánimo desesperado:

"Cualquier persona a su cargo será bien acogida"

No se detuvo a pensar. Agotada, separó el pedazo de papel que tenía los datos y bajó corriendo por la escalera hasta el teléfono de uso común que estaba en el pasillo. Hizo tres intentos antes que sus dedos temblorosos marcaran correctamente los números y, cuando contestaron, solicitó con palabras atropelladas una entrevista con el anunciante desconocido.

Le dijeron una hora y un lugar, antes de colgar bruscamente.

Miró el papel, donde había garabateado las instrucciones que le habían dado.

Sábado. Dos y media de la tarde. Hotel Imperial. Habitación mil cinco...

¡Era al día siguiente! ¡Mejor, así tendría menos tiempo para cambiar de idea!

Capítulo 2

PARA ELLA no era un problema decidir qué se pondría para la entrevista. Su única combinación decente consistía en una falda con una chaqueta en tono café que contrastaba con el dorado cabello que caía sobre sus hombros. Una blusa color crema y unos zapatos marrones que combinaban con el bolso que llevaba al hombro, completaban el vestuario. Al ver su imagen en el espejo, Serena se sintió desalentada. Si la apariencia influía en el anunciante, tendría poca oportunidad de ser escogida entre las demás solicitantes.

Su corazón comenzó a palpar rápidamente. No quería pensar en las terribles consecuencias que aquello podría traerle. Sólo debía considerar las ventajas que podría reportarle su acción impulsiva.

De acuerdo con los términos del anuncio, si el responsable del mismo era hombre de palabra y ella obtenía el trabajo, el futuro de Wendy estaría asegurado. Una rápida mirada al reloj le indicó que le quedaban menos de veinte minutos para llegar al hotel. Una amable vecina se quedó cuidando a Wendy y el taxi que ella había llamado estaría a punto de llegar, así que tomó su bolso, echó una última mirada desesperada al espejo y salió apresuradamente para enfrentarse a lo que podía ser su salvación o su desgracia.

El taxi la dejó frente al Hotel Imperial cuando aún faltaban algunos minutos para la hora. Con un temblor incontrolable solicitó a la recepcionista que le avisara al anunciante anónimo que esperaba la entrevista y durante cinco largos minutos sufrió las miradas curiosas de los empleados del hotel, quienes, comprendió ella, cohibida, estarían enterados de la situación y era probable que anhelaran examinar a cada solicitante atrevida o lo bastante tonta como para responder al curioso anuncio.

Su alivio fue enorme cuando un botones se le acercó, pidiéndole que lo siguiera al ascensor. Sus piernas temblorosas apenas podían sostenerla mientras avanzaba sobre la lujosa alfombra y, cuando las puertas del elevador se cerraron con silenciosa precisión, sintió como si la sacaran del mundo de la sensatez para trasladarla a un planeta lejano. Nadie, en estos tiempos, sería capaz de intentar comprar a un ser humano, ya que era eso lo que implicaba el anuncio, pensaba la joven. Obligación absoluta y total, decía, a cambio de seguridad para el resto de su vida. Servidumbre, en otras palabras. ¿Y a cambio de qué? El pánico anudaba su garganta. Luchó por pedirle al muchacho que se detuviera y la devolviera al mundo conocido, pero, en aquel instante el elevador llegó a su destino. El botones abrió las puertas y salió, indicándole que debía seguirlo.

Una gruesa alfombra azul oscuro amortiguaba las pisadas mientras recorrían el largo pasillo para detenerse ante la habitación mil cinco.

-Gr... gracias -titubeó ella, buscando con torpeza dentro de su cartera para encontrar una moneda. Guiñándole un ojo, el botones se negó a aceptar la propina ofrecida, regresando al ascensor. Segundos después desapareció, dejándola abandonada junto a la puerta que podría abrirse para brindarle una vida completamente nueva. Levantó una mano para llamar, luego titubeó y volvió a bajarla.

¡No se atrevía a seguir adelante! Recordó historias del tráfico de mujeres blancas, historias de chicas que habían contestado anuncios parecidos sólo para terminar en una zona asquerosa del Port Said, entreteniéndolo a jeques árabes.

"¡Eres una tonta, Serena Paynel, se repetía mientras vacilaba ante la puerta. Debe haber una mejor salida para esto; después de todo, se han creado oficinas para ayudar a la gente con problemas similares al tuyo. ¡Existe el departamento de beneficio social, nadie tiene que morir de hambre o quedarse sin hogar!" Luego, se imaginó a Wendy en una institución de caridad, su individualidad aplastada por las demandas de otros tantos niños necesitados, y aquello fue bastante para decidirla a seguir adelante.

Casi en el instante que tocaba la puerta, ésta fue abierta por un sirviente, quien la miró sin mostrar ningún interés, invitándola a pasar. La estancia se hallaba decorada con tanto lujo, que la joven se quedó sin habla. Era casi un sacrilegio pisar la alfombra blanca sobre la que se hallaban situados los elegantes muebles de maderas nobles. De las paredes colgaban espejos enmarcados en dorado, y pinturas al pastel que aliviaban la sobriedad de las paredes blancas. Aunque el sol brillaba a través de las grandes ventanas, había una chimenea encendida en una esquina, contrastando con un ambiente tan moderno.

Se detuvo torpemente, mientras el sirviente se inclinaba para informar al ocupante de la estancia de su presencia. Se puso tensa, sin saber qué esperar, y enseguida sintió alivio al ponerse de pie un caballero alto, ya mayor, para recibirla.

-¿Señorita Payne? -su voz, bellamente modulada, tenía un ligero acento. Francés, pensó primero; luego cambió de idea cuando le preguntó con anticuada ceremoniosidad:

-¿Le gustaría sentarse, señorita?

Mientras obedecía, sus ojos recorrían las aristócratas facciones masculinas. La mirada era penetrante y mostraba cierta sorpresa; la boca era bondadosa. En su juventud, la cabellera blanca sería negra, pensó ella, los ojos atrevidos y la boca audaz, aunque su alto y delgado cuerpo tendría el mismo peso. Esperó a que él hablara y sus temores disminuyeron al verlo luchar por encontrar las palabras adecuadas. Sintió que la experiencia era nueva para el caballero tan seguro de sí. Su boca dibujó una ligera sonrisa alentadora, mientras esperaba que él recobrase la compostura.

-Para empezar, permítame presentarme, señorita. Soy el conde Alberto de Valdivia, y su nombre, me parece, ¿es Serena?

-Sí, señor conde... -contestó vacilante,

Un ligero movimiento de la mano le indicó su desacuerdo.

-Don Alberto será suficiente, querida. Le he dicho mi título completo por su propio interés... por si acaso desea hacer investigaciones sobre mí.

-Gracias, don Alberto -murmuró, nerviosa-; jamás pensaría investigar sobre usted...

-¿Y por qué no? -frunció las cejas-. No sabe nada de mí, excepto que he puesto un anuncio en el que se requiere a una joven inglesa; un anuncio redactado de tal manera, que cualquier persona normal sentiría desconfianza al leerlo. ¿No es cierto?

Ella asintió.

-Me gustaría... conocer algunos detalles...

-Contestaré cuantas preguntas me haga -aceptó el caballero-. Antes que nada bebamos un poco de su té inglés -tocó un timbre y cuando apareció el sirviente, le pidió:- Té para la señorita, Pedro, y por esta vez me siento inclinado a compartir ese ritual.

Ella notó que el criado se sorprendía, aunque su expresión no cambió mientras se inclinaba en una reverencia antes de salir de la habitación. Cuando cerró la puerta tras él, don Alberto volvió a dirigir su atención a Serena. Los ojos oscuros reflejaban aprobación de todo lo que veía mientras la examinaba con curiosidad, desde la punta de sus limpios zapatos hasta la cabeza, cuya cabellera bañada por los rayos de luz, había tomado un extraño brillo.

-Dígame, ¿qué parte de mi anuncio le ha interesado más? ¿Quizá la promesa de una seguridad vitalicia, o la liberación de problemas económicos? -Torció los labios con escepticismo-. En los últimos días se han sentado frente a mí muchas jóvenes inglesas en esa misma silla. Todas rubias, todas confesando tener un temperamento discreto y dócil, y todas, sin excepción, confesaron haber sido atraídas por la promesa de lujo y riqueza. Sin embargo, siento que algunas de las virtudes que se atribuían eran tan falsas como el color de sus cabellos. Quizá sea viejo y un poco anticuado, pero hasta yo sé reconocer el color dorado natural del que se obtiene con tintes.

-Mi cabello no es teñido, señor -repuso ella con sencillez-. Y no tengo ningún deseo de riquezas o lujos para mí.

-¡Ah! ¿Entonces para quién, si me permite preguntárselo?

-Su anuncio -continuó- indica que las personas dependientes de la solicitante serían bien recibidas. Tengo a mi cargo una niña de un año y como le están saliendo los dientes y ahora lloro mucho, la casera me ha dicho que tengo que mudarme. Además de eso, la guardería donde dejo a la niña mientras trabajo, ha aumentado la cuota y me temo que no podré pagarla con el sueldo que gano. Por eso he solicitado la entrevista... estoy desesperada por poder vivir en algún lugar donde estemos juntas Wendy y yo. Si no puedo encontrarlo, quizá me quiten a la niña para ponerla en un orfanato. ¡Yo haría cualquier cosa para evitarlo!

Observó al hombre, cuya expresión había cambiado de indulgencia a profundo disgusto. Se acariciaba la barbilla mientras consideraba lo dicho con la frente arrugada.

-Creí que mi búsqueda había terminado -murmuró-. Cuando ha entrado por esa puerta con su aspecto tan dulce e inocente, me sentía seguro de que usted era la indicada. ¡Pero un hijo...! ¡Ah! -suspiró-. La moral de la generación actual va más allá de mi comprensión.

Ella se puso de pie de un salto, sus mejillas rojas por la indignación.

-Wendy no es mi hija, sino mi hermana. ¿Cómo puede creer que...?

El rostro de don Alberto no se inmutó. Movi6 la cabeza con tristeza. .

-Querida, era de esperarse que tratara de disculparse.

-¡No estoy inventando ninguna disculpa! -exclamó, perdiendo la timidez ante suposición tan descabellada-. Tenía diecinueve años, cuando mi madre se enteró de que tendría otro hijo. Por la edad... tuvo complicaciones, no estoy segura de cuáles fueron... murió cuando mi hermanita nació. Algunos meses después falleció mi padre en un accidente automovilístico. Desde entonces, he cuidado a Wendy como mejor he podido, pero como todavía no gano un buen sueldo es muy duro, a veces imposible, conseguir lo necesario. Por esa razón estoy aquí, Su anuncio podía ofrecerle una vida nueva a mi hermana y también a mí. No quiero lujos, tampoco dinero, pero sí necesito desesperadamente un lugar donde poder criarla sin la constante preocupación de con quién dejarla mientras trabajo, y donde pueda ella vivir una vida normal y feliz, sin que la manden callar aplastando así su espíritu infantil. Eso es todo lo que deseaba, señor, pero si usted piensa así... buenos días... -Se sentía al borde de las lágrimas-. No se moleste en llamar al criado, sabré cómo salir de aquí.

Con una agilidad sorprendente, el caballero se puso en pie casi de un salto.

-Por favor, no se vaya. Le pido disculpas, la he juzgado mal. ¿No podría quedarse y escuchar lo que tengo que decirle?

La tentación de salir pronto de la habitación se vio relegada por la llegada de Pedro, empujando un carrito.

-Por favor -le pidió don Alberto-, quédese y sírvame el té.

Su encanto era imposible de resistir y, después de pensarlo algunos segundos, Serena se dio por vencida.

-Muy bien, señor, acepto sus disculpas. Me quedaré a tomar el té con usted.

No supo por qué, de repente le recordó a un puma satisfecho, acomodándose en su guarida. Quizá fue la súplica de su voz cuando le pidió que se sentara, o el brillo de sus ojos oscuros al seguir cada movimiento suyo mientras servía el té y los canapés exquisitamente preparados. Luego don Alberto continuó interrogándola sobre cada detalle de su vida pasada, sin que ella fuera plenamente consciente de sus intenciones. Las preguntas eran hechas con tal maestría, que sólo sentía agradecimiento por el interés del conde. Su encanto era tal, que se sentía completamente relajada. Era como si estuviera en compañía de un amable pariente, que se interesaba y preocupaba por su bienestar, contentándose con escucharla y manteniéndose callado mientras le hablaba de sus temores y desilusiones del pasado, así como de sus esperanzas para el futuro.

Se sorprendió cuando escuchó el reloj indicando que eran las cuatro de la tarde e interrumpiendo su amistosa conversación dijo:

-¡Dios mío, no puede ser tan tarde! Le dije a mi vecina que estaría ausente sólo una hora; ¡tengo que regresar!

Don Alberto pareció sorprendido.

-Aún tenemos mucho de qué hablar, pequeña. ¡Todavía no ha oído los detalles de la posición que deseo ofrecerle!

-¿Quiere decir... que piensa ofrecerme el trabajo? -inquirió, asombrada.

-A usted y a nadie más -sonrió, haciéndole un gesto para que volviera a sentarse.- Claro que la decisión final es suya... ¿Ha oído hablar de Chile? -la pregunta

fue tan brusca que ella se alarmó.

-No mucho. Está en América del Sur, ¿no es así?

-En efecto; es una república situada entre las montañas de los Andes y el Océano Pacífico. Está en la costa Suroeste de América, entre los picos nevados y la espuma blanca de las olas. Mi tierra natal es hermosa, un lugar al que no ha de temer llevar a su hermanita; allí la naturaleza se muestra con diferentes climas y paisajes. Al norte están los desiertos, donde no ha llovido desde hace diez años o más; en el sur hay bosques cuyos habitantes bromean diciendo que llueve trescientos sesenta y seis días al año. Los glaciares alimentan los arroyos, los ríos y los lagos de color azul oscuro, y entre el desierto y el hielo se encuentra el valle central, el largo y fértil llano, donde se halla mi hacienda. El clima es bueno, los veranos son frescos y secos; los inviernos breves y lluviosos.

»Mi familia llegó en el siglo dieciséis. Eran conquistadores españoles, que salieron a explorar la nueva tierra en busca de oro. No lo encontraron, pero sí la felicidad en la tierra donde al fin decidieron quedarse para criar a sus familias. Al principio no fue fácil; los indios hostiles tuvieron que ser dominados y durante esos primeros años se perdieron muchas vidas. Ahora, los descendientes, los que originalmente fueron colonizadores de España, se consideran más chilenos que españoles. Estamos orgullosos de la valentía de los indios y de su amor por la libertad y pensamos que ese espíritu, junto con nuestras propias tradiciones españolas, han marcado la historia del país. Chile ya no es colonia española, claro, sino una república joven, separada del resto del mundo por montañas, desierto y mar. Las guerras y las rebeliones nos han destrozado. Ha habido violentos temblores de tierra que destruyeron casi por completo nuestras ciudades; marejadas que han ahogado nuestras ciudades costeras... Han desaparecido pueblos completos, algunas montañas se lean desplomado, volcanes muertos han vuelto a la vida y otros nuevos han entrado de pronto en erupción... Un país joven, turbulento, y tan impulsivo como los jóvenes guasos que empleo en mi hacienda para que vigilen el ganado.

-¿Guasos? -repitió Serena, asombrada.

-Vaquero... gaucho... ¿Cómo dicen ustedes...? Cow-boys -sonrió levemente, pero de inmediato se puso sombrío-. Mi nieto es uno de ellos. Dentro de algunos años, claro, se hará cargo del manejo de la hacienda. Por el momento vive la vida de un guaso y continuará haciéndolo hasta que yo sienta que es el momento adecuado para entregarle la herencia. Es por él por quien me encuentro en este país; es por él por quien puse el anuncio en el periódico, ¡y es por él por quien deseo que viaje conmigo hasta el otro lado del mundo para convertirse en su esposa!

-¿Qué... qué ha dicho?

Sombríamente, él observó su mirada horrorizada.

-Sí, querida, ésa es la posición que le ofrezco. Mi nieto necesita una esposa y considero que soy el único capaz de juzgar el tipo de mujer que necesita un hombre de su calibre. Yo soy viejo, señorita -murmuró cansado- y mi mayor deseo es dejar el cuidado de la hacienda en manos responsables. Como un hombre casado, mi nieto podrá

Llevar las cosas mejor, haciéndose acreedor al respeto de aquellos con los que hacemos negocios y también de los empleados más jóvenes, que se han acostumbrado a considerarlo un igual, viéndolo casado se adaptarán mejor a su nueva posición de autoridad.

A Serena la cabeza le daba vueltas mientras trataba de comprender el panorama arrebatador que le habían revelado las palabras del caballero. ¡Picos nevados, olas espumosas, desiertos bañados por el sol y bosques húmedos, donde los conquistadores audaces lucharon contra los indios salvajes, poniendo en peligro sus vidas en la búsqueda de oro! Los violentos terremotos que había mencionado no podían causarle mayor impacto que el ocasionado por la sugerencia de aquel extravagante matrimonio. Los rudos vaqueros estaban lejos de sus costumbres de vida, tan incorpóreos como las imágenes que aparecían en las pantallas de cine. Sentada cómodamente dentro de una sala oscura, disfrutaba viendo el movimiento del ganado, que llevaban de un lado a otro atravesando kilómetros; podía admirar al vaquero, que después de pasar días y noches sobre la montura, se detenía en algún pueblo en busca de amor y violentas aventuras... ¡Pero pedirle que se convirtiera en esposa de uno de aquellos seres extraños...!

Sus ojos reflejaban el asombro al fijarse en el rostro del caballero.

-¿Habla... en serio? -le preguntó con voz entrecortada.

-Yo no bromeo, señorita -fue la seca respuesta.

-Pero su nieto, ¿qué piensa de tal arreglo? ¿Qué clase de hombre iría que su abuelo le escogiera esposa?

-¿Que clase de hombre? Por muchas razones, mi nieto es muy parecido a su padre, mí hijo, que por desgracia murió en uno de los temblores que le he mencionado anteriormente. El y su esposa fueron al pueblo unos días, dejando al muchacho a mi cuidado. Ambos formaban una pareja ideal... y los dos murieron cuando el hotel donde se hospedaban desapareció por una grieta que se abrió a causa del terremoto. Mi nieto era demasiado pequeño para guardar algún recuerdo de sus padres, pero cada día veo en él algo que me recuerda a mi hijo, que en los últimos años de su joven vida me proporcionaba tanto orgullo y felicidad. Unas semanas antes de su muerte, me dio las gracias por mi guía y mi consejo y de la misma manera espero que mi nieto me agradezca que lo ayude a seguir el camino acertado para su completa realización. ¿Cómo va a reaccionar? -Un velo de preocupación ensombreció su mirada-. Él hará, por supuesto, lo que yo le diga.

Serena sintió una repentina inquietud por el hombre que había vivido tantos años bajo la sombra del abuelo dominante. El haber sido desde su nacimiento por un hidalgo campesino daba a entender su tímida incapacidad para encontrar una esposa. Habría crecido sin confianza en sí mismo, probablemente hasta el punto de desarrollar un inmenso complejo de inferioridad, un carácter tímido e introvertido -imaginaba ella-, sensible ante la crítica e inseguro de su propio juicio.

Aun así, por mucha lástima que sintiera hacia aquel hombre, ¡el matrimonio estaba fuera de discusión!

Se lo dijo a don Alberto en voz baja, pero con dignidad:

-Lo siento; deberá buscar otra esposa para su nieto.

-¿Por qué? -preguntó el conde al instante-. ¿Ya está enamorada de otro?

-No, no es por eso -le aseguró.

-Entonces, ¿por qué ha mentado? Hace un rato ha dicho que estaría dispuesta a hacer cualquier cosa con el fin de obtener un hogar para su hermana. Lo que le he ofrecido es algo mejor que "cualquier cosa". Sin duda, muchos la considerarían afortunada por tener oportunidad de cambiar su vida actual por la que le he descrito.

-¿Es que no lo ve? -protestó ella-. ¡Está completamente fuera de discusión el que me case con un hombre que, no conozco y al que jamás he visto!

-¿Desea casarse?

-Bueno... sí -se sonrojó al decirlo-. Algún día, espero...

La interrumpió con voz suave:

-Quizá espera demasiado, señorita. Pregúntese: ¿quién va a querer hacerse cargo de un hijo que no es suyo? El hombre es una criatura egoísta; ni siquiera por amor sería capaz de renunciar a la comodidad. Puedo imaginármela dentro de algunos años, avejentada prematuramente por la tensión de criar a la niña, luchando sola en sus días de escuela; luego, al crecer ella y enamorarse, condenada a una vejez solitaria, sin amor, indeseada y -a no ser que su hermana resulte excepcional- sin ninguna gratitud.

Serena jadeó.

-¡Es usted cruel, señor!

-Realista, señorita, y haría bien en serlo usted también

El caballero se puso en pie y salió de la habitación para dejarla considerar sus palabras. Dentro del calor del salón, Serena temblaba, preocupada por el temor.. el temor a la sociedad, a la vejez, al estado que él le describiera como su destino. Sin darse cuenta tomó otro canapé; enseguida lo soltó con un estremecimiento, disgustada por su instinto de ardilla de almacenar alimento para los días de escasez, Miró el elegante salón, comparándolo con el sórdido lugar que sería su hogar durante menos de una semana. Después del sábado... ¿qué pasaría? ¿A dónde irían? ¿Cómo podrían vivir, y cuánto tiempo más podría soportar aquella existencia que, al crecer Wendy lo suficiente para comprenderlo, para marcarla con una inseguridad que la haría tambalearse el resto de su vida?

Cuando don Alberto regresó a la habitación, Serena miraba atentamente el fuego de la chimenea. Levantó la mirada y él le preguntó suavemente:

-¿Se ha decidido ya, señorita?

-Sí, señor -contestó-. He decidido aceptar su proposición... y procuraré ser una buena esposa para su nieto.

Capítulo 3

TRES DIAS después, Serena miraba detenidamente por la ventana del hotel hacia la plaza donde un batallón de carabineros marchaba al ritmo de una banda militar. Era el cambio de guardia de la Casa de la Moneda, residencia del primer mandatario chileno. La guardia, con cascos picudos y uniformes de color caqui, los pantalones remetidos dentro de botas negras de piel que llegaban hasta la rodilla, se ponía frente a los soldados que iba a reemplazar, los oficiales sacaban sus espadas y se saludaban con los ademanes de ritual. De dos en dos, los guardias cambiaban sus posiciones, hasta que el nuevo grupo había tomado sus lugares respectivos. Después, la banda tocaba una música militar y los carabineros se alejaban marchando por las calles de Santiago, de regreso a su cuartel. La ciudad se extendía frente a Serena. Santiago de Chile se halla construida sobre un ancho llano; un río divide la sección del norte, mientras que al este se ve una gigantesca cordillera de montañas, coronada de nieve: los Andes,

Sólo veinticuatro horas antes, la joven se encontraba aún en Londres. Wendy se había comportado muy bien durante el vuelo, aceptando las atenciones de don Alberto como si fuera una coqueta por naturaleza. Estando en los brazos de Serena, había fijado sus grandes ojos azules sobre el rostro del anciano, respondiéndole con gorjeos afectuosos y amplias sonrisas que descubrían las puntas brillantes de sus primeros dientes de leche. Estaba tan fascinado el hombre, que al fin insistió en tomarla, dejando a Serena libre para concentrarse en sus pensamientos, preguntándose acerca de aquella locura y sobre las murmuraciones que podía causar su ausencia tan repentina de la oficina.

La asombró la rapidez con la que se habían hecho las gestiones precisas. El sirviente de don Alberto hablase ocupado de resolverlo todo, con excepción de la renuncia a su empleo. Eso lo había hecho con una llamada telefónica.

-Debido a motivos personales me veo forzada a cambiarme de domicilio -le había dicho a su jefe-. Ya que el lugar donde viviré está muy lejos de la oficina, ¿sería tan amable de disculparme por no avisarle con una semana de anticipación, para que yo pueda aceptar otro trabajo que me ofrecen cerca de mi nuevo domicilio?

-Claro, querida -aceptó el hombre con afabilidad-. Sentiremos mucho perderte, pero como de momento no hay exceso de trabajo, tu partida repentina no nos va a causar grandes trastornos. Ven cuando creas conveniente para recoger la liquidación que te corresponde y tus tarjetas del seguro.

Había llamado a la hora que sabía que la mayoría de las chicas estaría comiendo, evitando preguntas curiosas, ante las que se hubiera sentido incómoda. Cuando se supiese que había dejado el empleo, hablarían de ella durante un par de días y luego la olvidarían: un barco que pasaba en la noche, una persona que había hecho poco o ningún impacto en sus vidas...

Suspiró y se alejó de la ventana, dirigiéndose a la cama. Al llegar al hotel, le habían quitado a Wendy de los brazos para entregársela a una señora muy experta, asignada por el gerente como niñera durante su corta estancia.

-Duerma algunas horas si puede, querida -le había indicado el conde-. Luego baje a comer conmigo. Tenemos mucho que discutir antes de dirigirnos a la hacienda.

Se sintió feliz de obedecer. Habían pasado muchas cosas en poco tiempo y estaba confundida, perdida y asustada por lo que veía y oía en aquel país extraño. Se estiró sobre la cama; su cansancio era más mental que físico y ni siquiera la comodidad del lecho y la caricia de las sábanas de seda lograban aliviar el tormento de su mente agotada. ¡Estaba comprometida por poderes con un hombre desconocido!. ¿Sería lo bastante fuerte como para dar apoyo a aquel individuo tímido que iba a convertirse en su esposo? ¿Podría la necesidad mutua sustituir al amor en un matrimonio? Se removía intranquila, el cansancio dominando su mente. Mientras que sus párpados se hacían más pesados, su pensamiento comenzó a alejarse por canales prohibidos. Un sueño al que había jurado renunciar vencía sus débiles defensas; un sueño que había acariciado íntimamente durante el último año; una fantasía en la que un hombre fuerte como el acero, impasible como una roca, de voluntad indomable, entraba en su vida para cargar con todo el peso, restablecer la felicidad en su triste corazón, revivir su lánguido espíritu y, con encanto arrogante, despertar dentro de ella la ardiente antorcha del amor...

Aún tenía lágrimas en las pestañas cuando despertó una hora después. Una mirada rápida al reloj le indicó que tenía una hora más antes de bajar a comer. El sol del mediodía entraba por las persianas a medio cerrar, que ella había abierto un poco antes de acostarse. Miró a su alrededor, sospechando la presencia de algún extraño, pero no había nadie más en la habitación. Quienquiera que fuese el que había cerrado las persianas, había entrado silenciosamente para no perturbar su sueño. Sintiéndose espionada, se apresuró a cruzar la habitación para cerrar con llave la puerta. Era una tontería, lo sabía, pero su sentido de vulnerabilidad era tal, que hasta la poca seguridad que le brindaba el sonido del cerrojo, era reconfortante.

Decidió darse una ducha, dirigiéndose al baño. Se detuvo de repente; su camino se veía interrumpido por una montaña de cajas de cartón de color gris, de todos los tamaños y formas, con un nombre resaltando en dorado: "Mirabelle". Cogió la de encima con cuidado; curiosa, la destapó, descubriendo capas de un delgado papel color malva, que crujía, entre sus dedos temblorosos. Debajo de las capas de papel asomó un pedazo de encaje, luego el brillo de la seda, antes que sacase del nido malva un camisón tan bonito, que sintió el deseo de gritar de placer.

Abrió otras cajas y su asombro iba en aumento, al sacar cada vez un artículo todavía mejor que el anterior. Ropa interior, vestidos de noche, pantalones elegantemente cortados, combinaciones finísimas, todo con bolsos y zapatos haciendo juego; todo carísimo, sin duda. Estaba rodeada de papel hasta las rodillas, cuando llegó a la última caja, más profunda y más ancha. Casi no podía controlar sus ansias por abrirla. El contenido la dejó sin aliento: era un abrigo de hermosa piel oscura que se ondulaba voluptuosamente al acariciarla Serena con dedos temblorosos.

Se quedó mirando incrédulamente a su alrededor tanta riqueza. Ninguna estrella de cine podría soñar con ajuar tan opulento...

Siendo joven y muy femenina, no perdió tiempo para bañarse y ponerse una combinación transparente, antes de decidir qué ropa usar para reunirse con su benefactor. Después de mucha vacilación, escogió un sencillo vestido blanco, con bordados ingleses, cuyo escote estaba rodeado por una cinta azul pálido. Al mirarse en el espejo, notó que, pese a su sencillez, era deslumbrante, convirtiendo su ágil cuerpo joven en una trampa para las miradas masculinas, sin dejar por ello de ser recatado.

Ni siquiera había olvidado don Alberto los cosméticos, y al aplicarse lápiz labial rosa pálido sobre su boca temblorosa y ponerse un poco de sombra azul sobre los párpados, pensaba en aquel hombre, tan intuitivo y experto, que hasta había adivinado su número de zapatos.

Después de comprobar que Wendy dormía tranquila, Serena bajó al bar donde había quedado en verse con don Alberto para tomar un aperitivo antes de la comida.

Estaba sentado ante una mesa junto a la ventana, y se puso de pie cuando ella entró. Un sentimiento de gratitud la impulsó a alargarle una mano y, para su sorpresa, él se la llevó a los labios, murmurando su apreciación, después de rechazar sus palabras de agradecimiento con un ademán expresivo.

-El hermoso fuego -le dijo en español, traduciéndoselo después.

La luz del sol entraba por la ventana iluminando su cabello como una llamarada mientras ella decía:

-Gracias, señor. He pensado que debía hacerle justicia a mi distinguido benefactor.

Comenzaron el almuerzo con una palta deliciosa, que es una ensalada de aguacate relleno con camarones y rociado con jugo de limón; continuaron con una empanada de diferentes tipos de carne, pasitas, aceitunas, cebollas, pimientos y uvas. Hablaron sobre la comida y ambos sabían que estaban dejando a un lado los temas importantes, que debían ser discutidos tarde o temprano. Don Alberto esperó con una sonrisa indulgente mientras ella comía su última cucharada de helado de fresa, y cuando sirvieron el café, le echó a perder su gozo al anunciarle abruptamente:

-Me he puesto en contacto con mi nieto por radio y le he ordenado que nos recoja con su avión en el aeropuerto de Santiago. Creo que -miró su reloj- llegará dentro de una hora.

Casi se ahogó la joven con el café que bebía.

-¿Tan pronto? -inquirió sobresaltada.

Él asintió.

-Hay algo que quiero pedirle antes que llegue mi nieto, señorita. Después de considerarlo, pienso que quizá sea mejor que él piense que la niña es suya... sólo por un tiempo -se apresuró a puntualizar al ver su expresión de sorpresa-. Yo decidiré cuándo debe decirle la verdad.

-¿Por qué es necesaria esa decisión, señor? -preguntó.

Esperó mientras él meditaba; en sus ojos había un brillo de satisfacción, mientras estudiaba cada uno de sus rasgos, percatándose de la inocencia que la joven proyectaba tan inconscientemente.

-Conociendo a mi nieto y sabiendo que la intriga lo atrae, he decidido ofrecerle un enigma. Nada lo molesta más que un acertijo sin respuesta, un misterio que no se resuelva, ¿y qué podría ser más misterioso para un hombre que enfrentarse a una joven, cuyo aspecto virtuoso se halla en contradicción con la existencia de una niña que se le parece tanto, que tiene que ser un pariente? Es natural que llegue a la misma conclusión que yo: que la niña es suya, y ese hecho -añadió divertido- deberá confundirlo a él tanto como me confundió a mí.

-¿Quiere decir, señor, que desea que pretenda ser la madre de Wendy para jugar con el interés de su nieto? ¿No cree que eso es poco bondadoso... tanto para él como para mí?

Las facciones autocráticas se endurecieron.

-Yo no mencioné para nada la palabra bondad cuando hicimos el trato -dijo fríamente-. ¡Sus recompensas serán sólo materiales!

Ella palideció ante la respuesta cortante, notando la crueldad que había sospechado detrás de toda su fachada de encanto. Lo que decía era cierto. Había aceptado, con ingenuo placer, todos los beneficios que le había ofrecido. El viaje costoso desde Inglaterra, la habitación lujosa del hotel, la ropa que llevaba puesta... Todo había sido comprado por él. No tenía ninguna razón para quejarse, ahora que las doradas cadenas de servidumbre comenzaban a oprimirla.

Bajó la cabeza al contestar:

-Será como usted desee, señor. ¿Qué debo decirle a su nieto, sin tener que mentir?

-Que la pequeña depende de usted... Por el momento, eso será suficiente.

Ella se tragó su humillación para poderle hacer una pregunta que la estaba inquietando:

-Me he interrogado en diferentes ocasiones sobre los términos de su anuncio. Pocas personas estarían de acuerdo en aceptar a los que están a cargo de sus empleados. ¿Por qué...?

Don Alberto estaba otra vez de buen humor, ya que se había salido con la suya. Cortando la punta de un puro, explicó:

-Cada palabra del anuncio fue estudiada con cuidado, y la frase que menciona, pienso que fue un toque de genio. El tipo de chica que buscaba necesitaba poseer ciertas cualidades; la más importante, que tuviera un fuerte sentido de responsabilidad para prevenir que no pudiera traicionar mi confianza. Puesto que una persona con menos cualidades abandonaría a aquellos que pudieran suponerle un peso, podrá comprender mi argumento. Nunca pensé que el acompañante pudiera ser un bebé, pero la situación parece encajar perfectamente en mis planes. Nunca sabemos el amor que nos tienen nuestros padres hasta que nos convertimos en padres nosotros mismos; por esa razón quiero presentarle a mi nieto una familia ya formada. Una noche en vela, cuidando a un niño enfermo, puede enseñarle más que cualquier consejo mío.

-No estoy segura de comprenderlo. Como su nieto no tiene recuerdos de sus padres, usted, ante sus ojos, ha debido llenar ese papel. ¿Quiere decir que ha sido

ingrato con usted? -preguntó desolada.

-Ingratitud no es la palabra más adecuada. Digamos que él se ha sentido inseguro de mis intenciones y sólo al enfrentarse a problemas como los que yo he tenido que resolver durante su crianza, podrá comprender que, aunque haya pensado lo contrario, todas mis acciones han sido llevadas a cabo para satisfacer sus mejores intereses.

"¡Sólo si los intereses de él coinciden con los suyos!", pensó Serena, asombrada, sintiendo un hormigueo por todo el cuerpo. Desde su primera reunión ella había sospechado al autócrata detrás del aristócrata cortés. Estaba acostumbrado a que se hicieran las cosas como él quería, pero con tan poco tacto, según parecía, ¡que había logrado alejar hasta a su tímido y obediente nieto!

Sintió un vuelco en el corazón. Su futuro marido era débil y ella también. ¿Qué esperanza podía brindarles el futuro a dos marionetas, forzadas a bailar al ritmo que decidiera escoger el dueño?

Capítulo 4

DON ALBERTO habló poco mientras el taxi los conducía al aeropuerto de Santiago. Parecía tenso, un poco irritable, y, al entrar en el edificio, su nerviosismo se lo comunicó a Serena, cuyas palpitaciones se aceleraron sin control.

¡Dentro de pocos minutos conocería al extraño con quien estaba comprometida en matrimonio!

Con Wendy en los brazos, se apresuró a seguirle el paso a don Alberto, que mantenía sus ojos fijos en una estilizada avioneta plateada que se situaba en aquellos momentos a un lado de la pista.

-Bien, no ha perdido tiempo en llegar aquí -murmuró, sus labios apretados se suavizaron con una sonrisa.

Todo a su alrededor era actividad. Inmensos aviones recogían o dejaban pasajeros, aterrizando o despegando. Serena sólo tenía ojos para la pequeña avioneta y el hombre que bajó de ella se dirigía a su encuentro. Don Alberto levantó una mano para saludar, luego la dejó caer cuando el hombre estuvo más cerca.

-¡Sacramento! -la exclamación del caballero indicaba irritación-. ¿Por qué has venido tú, Cosme? ¿Dónde está mi nieto?

Serena aflojó el brazo que sujetaba a Wendy con fuerza. Estaba claro que aquél no era el hombre que esperaban. El nerviosismo del piloto era evidente.

-Pide que lo disculpen, señor. Lamenta que asuntos urgentes le hayan impedido venir a recibirlos.

-¡Por Dios! -don Alberto estaba muy enfadado—. ¡Entonces espero ver que se ha producido una avalancha o un terremoto, por lo menos, cuando lleguemos a la hacienda!

Más bien una erupción creada por el hombre, pensó Serena al subir al avión y sentarse junto al furioso conde. Durante la media hora que transcurrió mientras volaban al sur de la capital, se mantuvo malhumorado y en silencio, crispadas, sus facciones por el disgusto. Pero una vez que dejaron atrás el área de la capital y cuando ya el avión volaba sobre el paisaje rural, se inclinó para indicarle a Serena algunos detalles del panorama: largas filas de eucaliptos y álamos, paredes de barro que cercaban millas y millas de caminos; un sistema de canales que unía decenas de pequeños campos separados por cercas bajas, mostrando que todas las secciones pertenecían a una misma propiedad.

-Esta es parte de nuestra mejor tierra de cultivo -explicó-. Por las mismas condiciones naturales, el desarrollo de la irrigación no es muy raro: muchos de los ríos chilenos nacen en los neveros de los Andes y, como resultado, el abastecimiento de agua es abundante, incluso en los veranos más secos.

Nerviosa, ella se aclaró la garganta.

-¿Cultivan ustedes la tierra, señor?

-No -contestó-. Nuestra tierra es más apropiada para el ganado. Tenemos jardines y huertos alrededor de la hacienda, claro, pero sólo para cubrir nuestras propias necesidades.

Una vez más guardó silencio y Serena se sentía más tensa a cada momento,

mientras pasaban kilómetros y kilómetros de tierra cultivada para el pastoreo, donde se veían miles de cabezas de ganado, formando un tapiz interminable de cuerpos oscuros. Nunca había visto la joven tantos animales juntos y, cuando al fin terminaron de pasarlos, el avión comenzó a bajar hacia una casa, apenas visible entre la arboleda y no necesitó las rápidas explicaciones de don Alberto para comprender que habían llegado.

Con las piernas amenazando doblarse bajo su peso, Serena descendió de la avioneta, entrando y sentándose en la parte posterior de un coche que se dirigió de inmediato hacia la casa, construida en el centro de un bosquecillo de gigantescos eucaliptos. Sus blancos muros ofrecían un perfecto contraste con el techo de tejas verdes y la plazoleta de losetas del mismo color, que rodeaban la piscina, así como el suelo de la terraza.

Al entrar en la casa, Serena notó que las losetas verdes se utilizaban también en el interior, continuando con la misma sencillez de la arquitectura de afuera. Don Alberto la guió por un fresco pasillo hasta una pequeña sala, alfombrada en suave color crema, siendo del mismo color la tapicería de los bancos colocados contra las paredes, las cuales se encontraban recubiertas de estanterías con libros y algunos objetos artísticos de exquisita factura. Las estilizadas lámparas armonizaban con la sencilla decoración. El foco de atención, era una chimenea abierta en el centro y rodeada por un borde de mármol, donde podían sentarse por lo menos doce personas y, descendiendo directamente desde el techo, había una enorme campana de cobre, donde se reflejaban el naranja, el amarillo y el rojo de las llamas.

Satisfecho al verla maravillada, don Alberto le preguntó:

-¿Le gusta mi hogar, señorita?

El brillo de los ojos de Serena era suficiente respuesta.

-Es muy hermoso, señor. Deben felicitarlo a menudo por haber decorado con comodidades modernas esta antigua casa, sin arruinar su personalidad.

Aceptó el cumplido inclinando la cabeza, pero antes que pudiese contestar, entró una mujer en el salón. Era pequeña y fuerte y llegaba muy agitada.

-Perdone, señor conde, ese tonto de Cosme me acaba de informar de su llegada. ¿Desean refrescos, bebidas para la dama y para usted, y leche para la niña?

-Gracias, Carmen, estoy seguro de que mis invitadas estarán igual de sedientas que yo. Antes que sirvas las bebidas, quizá sea mejor que le enseñes a la señorita Payne su habitación. ¿Preparaste también una para la niña, como indiqué?

-Sí, señor -Carmen asintió vigorosamente, fijando los ojos oscuros en Serena y en la bebida que llevaba en brazos-. Todo está listo y esperando. ¿Desea acompañarme la señorita?

Don Alberto le preguntó aún:

-¿Y la niñera? ¿Encontraste alguna adecuada?

-Sí, señor, también me ocupé de eso. La hija de Cosme, que tiene muchos hermanitos, estaba ansiosa por encargarse de cuidar a la pequeña.

-Excelente, entonces todo está bien. -Le sonrió a Serena-. Discúlpeme si no la

acompañó a tomar los refrescos; tengo algunos asuntos que atender. Cenaremos juntos esta noche y espero poder presentarle a mi nieto, quien, estoy seguro, se tendrá que disculpar por no haber estado presente a su llegada.

-Por favor, señor, no se preocupe por mí -contestó, intranquila por la tirantez de su sonrisa-. Continúe con el trabajo. Yo me sentiré contenta inspeccionando mi nuevo ambiente. Y por lo que toca a la ausencia de su nieto, ya ha sido explicada. Me encantará cenar con ustedes esta noche.

Reprimiendo el pánico que le provocaba la idea, Serena siguió a Carmen, abrazando a la adormilada Wendy, recordando que había logrado su objetivo.. un ambiente hermoso y sano, en el que la niña podría crecer feliz y contenta... No podía quejarse de tenerlo que pagar, por muy alto que fuera el precio.

Carmen hablaba sin parar mientras le enseñaba las habitaciones que serían de ella y de Wendy. Ambas estaban construidas bajo los aleros y tenían vigas de madera en el techo, que bajaban por las paredes blancas; sus rincones habían sido ingeniosamente convertidos en armarios y estanterías. Una tabla larga que salía desde debajo de una ventana, servía muy bien como escritorio.

El cuarto de la niña, que se comunicaba con la habitación de Serena, era igualmente fresco y ventilado, con hierro forjado decorando las ventanas, que se encontraban abiertas entonces, y por las cuales se veía un pedazo de cielo azul, permitiendo entrar el aire puro y perfumado. Al entregar a la niña medio dormida en brazos de una chica joven, a quien Carmen le presentó como Bella, Serena se hallaba entusiasmada. Donde quiera que hubiera buscado, no iba a encontrar un lugar tan perfecto para vivir y nadie, decidió, las alejaría de aquel paraíso.

Durante el resto de la tarde, hasta el anochecer, Serena se dedicó a investigar por los alrededores más cercanos de la hacienda. Fue hacia un corral vacío, enorme, y recostándose en la cerca, se preguntaba cuántos caballos cabrían allí, En aquel momento, sin duda habría hombres y jinetes montando por las pampas, escogiendo, marcando y vigilando inmensas manadas como las que había visto desde el avión. Caminó tranquila, asomándose a una gran barraca que estaba abandonada. Cerca había una cocina y oyó los ruidos de ollas y sartenes, llegándole un delicioso olor de carne asada. Se estaban haciendo los preparativos para una gigantesca cena; sin duda los jinetes estaban a punto de regresar.

El sol se inclinaba hacia el horizonte y Serena se apresuró a regresar a la hacienda. Sintióse dispuesta a agradar al hombre que, por necesitarla, se había convertido en su benefactor, seleccionó un vestido que pensó podría atraer a su nieto, aquel joven tímido e inhibido. Era de terciopelo color azul marino, con el cuello alto y mangas largas. La falda, que marcaba sus caderas, le llegaba hasta los pies, encerrados en unas sandalias plateadas. Cepilló sus rizos dorados a conciencia y, al ver la cortina brillante de cabello que caía sobre sus hombros, consideró que el esfuerzo había valido la pena.

Se disponía a bajar cuando el silencio de la noche fue interrumpido por el ruido de espuelas y los gritos de los jinetes que llegaban ruidosamente a la cocina. Al

titubear Serena, oyó unos pasos justo debajo de su ventana. Se asomó. Uno de los jinetes entraba en la casa y sus pisadas iban acompañadas por el tintineo de las espuelas. Segundos después oía un murmullo de voces, que aumentó hasta convertirse en una tormenta de palabras airadas, que ella no podía entender, pero perturbadoras como el ruido de los truenos. Podía distinguir la voz fría y autoritaria de don Alberto y una segunda voz, igualmente firme, atravesando la discusión con la fuerza de un estoque. ¿Qué hombre se atrevía a levantarle la voz al hidalgo de avanzada edad, que dominaba su mundo con puño de acero?. ¡Sin duda no podría ser un hombre común! Ningún empleado se atrevería a tener con él una discusión semejante.

La avalancha de palabras airadas se vio interrumpida por el sonido de una puerta cerrada con tanta violencia, que hasta los cimientos parecieron temblar. Después silencio; un silencio en el que Serena emitió un largo y tembloroso suspiro, tratando de sobreponerse a su miedo.

Una vez más se estaba preparando para bajar cuando se abrió la puerta de su habitación, y entró una alta figura masculina vestida de negro. Sin hablar, ella lo miró fija, con ojos asustados, interrogantes, por la invasión de su privacidad. El hombre estaba de pie con las piernas separadas, balanceándose sobre los tacones de sus botas con espuelas de plata. Sus largas piernas, cubiertas por un pantalón de piel, parecían no tener fin antes de llegar hasta sus delgadas caderas, fuertes y musculosas. Su camisa negra, abierta, mostraba el pecho bronceado. Llevaba los cabellos revueltos por el viento, tan negros como el corazón del diablo, combinando con los ojos que brillaban malignos. Sus labios crueles se torcían en una mueca sarcástica cuando le habló:

-¡Así que tú eres la nueva adición de la caballeriza! -sus ojos denigraban la figura encogida-. ¡Debí adivinar que la mente del conde se fijaría en una chica insípida, con el espíritu de un ratón y tan poco atractiva como una figura de yeso!

Serena tembló ante la embestida.

-¿Quién es usted? ¿Cómo se atreve a entrar de esa manera en mi habitación y...?

-¡No insultes mi inteligencia! -la interrumpió bruscamente-. ¡La actitud de novicia ultrajada no le cuadra a la mujer que, según mi abuelo, está más que dispuesta a compartir mi cama! Serena lo contempló con espanto.

-¿Quiere decir que usted es...?

-Ni más ni menos -se inclinó burlón-. Juan de Valdivia, el segundo peón en el juego absurdo de mi abuelo.

-¿Peón... juego...? -repitió torpemente.

Se acercó hasta que ella se vio envuelta por su sombra, buscando en el pequeño rostro alguna evidencia de duplicidad. Sin suavizarse, continuó:

-Quizá no esté bien al tanto del plan de mi abuelo... Siéntese, señorita, hay algo que debe saber.

Serena casi cayó sobre la silla, apretando los brazos alrededor de su cuerpo tembloroso, tratando de calmar el creciente temor hacia aquel individuo tan intimidante como el abuelo. Se disiparon sus esperanzas de un joven tímido e

introvertido; en su lugar había un hombre tan diferente al imaginado, que pensó sería preferible enfrentarse al fuego, a la plaga y a la peste, que verse unida de por vida a un vaquero incivilizado de mirada fría, poseedor de todo el salvajismo de sus antepasados conquistadores.

-Mi abuelo -le confesó- es conocido en toda esta región por su éxito excepcional en la cría de ganado. Ya que ha dedicado casi toda su vida al estudio de razas y temperamentos, ahora puede vanagloriarse de su habilidad en producir una raza específica, ya sea que la demanda venga por el tipo dócil o por el viciosamente bravo, y se compromete a entregar con satisfacción garantizada o a devolver el dinero. A tanto llega su vanidad, que ha decidido aplicar sus conocimientos a los humanos. ¡Oh, sí! -afirmó cuando ella estuvo a punto de protestar-. ¡Porque tuvo éxito una vez en tal experimento, ahora quiere volverlo a intentar!

»Como yo -continuó-, mi padre era conocido por cabeza dura, prefiriendo cometer sus propios errores que beneficiarse de los consejos de un padre omnipotente. De repente apareció en la hacienda una chica inglesa, de ojos azules, rubia, dócil, escogida especialmente para satisfacer el lado extravagante del carácter de mi padre. Me dicen que se enamoraron, aunque sospecho que al principio mi madre estaba más enamorada de los lujos que podía disfrutar que de mi padre. Debió ser muy molesto para mi abuelo cuando un terremoto evitó que pudiera llevar a cabo plenamente su experimento. Sin duda es por eso por lo que está tan ansioso de intentarlo de nuevo y en esta ocasión, señorita, usted y yo somos las cobayas que piensa utilizar.

Su mandíbula se tensó de forma amenazadora.

-¿Cómo se siente al saber que ha sido escogida sólo para efectuar una influencia suavizante y aplacar mis cualidades agresivas, para que así me vuelva más receptivo a las órdenes de mi abuelo? La prevengo desde ahora: ¡no funcionará! ¡Encontrará que es más fácil domar al cóndor, el águila de los Andes, que poner uno de sus lindos piecitos sobre mi cuello!

Serena dio un paso atrás, asustada, y se colocó una mano sobre el pecho, como sujetando su corazón desbocado.

-No tengo ningún deseo de ponerle un pie sobre el cuello, señor -negó, temblorosa-. Vine porque creía que me necesitaba. Imaginé -las palabras se convirtieron en un susurro- que usted era tímido, un joven introvertido incapaz de buscarse una esposa. Ahora veo que su abuelo me pintó un cuadro totalmente falso del Hombre con quien deseaba que me casara. No podría hacerlo con usted; ¡preferiría morir de hambre!

Este ultimátum atrevido endureció el orgullo masculino. La miró furioso y el odio no era menos obvio por no expresado. Serena fue hasta la ventana y allí se volvió, irguiendo la cabeza.

-Señor, ¿podría irse ahora, por favor?

Lo que él menos esperaba era arrogancia en un pequeño ratón. Cruzó la habitación y cogió a la joven por los hombros con fuerza tan brutal, que apenas logró

ella aguantarse para no gritar.

-¿Por qué se dejó convencer para venir aquí? -le preguntó-. Tiene suficiente belleza como para atraer a cualquier hombre, así que la falta de pretendientes no pudo ser la razón para venir. ¿Le ofreció dinero? ¡Ah, ya veo que sí! -la soltó con desdén y se alejó, deteniéndose al llegar a la puerta para dirigirle una última mirada amarga-. Como mi abuelo la ha comprado, es responsabilidad suya y él tendrá que decidir lo que hacer con usted. Escuche mi consejo, señorita: váyase cuanto antes. ¡No la necesitamos aquí!

Salía de la habitación cuando se oyó un lloriqueo que llegaba de la habitación contigua. Inmediatamente, Serena se olvidó de él y se dirigió hacia la otra puerta, recordando que le había dicho a Bella que saliera a comer y que Wendy estaba sola. Al entrar de puntillas y acercarse a la cuna, el llanto de Wendy se convirtió en un ronroneo y, cuando la joven la tomó, comenzó a hacer pucheros, complacida.

-¡Mentirosilla! -Serena la regañó con cariño-. Si no tengo cuidado, jovencita, estarás en peligro de convertirte en una malcriada.

-¿De quién es el bebé? -La pregunta cortante llegó del otro lado del cuarto oscuro, recordándole súbitamente al hombre odioso.

Dio la vuelta, un cuadro de joven inocencia, su belleza de "madonna" realzada por la niña en sus brazos.

-La niña es mía -le contestó con calma, consciente de la promesa hecha a don Alberto.

-Sí -le confirmó, sintiéndose maliciosamente satisfecha por su sorpresa.

-Y el padre, ¿dónde está?

La tristeza de su voz era auténtica cuando contestó:

-Ha muerto.

La rápida mirada a la mano sin anillo, traicionó los pensamientos del hombre, pero a ella no le importó; tenía deseos de librarse de aquel individuo, que le hacía sentirse avergonzada aunque no hubiera razón para ello.

El se acercó lo suficiente como para entrar en la órbita de los ojos azules de Wendy, que sin inhibiciones, mostró su aceptación del hombre extraño, a pesar de que los ojos masculinos no ofrecían ningún estímulo. Le tendió sus bracitos como invitándole para que la tomase. Serena casi se rió ante la expresión de desconcierto del hombre, deseando ser ella, y no su hermana, quien le causara tal confusión. El tono de su voz era de advertencia para que se portara bien, cuando colocó a Wendy de nuevo en la cuna y la regañó:

-Es hora de dormir, jovencita. ¡No, no te sientes, quédate acostada! Así... -se inclinó para darle un beso-. Buenas noches, preciosa, te veré por la mañana.

Salió de la habitación, indicándole a Juan de Valdivia que debía seguirla, y esperó que éste entrara en su cuarto para cerrar la puerta con firmeza.

-¿Tiene algún otro familiar además de esa niña?

Su pregunta brusca la cogió por sorpresa.

-Ninguno -contestó-. Pero no deje que ese hecho lo preocupe, señor. Donde

quiera que estemos Wendy y yo, ahí se encuentra nuestro hogar.

Juan de Valdivia la miró con el rostro descompuesto, las mandíbulas contraídas como si luchara contra la cólera que lo iba ganando.

-El viejo es tramposo como el diablo -exclamó-, ipero no dejaré que ni siquiera estas circunstancias me obliguen a cambiar de idea!

Salió antes que ella pudiera pedirle una explicación, haciendo tintinear las espuelas a su paso.

Capítulo 5

A L SONAR la campana que indicaba que la cena estaba lista, Serena sintió el deseo de huir, pero su llamada tenía que ser obedecida porque, aunque no tenía intención de, quedarse en la hacienda, era inevitable un enfrentamiento con don Alberto. Él le debía explicaciones y, si era lo bastante caballeroso, le pediría también una disculpa por la descripción falsa que le había dado del carácter de su nieto.

Rezó por recobrar la fuerza mientras bajaba la escalera, recuperándose para recibir de nuevo la mirada de odio profundo que le había hecho sentirse tan mal. Los nervios la traicionaron y titubeó ante la puerta; luego decidida, la empujó y entró en el salón.

Fue una decepción encontrar solo a don Alberto, mirando malhumorado un vaso lleno de dorado Madeira. Se puso de pie cuando ella entró. Sus facciones no expresaban ningún remordimiento cuando se acercó a la joven para saludarla.

-Se la ve muy hermosa, señorita, y le doy las gracias. Hacía muchos años que la belleza no adornaba mi mesa.

Ella se esforzó en no dejarse vencer por su gentileza.

-Es muy amable, señor, pero debe perdonarme si encuentro que estos cumplidos son tan sospechosos como sus declaraciones anteriores.

La alta figura masculina se irguió, mas Serena no se dejó dominar por la altivez del hombre que no había titubeado en engañarla. Advirtió que él tenía una respuesta brusca en los labios, pero luego suavizó su boca y confesó:

-Siento que le debo una disculpa, señorita. Ocultar una verdad quizá sea mayor pecado que contar una mentira deliberadamente. Antes de hablar, permítame servirle un vaso de vino. La cena puede esperar hasta que, se sienta de un humor más dispuesto a apreciarla,

Ella rechazó el vino con un gesto, pero sí le permitió que la guiara hasta un sofá, donde se sentó, mirando con ojos asustados hacia la puerta.

-Relájese, querida -murmuró don Alberto-. Mi nieto salió de la hacienda con sus amigos para visitar un pueblo cercano. A lo mejor no regresa hasta mañana temprano. Ya oiremos su llegada, siempre escandalosa.

Sintiendo que le volvía la calma, se relajó sobre los cojines, una reacción que él encontró divertida.

-¿Así que ya ha conocido a mi nieto?

-Decir que lo he conocido, es poco -contestó temblorosa-. Sería más acertado decir que me ha acorralado y marcado inmediatamente.

El conde levantó una de sus cejas, interrogante.

-¿Marcada?

-Marcada como una mujer comprada, señor -le explicó-. Una que, según su nieto, no tiene lugar aquí y cuyo destino deberá ser decidido por su comprador, es decir, por usted.

-¡Por Dios! -la exclamación salió de los labios del conde con ira-. ¡Si todavía fuera un niño, lo castigaría por tal insulto!

-Ya no lo es, y de cualquier forma, siento que su manera de hablar está justificada. Si le hubiera escogido una esposa a un nieto tímido e inseguro de sí, quizá no sería tan ilógico, pero escoger una esposa para un hombre como don Juan es algo absurdo. Sin duda, señor, usted lo conoce lo suficiente como para saber que su acción iba a crearle un intenso resentimiento.

La respuesta del anciano no fue más que un suspiro. Un suspiro de pena porque no se salía con la suya, pensó la joven, o quizá remordimiento por la celada que les había tendido, tanto a su nieto como a ella.

-Si me permite explicarme -le suplicó-, quizá mis motivos parezcan menos egoístas.

-Sus motivos ya me han sido explicados por su nieto. Me ha dicho que sus éxitos en criar ganado lo han llevado a, creer que usted es capaz de decidir que dos personas se pueden unir, para hacer una pareja valiosa. En esta ocasión, señor, no ha podido estar más equivocado. Don Juan pertenece al tipo que detesto... igrosero, incivilizado y completamente engreído!

Para su sorpresa, los ojos de don Alberto se iluminaron y una sonrisa apareció en sus labios. Molesta por ello, Serena se puso de pie pero él la contuvo con un ademán tranquilizador.

-Perdóneme, querida, pero he escuchado esas palabras antes expresadas con igual vehemencia y sinceridad. Las pronunció la joven que después se convirtió en esposa de mi hijo, y que se quejaba de ser retenida en esta hacienda por la misma razón que usted. Cuando joven, mi hijo era tan indomable como Juan. Cada día de trabajo lo pasaba en las pampas, en compañía de los guasos, a quienes envidiaba su libertad. ¡No quería la responsabilidad de manejar lo que se había convertido en una pequeña república dentro de la república; no quería las preocupaciones de un gran negocio! Muchas chicas de buena familia deseaban convertirse en su esposa, pero él no quería a ninguna, prefiriendo mantener la compañía de mujeres -ya que no puedo llamarlas damas- que frecuentaban las posadas y las tabernas de los pueblos cercanos, similares a las que tratan mi nieto y su: amigos.

El conde continuó:

-Al contrario que usted, aquella joven no fue escogida con cuidado, sino que llegó aquí por accidente, aunque debo confesar que cuando la vi por primera vez, nació la idea que alimenté luego tratando de unirlos lo más posible. Al principio se comportaban hostilmente el uno con el otro, pero después, para satisfacción mía, la unión que yo había previsto se desarrolló y creció hasta convertirse en un amor que revolucionó el carácter de mi hijo. Eran intensamente felices, señorita, y el dolor que sentí al verlo terminado todo, no es posible expresarlo con palabras. Juan es un legado de esa felicidad... y mi más ferviente deseo es verlo también feliz antes que yo muera. Usted quizá piense que estoy tratando de actuar como Dios -continuó-, pero, ¿puede culparme por querer repetir las circunstancias que llevaron a tal matrimonio... un matrimonio de cuyo valor quedó Juan como prueba viva?

Serena se puso en pie y se acercó despacio a la chimenea. La luz del fuego se

reflejaba en su cabeza inclinada y creaba sombras sobre el rostro perturbado, mientras consideraba con emociones de asombro y de lástima las confesiones del soberano de un pequeño reinado, cuyo estilo de vida y riqueza le habían convencido de que poseía la omnipotencia de un rey. ¡El rey de los guasos! Contuvo una carcajada histérica al pensar que, cuando abdicara, deseaba que ella se convirtiera en reina.

No había huella de diversión en su rostro cuando dio la vuelta para mirar al hidalgo, sentado y con la cabeza apoyada sobre la palma de su mano. Como no deseaba herirlo, le dijo:

-Lo siento, señor, pero yo no puedo formar parte de su fantasía... porque no es más que eso-le aseguró cuando él levantó la cabeza para protestar-. Todos tenemos derecho a vivir nuestras vidas como queramos, incluso su nieto. Estoy convencida de que sus motivos no son egoístas y que su mayor deseo es velar por la felicidad de ese nieto, pero ¿alguna vez ha considerado que el éxito del primer plan fue casual y que una repetición puede no dar el mismo resultado?

Sus palabras encendieron una chispa de enojo en los ojos del caballero.

-¡La naturaleza humana no cambia, señorita! Siglo tras siglo, la raza humana se ha multiplicado, con los mismos rasgos, vicios y características, que han pasado de una generación a otra. Por mis venas corre la sangre de los primeros conquistadores, mi herencia tiene una naturaleza aventurera, sin temores y orgullosa, que fue pasada a mí por mi padre, luego la pasé a mi hijo y éste a mi nieto. Entiendo que todo nace del hecho de que ellos heredaron parte de mí, reaccionando como yo lo haría, con los mismos gustos, aversiones y afectos. Así que, como verá, no hay manera de que pueda equivocarme.

-¡Por supuesto que la hay! -contradijo en voz baja, uniendo fuertemente sus dedos temblorosos-. Hay un elemento desconocido que usted no ha tomado en cuenta: el extraño que forma parte de su plan, ¡es decir, yo! Sin mi cooperación, usted no puede lograr nada y no tengo ninguna intención de tomar parte en su conspiración. Deseo ser relevada de mi promesa y regresar a mi casa de inmediato. ¡Prefiero no tenerme que enfrentar de nuevo con su nieto!

Sin demora, don Alberto dejó a un lado su vaso y caminó majestuosamente hacia ella. Sintióse como un siervo insignificante ante la presencia de un monarca, Serena tuvo la tentación de hacerle una burlona reverencia para demostrarle su profundo disgusto.

-Eso no será posible -le dijo, frío y tan distante como los picos nevados que se veían desde su reino—. Hicimos un trato y ya aceptó parte del precio ofrecido. La ropa que lleva puesta, el hogar en que se han establecido usted y su hermana son parte de ese precio y debo insistir en el cumplimiento del pacto. Como habrá notado, la hacienda está completamente aparte del resto del mundo, así que cualquier tonta idea de escapar puede borrarla de su mente. El único método seguro para salir de aquí es en avión, y como nuestra avioneta no se pondrá a su disposición se quedará aquí, ¡le guste o no!

Ella jadeó, pálida.

-¡Usted podrá obligarme a quedarme, pero no a que me case con su nieto!

Él le contestó, sin inmutarse:

-Al principio, su predecesora se comportó con igual rebeldía, así que me complace que usted haga lo mismo. ¡Sus reacciones idénticas auguran el éxito de mi plan!

LA LUZ DE LA luna entraba por la ventana, cayendo sobre la cama donde Serena se había recostado tras huir del autócrata cuya determinación la llenaba de temores. La casa que había admirado antes, le parecía ahora una cárcel y su habitación una celda donde se la obligaba a purgar un crimen. El crimen de la locura, se culpó, sus puños cerrados con fuerza hundiéndose en las cubiertas de seda. ¡Qué estúpida había sido pensando que podría lograr la seguridad sin el sacrificio de sí misma!. No era que no estuviera preparada para ello. Lo estaba, pero con voluntad y comprensión hacia otro tipo de hombre, muy diferente al que con tanto odio la había conminado a que se fuera.

Conteniendo los sollozos de angustia, se levantó de la cama y comenzó a desabrochar con torpeza los botones de su vestido azul, ansiosa por quitarse el costoso soborno. Por primera vez en su vida sentía odio por sí misma y ni siquiera el recuerdo de que había actuado por el bien de Wendy podía cerrar la herida que se abría en su interior.

Vestida sólo con una fina combinación, se sentó mirando por la ventana sin ver, su mente completamente aturdida. Un ligero tintineo atrajo su atención, pero lo pasó por alto. Luego lo volvió a oír y dio la vuelta, sus ojos asustados buscando por el cuarto oscuro. El terror la mantenía paralizada en el lugar cuando vio moverse una sombra luego la luz de la luna iluminó a través de las sombras y brilló sobre la gran hebilla plateada de un cinturón. ¡Ella había visto aquella hebilla antes, el diseño intrincado había atraído su atención, mientras intercambiaba palabras turbulentas con su dueño!

Logró hablar al fin:

-¿Qué desea? ¿Cómo se atreve a penetrar en mi habitación sin permiso, don Juan?

Sintió un vuelco en el corazón cuando él se rió, una risa calmada y sin motivo, que mostraba su odio por lo convencional. El esbelto cuerpo se tambaleaba al caminar hacia ella.

-He venido a decirle que he pensado mucho en nuestra situación -se burló-. He hallado la forma de resolverla.

Asqueada, se dio cuenta de que había bebido, y un perfume barato que emanaba de su camisa probaba que no había pasado la noche solo.

-Yo también he llegado a una decisión -replicó la joven-. He resuelto que no quiero quedarme aquí y lo único que deseo oír de usted, es una promesa de que me ayudará a regresar a mi país.

El la asustó cuando se le acercó para tomarla fuertemente por los hombros, con

manos duras y crueles. Tembló cuando sus dedos comenzaron a explorar la suave curva de su garganta descubierta, pero se mantuvo firme, determinada a no darle la satisfacción de verla humillarse.

-¡Eso no iría con mis planes! -objetó él-. He decidido que me casaré con usted no como un acto de rendición, sino para enseñarle a mi abuelo una lección, para probarle que un matrimonio unido por el diablo tiene que resolverse en una vida infernal, infernal para él, infernal para su cómplice, ¡pero para mí la satisfacción de saber que como cumpla sus deseos, él tendrá que cumplir su promesa!

-¿Promesa? ¿Qué promesa...? -la pregunta salió ahogada de su garganta dolorosamente contraída.

-Su promesa de entregarme la herencia. -Su voz sonaba con un acento odioso-. Desde mi niñez me criaron creyendo que algún día todo esto sería mío. Con esa esperanza he trabajado como un negro, confiando en que la propiedad de la hacienda sería mi premio. Luego mi abuelo soltó la bomba... ¡matrimonio, si no...! Pero no el matrimonio con una mujer escogida por mí, sino escogida por él, y el resultado de mi rechazo sería el castigo de abandonar este lugar que me enseñaron a creer que sería mío. Juntos, señorita, ¡engañaremos al viejo zorro! Dejémoslo creer que se sale con la suya, regocijarse con la idea de que ha triunfado por el corto tiempo que le queda. ¡Ya está viejo! -su tono adoptó una intensidad sombría que hizo temblar a Serena-. Dentro de pocos años, él morirá; entonces usted y yo tomaremos diferentes rumbos. Por el momento estoy dispuesto a seguir con la ceremonia, prometerle amor, respeto y mantenerla. No es que tenga la intención de cumplir esas promesas -se burló-, Mi vida no será alterada de ninguna manera. Pero estoy seguro que eso no va a arredrarla, señorita. ¡El matrimonio y un nombre honorable, serán sin duda recompensa suficiente para una esposa de segunda mano!

Serena reaccionó al insulto como si le hubieran pegado. Casi soltó la verdad que hubiera restablecido su dignidad. Luego el instinto le avisó que aquella faceta del matrimonio propuesto era lo que más le molestaba a él. Don Juan de Valdivia insistiría siempre en ser el primer y único hombre en la vida de su esposa, y la presencia de Wendy era prueba viviente de que él era el segundo en la suya, una posición que para su naturaleza altanera resultaba intolerable.

Deshecha por el dominio de dos hombres, no tenía objeto rebelarse, pero manteniéndose callada no estaría sola en su tormento. ¡Juan también sufriría! Por primera vez en la vida, Serena probaba el sabor de la venganza... ¡y encontraba que era un sabor dulce!

-¿Qué dice? -apremió él-. ¿Está dispuesta a ayudarme en contra del viejo zorro?

-¿Tengo alternativa? -le preguntó la joven con frío desdén.

Los ojos interrogantes examinaron el pálido rostro. Bajo la presión de sus manos, Serena continuaba rígida, tratando de mantener un simulacro de calma. Él soltó una risotada.

-¡Su belleza distante enfría hasta los huesos, señorita! Comparándola con las mujeres de mi raza, usted es sólo una sombra de femineidad, le falta el fuego

voluptuoso, la voluntad de complacer y el deseo maduro de sus cuerpos. No tiene que preocuparse de tener que compartir conmigo la cama... no puedo pensar en nada menos agradable que en la idea de que los besos se me conviertan en hielo sobre sus labios o el riesgo de que se congele alguna parte de mi cuerpo con cada caricia. -La empujó con tal indiferencia, que Serena se sintió ofendida.

-Comprendo su repulsión, señor, ¡ya que iguala a la mía! Nada me repugnaría más que pensar en estar cerca de un hombre tan ahogado en vino que no puede hablar ni moverse con propiedad. ¡El vino trae tres tipos de uvas: La primera de placer, la siguiente embriagadora y la tercera de asco!

Fue como un latigazo para su orgullo. Se enderezó y acercóse a ella, ciñéndola fieramente contra su pecho.

-Me pedirá disculpas por sus insultos -le gritó-, ¡o se arriesgará a un castigo!

-¡Déjeme! -pidió espantada.

-No hasta que haga lo que digo -fue su amenazadora respuesta.

-¿Por qué voy a tener que disculparme por decir la verdad? No voy a pedir perdón, ya que sus palabras han sido poco caballerosas y ofensivas.

-¡Poco caballeroso! -echó su cabeza hacia atrás, riéndose-. ¡Eso es lo que nunca he pretendido ser! Después de todo, ¿qué es un caballero? Es un hombre hecho como una paloma, sin la más mínima parte de serpiente en su composición. ¿Ese es el tipo de hombre que admira señorita, una paloma sin espíritu?

-Si pudiera escogerlo, ¡sí! Prefiero a un hombre que sólo utilizase la fuerza cuando hubiera fallado la persuasión.

-¡Y yo considero que la fuerza echa a un lado la necesidad de la persuasión! -para demostrarle su punto de vista puso sobre los labios entreabiertos de Serena un beso, que era más bien una marca feroz, cruel y dolorosa. Recordando su preferencia por las mujeres de fuego, ella se forzó a no luchar mientras llevaba a cabo el castigo. Su resistencia lo hubiera satisfecho, mientras que la fría aceptación mostraba el desprecio que le inspiraban sus acciones brutales.

Juan apartó su boca de la de ella, soltándola lentamente. Se dirigió luego hacia la puerta, diciéndole por encima del hombro

-¡Guarda tus besos, doncella de hielo! ¡No sé si debo admirar o despreciar al hombre que tuvo el suficiente valor para quitarle el velo de los ojos a semejante gazmoña, haciéndole un hijo!

Capítulo 6

A BODA tuvo lugar una semana después, en una capilla privada situada en los límites de la hacienda. La lista de invitados se mantuvo mínima... Don Alberto le aseguró a Serena que no era porque así lo hubieran deseado, sino porque con la urgencia con que se habían hecho los preparativos, era imposible avisarles a tiempo a los familiares que residían en España. Así que sólo los amigos íntimos que vivían en las cercanías fueron invitados a la boda del nieto de don Alberto con una joven inglesa desconocida, cuya llegada, acompañada por un bebé, había dado lugar a muchas especulaciones.

Todas las invitaciones fueron aceptadas, sobre todo por la curiosidad que tenían las madres de familia de ver personalmente a la muchacha que había logrado atrapar a tan codiciado soltero, debajo de las narices de sus hijas resentidas.

Durante la semana antes de la boda, don Alberto hizo todos los preparativos con una sonrisa semejante a la de un tigre. Su sorpresa ante la exigencia de Serena de mantenerle en secreto al nieto su verdadera relación de parentesco con Wendy fue extraordinaria.

-¿Por qué? -le preguntó el anciano-. ¡La sola presencia de la niña será para él como una espina enterrada en un costado! ¿Por qué no puede ser amable y librarlo de las dudas que lo atormentan?

-No tengo ningún deseo de ser amable con su nieto -le contestó- Usted me está obligando por la fuerza, a mantener lo pactado y yo no he tenido más opción que la de aceptar el matrimonio, pero en ese caso estoy dispuesta a ser firme; o se mantiene mi secreto o no se llevará a cabo la boda.

Para don Alberto era un punto demasiado insignificante para discutirlo. Su meta estaba a punto de cumplirse; los jugadores habían tomado sus lugares y todo estaba a su gusto, así que no iba a echarlo a perder por una nimiedad en el último momento.

-Muy bien -se sometió bruscamente-, si ése es su deseo, así será. -Poco a poco, se dibujó una sonrisa en sus labios-. Y quizá resulte más conveniente. Ninguno de los dos somos tontos, niña; ambos sabemos que Juan acepta el matrimonio, no porque esté enamorado de usted, sino por alguna razón oculta. Quizá sea que lo atrae sin que él esté consciente de ello, o hasta haya lástima detrás de su decisión, pero cualquiera que sea la razón, estoy dispuesto a confiar en la intuición femenina para lograr el camino más rápido a su corazón. Sí, querida, iguarde el secreto sin duda alguna! Nosotros, los hombres de la familia Valdivia, somos demasiado posesivos con nuestras mujeres, y esa espina será un constante recordatorio para Juan de que su esposa perteneció antes a otro hombre.

Una esposa de segunda mano, pensó Serena, aturdida, mientras abrochaba la docena de botones del vestido de encaje que había escogido para la ceremonia. Era corto, de falda amplia, forrado todo con tela color crema, excepto en las mangas que habían quedado completamente transparentes, permitiendo que las cascadas de delicado encaje color crema cubrieran directamente su piel sedosa desde los hombros hasta las muñecas. Se cepilló el pelo hacia atrás, colocándose alrededor de su pequeña

cabeza una cuerda dorada... una cuerda como la seda, con la que su independencia se ahorcaba lentamente, pensó con tristeza.

Esparcieron pequeñas florecitas blancas que aminoraron la severidad de su peinado, pero bajo la brillante cabellera, su rostro se veía angustiado y pálido, sus ojos nublados por la trascendencia del paso que estaba a punto de dar. Se quedó toda la mañana en su habitación y por la ventana abierta escuchó los sonidos de gran actividad al llegar los invitados y ser recibidos a la puerta, antes de hacerlos pasar para tomar un refresco. Don Alberto le había dicho que la mayoría de ellos llegaban en aviones privados o, en el caso de vecinos cercanos, en coches, capaces de viajar rápidamente, atravesando los kilómetros de camino que unían las distintas propiedades.

La hacienda se hallaba en medio de una febril actividad, pero, en su estado mental, Serena no se había atrevido a aventurarse a dar una vuelta, por miedo a que las miradas curiosas perturbaran la compostura que le había costado tanto trabajo lograr. Además, existía una pequeña tradición que deseaba seguir, una tradición cómica, debido a las circunstancias, pero que conservaría sin embargo: Necesitaba suerte, si debía sobrevivir al trauma del matrimonio con don Juan y si, como se decía, daba mala suerte al novio ver a la novia antes de la ceremonia, entonces ella se mantendría fuera de su vista.

Al oír el bullicio de los invitados dirigiéndose a la iglesia, sus nervios se agudizaron y su estómago se revolvió. Comió poco, pese a los ansiosos regaños de Carmen; sólo pan tostado y café. Ahora, al alejarse los últimos invitados, sufrió una especie de mareo y se agarró fuertemente al respaldo de una silla, tratando de no desmayarse. Una llamada en la puerta aceleró las palpitaciones de su corazón y pasaron algunos segundos antes que lograra murmurar una respuesta:

-¡Pase!

Carmen entró, sonrojada y emocionada, llevando en las manos una oleada de encaje. Manteniendo antiguas costumbres, le hizo una pequeña reverencia a Serena.

-La mantilla, señorita; la han llevado todas las novias de los Valdivia.

Serena la miró, sobresaltada.

-No, gracias, Carmen, iré como estoy.

Los ojos negros de la sirvienta se abrieron con asombro.

-¡Pero está prohibido entrar en la iglesia sin cubrirse la cabeza, señorita! Y siempre el rostro de la novia deberá estar protegido de las miradas curiosas... Verá, yo se lo colocaré y se dará cuenta de lo bien que le queda el tocado típico.

Antes que Serena pudiera protestar, ya le había colocado la mantilla en la cabeza, comenzando a arreglársela en torno a las descoloridas mejillas.

-¡Ay, señorita! -le gritó-. ¿No ve lo guapa que está?

-Sí, se ve muy bien -aceptó Serena a regañadientes, bajando las pestañas sobre sus ojos atormentados-. Quizá don Alberto no acepte que yo lleve esta reliquia familiar tan delicada.

Carmen movió la cabeza.

-El conde no negará nada a la bella esposa de su nieto!

!Bella esposa! Si aquello fuera cierto, no sentiría que ponerse la mantilla era como una profanación.

Llena de satisfacción, Carmen le dijo:

-El conde la espera abajo. No queda nadie en la casa más que nosotros, el último de los invitados ya ha salido hace un rato hacia la iglesia.

-Y don Juan, ¿dónde está?

-Sin duda, esperando impaciente ante el altar -sonrió Carmen-, ¡pero no por mucho tiempo! Tiene apenas cinco minutos más antes de salir, señorita.

Serena bajó por la escalera lentamente, sujetándose al barandal. Como Carmen le habla dicho, la casa estaba sola, pero el aroma penetrante de los puros y de perfumes caros se mantenía aún en el ambiente, recordándole la serie de rostros a los que tendría que enfrentarse.

-¡Un día hermoso para una bella novia! ¡Se la ve tan bella, don Juan será la envidia de todos sus amigos!

Don Alberto la llevó junto a la ventana y la dejó mirando hacia el jardín soleado mientras él se dirigía al escritorio para buscar algo en un cajón. Serena se asustó cuando escuchó de nuevo su voz muy cerca,

-Es mi regalo de boda para ti, y me darás un gran placer si te lo pones para la ceremonia. -Sacó un hilo de perlas de su nido de terciopelo, colocándolo alrededor del cuello de Serena con un suspiro de satisfacción. Luego la llevó hacia el espejo para que viera la belleza extraordinaria de la joya, con reflejos como el arco iris, brillando en contraste con el corpiño crema de su vestido.

-Gracias, son unas perlas muy hermosas -comentó inexpresiva-, pero ahora que ha logrado su deseo no necesita continuar agasajándome con un regalo caro... Un hogar para Wendy y para mí es pago suficiente.

Él arrugó la frente, disgustado por el recuerdo de un trato que ahora estaba dispuesto a olvidar.

-Las perlas no son un pago; es sólo el intento de mostrar la gratitud y el placer de un anciano al darte la bienvenida a su familia. Lo que me hace pensar, ahora que estamos casi emparentados, que por favor me llames abuelo. Me honraría que lograses verme como tal... ¡igual tú que la niña. En sólo una semana, Wendy se ha hecho querer por todos los que la han conocido.

Una ligera sonrisa se dibujó en los labios femeninos. Lo que decía el conde era cierto. Wendy parecía comprender que al fin estaba acomodada en un hogar permanente, con esclavos que la rodeaban adorándola. Don Alberto mismo aprovechaba cualquier oportunidad para tomarla y hablarle. Bella y Carmen se derretían con ella, y hasta Juan respondía con una leve sonrisa a sus coqueteos. Ella lo convertía en su preferido cuando lo veía cerca. Como un cachorrito que le mostraba lealtad a un amo solamente, respondía a su presencia ignorando a todos los demás y le llamaba la atención con sus gorjeos, enviándole besos con tanta gracia, que él se veía forzado a responder. Con la torpeza de un hombre que no estaba acostumbrado a los niños, le ofrecía un saludo desde lejos. Una vez, Serena lo sorprendió jugando

clandestinamente con Wendy, tirándole una pelota y haciéndole cosquillas en el cuello hasta dejarla en un éxtasis de risa.

Era Juan quien había insistido en que Wendy estuviera presente en la ceremonia, así que diez minutos antes Bella la había llevado a la iglesia, con aspecto angelical, vestida del mismo color que sus ojos, con sus rizos de un pálido dorado enroscados alrededor de una cinta azul.

-Vamos, querida, es hora de irnos. -La voz de don Alberto volvió a Serena a la realidad-. Y permíteme expresarte lo agradecido que estoy por tener la oportunidad, en esta ocasión, de tomar el lugar del padre que perdiste hace poco.

Aparecieron lágrimas de dolor y de gratitud en sus ojos, pero las ahuyentó rápidamente. El encanto del anciano caballero era tal, que ella tenía que mantenerse recordando la injusticia que le había hecho. En aquel momento debía sentir todo el resentimiento al máximo; sin embargo, desaparecía, dejándola vulnerable a su palabra persuasiva. Pero al salir afuera, hacia el coche, en el que don Alberto la conduciría hasta la iglesia, la despedida emotiva de Carmen acabó de hundirla. Con un interés casi maternal, abrazó a Serena y con lágrimas cayendo por sus mejillas le dio un beso, murmurándole con torpeza dichos españoles, pero que aún así, ella reconoció que iban dirigidos a una bella y joven novia.

Cuando los labios de Carmen rozaron la mejilla de Serena, éste casi perdió el control, pues la caricia le recordaba las de su madre. E deseo tan grande de tenerla junto a ella en tal ocasión, la embargó, dejándola temblorosa. En aquel momento de debilidad, sus lágrimas encontraron una salida recordando a don Alberto una oscura nube pasando por encima de un plácido lago azul.

Le puso en la mano un blanco pañuelo y, cuando notó que no mostraba señal de disminuir el llanto, le recordó:

-Los invitados nos esperan, querida. Juan también, y la paciencia no se cuenta entre sus virtudes.

Don Alberto admiraba el valor y no tardó en reconocerlo cuando la esbelta figura se enderezó, levantando la cabeza para mostrar una expresión retadora.

-Estoy lista.

Carmen agitó la mano desde la escalera de la hacienda hasta que perdió al coche de vista. Se quedaba atrás supervisando el servicio de la comida y de las bebidas para que estuviera todo listo al regreso de los invitados de la iglesia. Por el camino, Serena notó las luces que colgaban entre los árboles, listas para la comida que se serviría fuera, a la noche, en beneficio de los guasos y sus familias, ya que eran demasiados para caber dentro de la casa.

-Te gustará nuestra iglesia, niña -don Alberto la animaba en el transcurso del breve viaje-. Fue construida por nuestros antepasados como una ofrenda a Dios por tantos beneficios que les brindaba en su nuevo país. Hemos orado allí durante siglos y todos los matrimonios Valdivia se han celebrado en ella. Me satisface mucho que tú y Juan continuéis la tradición.

Por un momento sintió tentaciones de reírse en su cara. Él estaba tratando aquel

matrimonio como si fuera de auténtico amor en lugar de -ser el resultado de un plan maquiavélico. Estaba cegado, creyendo lo que deseaba creer y esperando que lo imaginado se convirtiera en realidad.

De repente oyeron gritos y en la distancia vieron acercarse una nube de polvo que comenzaba a convertirse en una partida de jinetes que galopaban rápidamente, rodeando el coche entre vítores. Los guasos habían llegado para escoltarla. Cada uno llevaba puesto un poncho de vivo colorido, un ancho sombrero, ceñidos pantalones de piel y botas de altos tacones con brillantes espuelas. Sin excepción, sus rostros bronceados tenían una expresión de imprudencia descarada mientras acompañaban al coche, gritando y vitoreando hasta la misma escalera de la iglesia.

Al salir Serena del coche, se quitaron los sombreros en un salute burlón a la joven, tímida e insegura, que reconoció su aprobación atrevida inclinando la cabeza, nerviosa. Luego comenzó a sonar música de órgano dentro de la iglesia y no tuvo más tiempo de pensar en los nervios cuando echó a andar lentamente por el pasillo del brazo de don Alberto, hacia la figura alta que la esperaba, casi irreconocible con su traje de etiqueta.

Como en un sueño, Serena hizo su papel a la perfección, sin ver nada del interior de la pequeña y bien decorada iglesia, los bancos repletos de mujeres vestidas con elegancia, acompañadas de sus hombres orgullosos, erectos, todos mostrando buena educación, todos descendientes de la primera oleada de conquistadores aventureros que hicieron suya aquella tierra.

Se la veía calmada y tranquila, su figura esbelta bañada por los rayos de color que se filtraban por los vitrales, y pronunció sus votos sin ningún temblor. Por dentro se sentía aturdida, helada de pies a cabeza, consciente de la presencia del novio a su lado, murmurando mentiras con fría deliberación, engañando a todos los oyentes con sus afirmaciones: "Con mi cuerpo te venero... para amarte y adorarte... ¡hasta que la muerte nos separe!"

Emitió un largo y tembloroso suspiro. Aquello, por lo menos, no era mentira. Sería la muerte de don Alberto la que la liberase de su promesa... sólo entonces recibiría el pasaporte para la libertad. Por lo menos eso le había prometido Juan, y ella no dudaba que mantendría su palabra.

Cuando Juan le colocó el anillo en el dedo, las manos de acero tomaron las suyas, los largos dedos morenos, fuertes y duros como las garras del cóndor... Al momento, levantó la mirada y encontró, otra de burla antes que rápidamente la desviara.

Sólo cuando don Alberto la besó, se dio cuenta de que la temida ceremonia había terminado y se relajó un poco, logrando ofrecer sonrisas discretas en dirección a las personas presentes, mientras que el novio la llevaba hacia la salida. Un gran aplauso los acogió cuando salieron de la iglesia, y ella parpadeó, deslumbrada por la luz del sol brillante que reemplazaba la oscuridad que dejaban atrás. Muchas personas se les abalanzaron, tirándoles pétalos de flores.

Con una ligera sonrisa, Juan la llevó hacia el coche. Su débil fuerza no se podía comparar con la de las mujeres que empujaban para lograr ver a la novia. Él la tomó en

brazos y, riéndose, corrió hacia el auto que esperaba; su esposa, sin aliento, se aferraba a él.

Las mujeres estaban encantadas, no sólo por su acción sino por el brillo de alegría que transformaba a la insípida esposa de don Juan en una criatura de encantadora timidez.

-¡Bésela, señor! ¡Bésela...! -le gritaron cuando estaban a punto de entrar en el coche, y para su horror, Juan aceptó.

Con un movimiento que casi la dejó sin aire, colocó de nuevo a Serena sobre sus pies. Una mano fuerte la agarró por debajo de la mantilla, forzándola a mantener la cabeza inmóvil mientras ponía la boca sobre sus labios suaves, buscando su dulzura como un hombre, sediento de vino.

Cuando terminó, la introdujo en el coche, siguiéndola rápidamente y cerrando la portezuela ante el grupo que vitoreaba alegremente. Al alejarse, ella logró reponerse en parte de su confusión, en la que la habían movido de un lado a otro, dirigiéndole una mirada furiosa.

-¡Ese comportamiento no entraba en lo pactado! ¿Cómo te atreves a tratarme como a una de las mujeres del pueblo con las que compartes tanto tiempo?

Su sonrisa desapareció. Entrecerró los ojos y exclamó:

-¡Ya parece una esposa quejándose, señora! ¿Y de qué pacto hablas? Yo no he hecho ninguno.

-Tú me pediste que me casara contigo -se agitó ella.

-Yo te dije que te casarías conmigo -la contradijo con frialdad-. Pero aun así, estoy dispuesto a admitir que como esposa mía tienes algunos derechos. Si mis visitas al pueblo te ofenden, entonces cesarán. De, cualquier manera, las razones para esas visitas ya, no existen. El matrimonio tiene muchos sinsabores, pero el celibato no tiene placeres, querida, así que como eres mi esposa, tus obligaciones serán las de evitarme los primeros y aliviarme con los últimos...

Capítulo 7

ESTABAN parados juntos, cerca de la entrada del salón principal, dándole la bienvenida a los invitados, elegantes y bien vestidos, hirviendo de curiosidad, pero demasiado educados para demostrar sus sospechas, aparte de las murmuraciones discretas entre ellos y miradas curiosas hacia Serena y Juan quien, para sorpresa de la novia, tomó a Wendy y le ordenó a Bella:

-Anda y diviértete durante una hora; nosotros cuidaremos de la niña.

Wendy estaba encantada y mostró su cariño por el hombre. Sus deditos acariciaban la mejilla bronceada, sus ojos azules reclamando la atención que deseaba. Cuando él le respondió, fue Serena quien se asombró, confundida por la transformación causada por una sonrisa caprichosa que se dibujó en los labios que nunca había visto relajados; unos ojos que para ella siempre parecían arder con disgusto y que ahora brillaban con deleite; una risa que le hubiera parecido imposible del hombre cuyas palabras golpeaban como un látigo.

Cuando Wendy estiró un dedo para explorarle el cabello negro, muy peinado, su risa fue tan fuerte que todos miraron hacia ellos, justo en el momento que don Alberto entraba en el salón llevando del brazo a una frágil anciana de cabello blanco con facciones majestuosas idénticas a las suyas y que la proclamaban matriarca de la misma generación que él. Cuando las voces bajaron de volumen, Serena se asustó, sintiendo que se acercaba un momento difícil.

Apoyada en un bastón, la anciana se dirigió hacia ellos, deteniéndose cuando don Alberto comenzó la presentación, pero la señora lo hizo callar con un gesto.

-Ya tienes el sello de la domesticidad, Juan -lo retó, con sus ojos negros fijos en el joven-. ¡Podría ser perdonado el pensar que la niña es tuya!

Las mejillas de Serena comenzaron a arder cuando se oyó un murmullo de consternación alrededor del salón. Las facciones sonrientes de Juan no cambiaron mientras aceptaba la monstruosa declaración burlona como si fuera cierta.

-Es una pena, tía Isabela, que muchas sospechas resulten bien fundadas -replicó hábilmente, sin una pizca de turbación. Consciente de la curiosidad de los invitados, Serena disimuló su asombro. A Juan se le veía más complacido que ofendido por la insinuación de la anciana, y su respuesta no hacía otra cosa que confirmar la idea de los oyentes de que Wendy era su hija y que el matrimonio era el acto de un hombre honorable con la intención de aceptar sus responsabilidades. ¡Claro! Aquella era la manera, de salvar su reputación; ¡mucho mejor así, que lo vieran como un libertino de mala fama, a que le tuvieran lástima por cargar con la hija de otro hombre!

Hasta la anciana matriarca, tan observadora, se vio engañada.

-¡Vaya...! -lo miró detenidamente, luego esbozó una sonrisa-. Te pido disculpas, niño. Debí recordar que es más vergonzoso desconfiar de un amigo que engañarlo. Ahora, preséntame a tu esposa.

Durante las horas siguientes, mientras se movían entre los invitados conversando con unos y otros, Serena se sentía únicamente tolerada por toda la concurrencia de rígidos principios morales. Las palabras de Juan, que casi se convirtieron en una

confesión, habían roto el hielo hasta tal punto, que un joven de mirada alegre se aventuró con una broma:

-¡Con razón te mantuviste tan callado por tu ausencia el año pasado, Juan! Dijiste que eran sólo unas vacaciones. Defiende esa declaración, si puedes, zorro, ¡ahora que las gallinas han venido al gallo...!

La terrible indiscreción fue rápidamente cubierta por el padre del joven, que comenzó enseguida a hablarle a Juan acerca de las perspectivas del mercado ganadero. Fue demasiado tarde; la humillación de Serena se notaba con claridad en las manchas rojas que aparecían en sus mejillas ardientes. Murmuró una excusa incoherente, le quitó a Wendy de los brazos a Juan y salió rápidamente del salón, dejando un silencio incómodo después de su partida.

Por fortuna, Bella estaba en la habitación, así que Serena le entregó a la niña y, con un suspiro, entró en su cuarto, sintiéndose agotada. Se quitó la mantilla, colocándola sobre la cama, y se dejó caer en una silla frente al tocador... para encontrarse con la humillación que expresaban sus ojos.

-¡Maldito! -exclamó airada-. ¡Cómo se atreve...!

Saltó de la silla, quitándose el vestido para ponerse una bata de algodón verde. Al quitarse las horquillas, los cabellos le cayeron hasta los hombros, esparciendo el perfume de las pequeñas flores blancas que se encontraban entre ellos. No se preocupó de cepillarlos, sino que se sentó junto a la ventana abierta, la cabeza recostada sobre sus brazos, luchando con el odio que sentía por el hombre al que consideraba responsable de desnudarla de todo su orgullo y respeto propios.

No la dejaron en paz durante mucho tiempo. Apenas habían pasado diez minutos cuando, sin ningún aviso, se abrió la puerta y Juan entró, tan veloz como incisivo.

-Tu ausencia comienza a causar comentarios. Vístete pronto; tienes que bajar conmigo.

Su orden arbitraria la molestó más allá de cualquier razonamiento. Se le enfrentó, desafiante.

-¡Los invitados pueden comentar todo lo que deseen..., pero yo me niego a continuar siendo el blanco de su bien educada curiosidad! ¡Me quedo en mi habitación, así que sal y déjame sola!

Él dio un paso al frente, amenazador.

-Harás lo que te ordeno; si no, te vestiré yo mismo! Tienes cinco segundos para considerarlo. —Miró su reloj—. Si no has comenzado a vestirte para entonces, sabrás que no amenazo inútilmente.

Los ojos azules lo miraron fijos y desafiantes.

-¡Me niego! —murmuró Serena con los dientes apretados—. Si intentas tocarme, gritaré. ¿Qué pensarán entonces tus invitados?

-Si gritas te callaré usando el método más rápido y efectivo. ¡Decídete, casi se te ha acabado el tiempo!

Ella sintió su voluntad como una barrera de acero, inamovible, impenetrable, completamente sin piedad. Descubrió una terquedad que nunca supo que poseía, un

orgullo que le evitaba que se doblegara ante aquel tirano. Además, aunque su actitud era decidida, estaba segura de que no cumpliría la amenaza; ningún hombre de buena educación podría ser tan brutal. Lo desafió mientras él miraba su reloj contando los segundos.

Juan se subió los puños de la camisa y saltó en un ataque repentino, tomándola por sorpresa. Antes que ella pudiera defenderse, las manos como garras rompieron su bata, arrebatándola de sus manos temblorosas y tirándola con desdén a un rincón. Los labios femeninos se abrieron... sólo para soltar una protesta asfixiada; no para gritar, pues estaba demasiado asustada. Las manos que le habían quitado la ropa bajaron hasta sus hombros descubiertos.

—Debes aprender que todo lo que digo va en serio -murmuró Juan, violento-, cortándole la respiración con un beso lo suficientemente brutal para hacerle comprender la lección.

Serena nunca había sentido tal tormenta de sentimientos. Haciendo a un lado la cordura, dominando cualquier poder de razonamiento, fue invadida por un devastador furor interno al que no podía darle nombre, pero que en su furia llamó odio.

Cuando Juan juzgó que la lección había sido bien aprendida, levantó la cabeza.

—Y ahora, ¿te vestirás o lo hago yo...?

—¡Maldito! -se estremeció-. ¿No me has humillado lo suficiente sin tener que agregar la indignidad de tratarme como a una mujer de la calle... con las que sin duda estarás bien familiarizado?

—¿Eres diferente a las que visitan los bares para complacer a los guasos? Ellas también se venden por dinero. Algunas... son por lo menos honestas, ya que no esconden sus metas. Hay otras parecidas

a ti, con rostros dulces e inocentes, que le hacen sentir a un hombre vergüenza por tomar lo que compraron hasta que las ven después con otro. ¡Luego se dan cuenta de que la dulzura es una fachada y que merecen más ser repudiadas que sus hermanas sinceras!

Ella creía que había llegado al límite de la vergüenza hasta que él pronunció las crueles palabras, comprendiendo que no había nada que aquel hombre no fuera capaz de hacer por castigarla. Le había prometido que sufriría, y como siempre, su palabra se cumplía!

Temblorosa, trató de defenderse:

—Yo no me parezco en nada a esas mujeres de las que hablas. Cuando acepté venir con tu abuelo...

—Al pobre abuelo lo engañan más fácilmente que a mí -la interrumpió-. Vive en el siglo pasado; para él, todas las mujeres requieren de los hombres protección y mimos. Debió ser un gran golpe para ti descubrir que su nieto era menos crédulo, menos sensible a las lágrimas, mucho más conocedor de las tretas femeninas. Sin embargo, lo que ahora importa es que estamos siendo descorteses con nuestros invitados.

Le señaló el vestido de novia tirado en el suelo.

—Póntelo y rápido. No queda tiempo para arreglarte el cabello, déjalo como está.

-Apareció una sonrisa sarcástica en sus labios-. Dejándolo suelto así, dará la impresión de que te he besado apasionadamente.

Temblando en su interior, Serena comenzó a vestirse, asustada de aquel hombre con modales tan disparatados, que no reaccionaba como otros, sino que era tan cambiante como el viento, tan cruel como el cóndor de los Andes.

Nerviosa, sus dedos se entorpecieron al abrochar los pequeños botones del vestido, demorándose el doble del tiempo que normalmente le hubiera llevado.

Ignorando sus órdenes, se peinó rápidamente, determinada a no aparecer tan desarreglada como él sugería. A través del espejo creyó ver una chispa de humor en los ojos oscuros, que estudiaban cada uno de sus movimientos, pero no pudo asegurarlo y, cuando al fin se volvió para mirarlo, la expresión masculina era reservada.

Él levantó con un dedo el hilo de perlas que la joven había tirado sobre la cómoda y preguntó:

-¿No crees que debes ponértelo? ¡Es un buen premio por los servicios prestados; debió costarle una fortuna al viejo!

Ella se odió por temblar, cuando al tratar torpemente de cerrar el broche, el pulgar de Juan rozó su cuello. Tan poco caballeroso como siempre, no permitió que el incidente pasara sin hacer algún comentario:

-Dios nos ayude si algún día intento seducirte -arrugó la frente-. En muchas ocasiones me confundes; con sólo mi tacto te retraes como una tímida gacela. Sin embargo -alzó los hombros-, en realidad no me sorprende, muchas mujeres con experiencia recurren a una falsa inocencia para esconder la realidad,

Los primeros huéspedes se despedían cuando ellos entraron en el salón. Serena sufrió, tratando de llevar una conversación cortés con personas cuyos rostros veía nublados a través de su aturdimiento: protectores, arrogantes, interrogadores, y algunos hasta abiertamente compasivos. Todos, según parecía, sentían alivio de que hubiera terminado la farsa. Algunos no hubieran asistido, de no ser porque valoraban la amistad de don Alberto más de lo que aborrecían las salvajes acciones de su voluntarioso nieto. La actitud de muchos de los hombres mayores era tirante, ya que para ellos, él había deshonrado su nombre, salvándolo un poco con el tardío matrimonio. Las esposas -Serena lo notó al observarlas mirando complacientes a sus hijas virginales- sentían alivio al ver que desaparecía la amenaza de sus vidas.

Don Juan, como todos sabían, era un hombre salvaje y atrevido, indomable como un caballo bronco y además tenía su propia ley, como había comprobado el abuelo, incapaz de imponerle su autoridad.

Sólo las hijas parecían tristes. Subyugadas y melancólicas, su libertad era restringida por un código de conducta establecido desde un siglo antes y muchas de ellas, adivinó Serena mientras las veía pasar ante ella para despedirse, llorarían sobre sus almohadas aquella noche por la pérdida del hombre que ahora se encontraba totalmente fuera de su alcance.

Doña Isabela fue la última en partir... a propósito, como Serena comprendió cuando hubo desaparecido el último invitado.

-Ven, siéntate junto a mí, pequeña; deseo hablar contigo.

De modo inconsciente, Serena miró a Juan como suplicándole ayuda, pero éste se alzó de hombros, indicándole que no tenía escape.

-Tú no -le dijo la anciana cuando lo vio acercarse-. ¡Deseo hablar a solas con tu esposa!

-Muy bien, tía, pero no trates de asfixiarla. Quizá la veas dulcemente inofensiva, pero como todos los ingleses, cuando la arrinconan sabe dar la cara.

-¡Me alegra escucharlo! -doña Isabela dio unos golpecitos sobre el espacio vacante junto a ella, indicándole a Serena que lo ocupase-. ¡Se atrapan más ratones con trampas que con azúcar! Tu esposa necesitará la fuerza de Hércules y la sabiduría de Salomón, si desea sobrevivir en el matrimonio contigo.

Él le dirigió una maliciosa mirada.

-¿Y tú pretendes proveerla de esos atributos, tía?

-No hay necesidad. Es una mujer, ¿no es así? -replicó la anciana-. Todo lo que se necesita es advertirle que esté en guardia contra las diabluras que has practicado desde tu infancia.

Con una sonrisa, Juan aceptó su despido y se alejó, dejando a Serena sola con la matriarca, cuyas palabras no habían logrado esconder la estimación que sentía por el destinatario de sus comentarios sarcásticos. Cuando la puerta se cerró tras él, doña Isabela se echó a reír.

-¡Ese sí es un encanto! Una amenaza mayor de lo que lo era su abuelo a la misma edad. Quizá no tenga necesidad de decírtelo, querida, ya que le has echado el lazo a ese salvaje. Pero, te lo suplico, no trates de domarlo.

Serena se mantuvo sentada en silencio, las manos entrelazadas sobre el regazo, los ojos fijos en la punta de un elegante zapato que asomaba por debajo de la falda de doña Isabela.

La anciana continuó, como si no la afectara el silencio de su acompañante.

-Comprendo exactamente cómo te sientes. Cuando yo era joven estuve locamente enamorada del conde. El encanto de los hombres de esta familia es legendario en nuestra comunidad y en las páginas de nuestra historia hay toda una trayectoria de los corazones rotos que dejaron a su paso, de mujeres que, no tuvieron el suficiente sentido como para comprender que los hombres de su clase reaccionan muy mal ante el látigo y que sólo dejándolos bastante sueltos permiten una mano en su rienda. Nunca me dieron la oportunidad de poner en práctica mi teoría, ya que mi padre, cuando me escogió marido, hizo caso omiso de la imagen impresa en mi corazón. Por entonces, como en el presente, el temperamento de los Valdivia no era bien visto por los padres de familia que buscaban conformismo en lugar de encanto en sus posibles yernos. Yo te envidio, querida -suspiró-, mas a pesar de ello tiemblo por tu inocente juventud. Juan cometió una terrible falta, que ni la ceremonia de hoy puede borrar. Por el bien de ambos, te suplico que seas paciente con él; brinda oídos sordos a sus bruscas palabras, premia sus iras con una sonrisa, sufre su temperamento con entereza, y te prometo que pronto te verás bendecida con un amor profundo y

duradero, y tu felicidad será casi demasiado grande para que puedas soportarla.

Una sonrisa débil se dibujó en los labios de Serena cuando la anciana se puso de pie para marcharse. ¡Si supiera...! Por lo que a ella concernía, don Juan podía tener toda la cuerda que quisiera... ¡hasta para ahorcarse!

Capítulo 8

PARA LA CENA al aire libre aquella noche, Serena decidió ponerse una falda larga de rayas de muchos colores, con una blusa de estilo campesino, escotada; con mangas anchas y cortas, del tipo preferido por las esposas y novias de los guasos para quienes se daba la fiesta.

Se recogió su cabello dorado en la nuca con un pasador de carey y movió la cabeza, disfrutando el roce de la trenza postiza de seda que le llegaba casi hasta la cintura. Por alguna razón su espíritu se animó. El festejo de aquella noche la asustaba menos que los anteriores. Los guasos, pensó ella, en comparación con los elegantes amigos de don Alberto, la aceptarían con mayor facilidad como amiga. A pesar de que ellos también habían sido sorprendidos por la boda apresurada, no saltarían tan rápidamente a condenar y su juicio estaría más de acuerdo con su joven filosofía de vivir la vida al máximo.

Wendy, muy cansada por todas las atenciones, estaba ya dormida cuando se acercó a verla en la cuna, antes de bajar para unirse a Juan y al abuelo. Ya se oían los sonidos de la música y las risas y su corazón se alegró mientras bajaba por la escalera, dirigiéndose al pequeño salón donde don Alberto usualmente disfrutaba de un aperitivo antes de la cena. Su sonrisa desapareció al encontrar solo a Juan tirado en un sillón, moviendo sin cuidado una copa de vino entre los dedos.

Se puso de pie cuando ella entró, contestando a su mirada interrogante con una seca observación:

-Mi abuelo, como siempre discreto, ha decidido pasarse algunos días en la casa de doña Isabela. Es muy amable de su parte, ¿no te parece?.

Los ojos de Serena se abrieron asombrados.

-¿Quieres decir que nos han dejado solos?

-Muy solos, con excepción de los sirvientes, pero sus dormitorios están bastante retirados de la casa -agregó con sutileza-. Así que si decido raptarte ésta noche, nadie escuchará tus gritos de protesta.

-¡No seas ridículo! -dijo torpemente, sin confiar en su sonrisa burlona.

-Disimula tu entusiasmo, querida -ironizó, con voz suave, guiándola hacia la puerta-. Pero somos recién casados, y deberemos mostrar cierta medida de afecto. Sobre todo la novia deberá parecer ilusionada ante su suerte, mientras que yo, por mi parte, mostraré deseos... de tocarte cuando sea posible, que me vean murmurándote palabras de amor al oído y hasta, cuando esté la fiesta en su punto, robar de tus labios incitantes pequeños sorbos de la miel a la que tiene derecho un nuevo esposo. Así que comencemos con una sonrisa. Borra la preocupación de tu mirada ya que, después de todo -dijo significativamente- ¡por muy amarga que sea una medicina nunca lo es tanto la segunda vez!

Su sarcasmo era todo el estímulo que ella necesitaba. Con su ayuda, pensó, se estaba convirtiendo en una experta farsante y lo apoyaría por completo, segura de que él sentiría una espina fija hiriendo su terrible orgullo. Cuando salieron, ante los gritos de "¡Hola, hola! ¡Mucho gusto, señora!", ella logró sonreír con tal naturalidad, que hasta

Juan se asombró.

La noche tenía una belleza exótica. Se habían colocado linternas encendidas a cierta distancia, marcando el perímetro donde se llevaba a cabo el festín. Por encima de la luz ámbar se veía a los guasos sudando junto, a las hogueras donde se asaban reses enteras. Chicas jóvenes, sus ojos brillando de expectación, corrían de un lado a otro colocando en las mesas platos para acompañar la carne: patatas rellenas, queso y ruedas de cebolla pasadas por huevo batido y fritas; mazorcas asadas... Juan le señaló las botellas de vino chileno, blanco y tinto, que iban a ser abiertas, y las pirámides de fruta que prometían ser un exquisito postre cuando se les ponía encima unas cucharadas de helado, que fascinaba a los guasos.

Los farolillos colgados de los árboles reflejaban sus colores sobre las hojas brillantes cuando de las sombras salió un grupo de hombres jóvenes; sus dedos, suavemente, ejecutaban una dulce música con las guitarras. Sonrientes, rodearon a Juan y a su esposa, formando una guardia de honor. Todas las faenas se olvidaron cuando corrieron para saludar y honrar al hombre a quien llamaban amigo, el príncipe de los vaqueros que pronto se convertiría en rey. Para ellos, aquélla sería la noche de su coronación, y la mujer esbelta, de mirada tímida y serena belleza, la imagen de la hembra con la que jamás soñarían compartir sus vidas. Don Juan no era como los otros hombres. Él encontraba placer en lo exclusivo y su indiferencia hacia lo ordinario había sido comprendida rápidamente por las mujeres con las cuales, en el pasado, él y sus guasos compartieron la mayor parte de su tiempo de ocio.

En medio de la escandalosa bienvenida, comenzó una carrera para buscar asiento cuando Serena y Juan ocuparon sus lugares a la cabeza de la mesa principal, de madera rústica. Un olor a carne asada llenaba el aire, y con gran estilo comenzaron a cortar las reses. Comieron con los dedos grandes pedazos de carne, preparada al carbón, que acompañaron con vino de los viñedos de sus valles centrales, tan fuerte como el aire helado de las cumbres andinas. La cena fue acompañada de risas y confraternidad y hasta Serena comió bien, clavando sus pequeños dientes blancos en la carne con el mismo gusto que sus compañeros libres de inhibiciones.

-¿Es buena? -le preguntarán en varias ocasiones.

A lo que contestaba para gozo de los que la rodeaban:

-¡Muy buena! -añadiendo un gesto de ponderación.

Pronto la inglesa, la bellísima esposa del señor, era juzgada compañera adecuada para su rey.

-La cueca es nuestro baile regional -Juan se inclinó para enlazar a Serena por la cintura cuando trató de alejarse-. Primero la mujer tiene que ganar el interés del hombre y luego, al avanzar el baile, comienza a ganarle el corazón.

Ella comprendió la explicación a medias. Sus ojos estaban fijos en una pareja que bailaba, ambos agitando los pañuelos sobre sus cabezas; la mujer haciendo posturas y piruetas, atrayendo la atención del hombre mientras que él hacía chocar sus espuelas, cada vez más rápido, al ritmo de la música. Todos los espectadores golpeaban sus manos y gritaban palabras de aprobación y de entusiasmo; luego comenzaron a unírseles más y más parejas hasta que la arena se llenó de cuerpos dando vueltas y de pies golpeando con fuerza el suelo.

De la oscuridad salió una joven de belleza tan tempestuosa, que cautivó la atención de Serena.

-Gabriela, una de las mestizas -oyó un murmullo que fue callado rápidamente- una de sangre y pasiones mezcladas que viene en busca de su hombre!

Como si estuviera consciente de la mirada interrogante de Serena, un suspiro de Juan fue la respuesta. Su sospecha se confirmó un segundo después, cuando los ojos penetrantes de la mestiza se fijaron en su rostro y comenzó a acercársele, sin importarle las murmuraciones ni las conjeturas que hicieran los que la rodeaban.

Hizo una pausa con gracia animal, quedándose en una pose frente a él, invitándole a mirar de nuevo sus senos abultados, la cintura delgada y las piernas sensuales, retándolo para que comparara sus atributos con los de la esposa delgada e insípida. Con un pestañeo insolente desdeñó a Serena como si no mereciese al hombre que había sido lo bastante tonto para hacerla su esposa. Serena tembló. Algo le dijo que aquella mujer no se preocupaba si la hacían a un lado, sino que veía su acción como un reto, una oportunidad para pelear por su hombre a toda costa... y Serena fue la primera en darse cuenta de que era ella quien ocupaba la posición desfavorable.

Complaciente, Juan empujó un plato de frutas hacia la mestiza, invitándola a comer. Sus ojos no abandonaron el rostro masculino mientras tomaba una manzana, mordiéndola con fuerza y, con la fruta entre los dientes, empujó su mandíbula hacia afuera, invitándolo a él a que la compartiera de la misma manera que lo habría hecho la primera seductora en el jardín del Edén. Tan pronto como provocó a Adán, él cayó, pero cuando sus dientes brillantes estaban a unos centímetros de la fruta, ella echó la cabeza hacia atrás, retrocediendo y riéndose, los ojos provocándolo para que la siguiera.

Los bailarines se separaron para formar un círculo; con sus pies golpeando al ritmo de la música, Gabriela se colocó lentamente en el centro, invitando en silencio a Juan para que se uniera a ella. Sin mirar el rostro inexpresivo de Serena, él se fue tras ella e, hipnotizados por los movimientos graciosos de la mestiza, los espectadores empezaron a dar palmadas al ritmo de la guitarra. Juan comenzó a golpear con los pies, excitando a la mestiza con el sonido de sus espuelas hasta que se perdió en movimientos provocativamente lánguidos. Con los ojos fijos en los del hombre, ella lo rodeó poco a poco, moviendo las caderas de tal manera que la falda se ondulaba y se rizaba con cada movimiento del cuerpo. Sus insinuaciones al principio eran lentas y voluptuosas, pero al hacerse la música más rápida, los movimientos se aceleraron, y sus posturas se volvieron más salvajes e intensas, mostrando cada curva seductora de su cuerpo ante la mirada indescifrable de Juan.

El ritmo aumentó y ella era como un látigo, rodeándolo, deslizándose, ondulándose alrededor del cuerpo erecto, muy cerca, pero nunca tocando, el deseo expuesto ante todos. Si aquello era el comienzo de un cortejo, ¿cómo iría a terminar? se preguntó Serena. El mensaje de la mestiza era evidente; estaba enamorada de Juan, salvajemente atraída por el hombre que, frío y distante, la incitaba a buscarlo en su noche de bodas. Serena se sintió avergonzada y con lástima por la mestiza; pese a su belleza y sensualidad, nunca sería admitida en la casa feudal y orgullosa de los Valdivia. Era claro que estaba muy enamorada, y que Juan no. Era probable que él encontrara divertido utilizarla como un juguete, como compañera probable de su salvaje satisfacción, pero sin dejarla nunca hacerse importante. Con su nombre legendario, don Juan no era nada más que un aristócrata libertino, volando de flor en flor, mustiando cada una antes de dirigirse a la siguiente. Merecía la misma suerte; pensó Serena con amargura, que el Don Juan legendario que por sus libertinajes fue a enviado al infierno.

Mientras Serena observaba, Juan la miró con un brillo burlón en los ojos, advirtiéndole que sus pensamientos se le veían escritos en el rostro expresivo. Molesta con ella misma, esperó a que él volviera la espalda, poniéndose de pie en silencio y huyendo hacia la oscuridad sin que lo notaran. Nadie la vio alejarse. Corrió hasta que llegó a la hacienda. Ya en su habitación, cerró la puerta, recostándose en ella hasta que recobró el aliento y controló parte de los temblores que sentía por dentro y que eran el resultado, se aseguró a sí misma, del profundo odio que sentía por el hombre que, no mucho antes, la había amenazado con reclamar sus privilegios de esposo. Con un estremecimiento de repulsión, echó el cerrojo y comenzó a desvestirse. La noche aún era joven para las costumbres de los guasos, pero ella se notaba terriblemente cansada, sintiendo que había pasado por toda la gama de emociones en un sólo día interminable.

Buscó la ropa de dormir, mas no estaba donde esperaba encontrarla. Sorprendida, abrió un cajón de la cómoda hallándolo vacío, igual que todos los siguientes. Luego abrió las puertas de su armario para encontrarlo también vacío. Un escalofrío de pánico la atravesó al dirigirse a la cama y al quitarle la cubierta, encontrar que habían retirado las sábanas, las almohadas, y que todo había desaparecido.

Al oír pasos que se acercaban por el corredor, se cubrió con la colcha de seda y se quedó muy quieta, horrorizada cuando las pisadas se detuvieron ante su puerta. Movieron con fuerza la manija. Ella se mantuvo callada y a continuación oyó la voz de Juan a través de la madera:

-¡Déjame entrar, a no ser que quieras que tire la puerta!

Sabía que él hablaba en serio. Estaba segura de que no le importaría hacer ruido y asustar a Wendy, que dormía.

Era difícil aparecer digna, envuelta sólo en una colcha de seda; trató de parecer despreocupada cuando él entró, notando la evidencia de su búsqueda con una sola mirada.

-¡No habrás pensado ocupar esta habitación solitaria después de habernos casado!;-se burló, empujando la puerta del armario con un pie-. ¡El alma romántica de Carmen temblaría ante tal idea! Fue ella quien llevó todas tus cosas a la habitación que habremos de compartir.

Ella se tambaleó ante la insinuación.

-¿Qué quieres decir? Tú nunca dijiste... nunca imaginé...

-¡Entonces no empieces ahora! -se rió-. Ocuparemos dos habitaciones contiguas. Una, que se supone es para vestirme, donde hay una cama que yo utilizaré. Como me levanto temprano tendré suficiente tiempo para borrar todas las señales de que ha sido ocupada antes de despertar las sospechas de los sirvientes. Pienso que sería inteligente de nuestra parte permitir que de vez en cuando nos encuentren en la habitación matrimonial, ¿o eso es pedirle demasiado a mi pequeña puritana?

Serena no pudo negar la lógica de su argumento. Después de todo, la razón de la ceremonia era para colocar un velo ante los ojos del señor y sus planes se verían

amenazados si le llegaran murmuraciones de los sirvientes.

-Muy bien -aceptó resignada-. Por favor, ¿me podrías mostrar la habitación que debo ocupar? Tengo frío...

Juan respondió cogiéndola en brazos y saliendo al pasillo. Ella no se atrevió a moverse mientras él bajaba por la escalera dirigiéndose a la habitación principal en el piso de abajo; a través de la cubierta de seda, sentía las manos de Juan en su piel, como hierros para marcar las reses. Consciente de su tensión, él se rió, los ojos diabólicos observando su belleza arrebolada.

-Dime -le murmuró al detenerse ante la puerta de una habitación-, ¿por que has huido? ¿Tenías miedo de la competencia, o quizá te sentías ligeramente celosa?

-¿Celosa? -repitió Serena, aturdida-. ¿De ti...?.

Su acento incrédulo le cortó la sonrisa. Juan, sin decir otra palabra, entró en la habitación, poniéndola sobre el piso. Entonces la colcha de seda resbaló, dejándole los hombros desnudos y ella apretó fuertemente la tela, enrojeciendo.

Nerviosa, correspondió a su mirada sombría, preguntándose qué nueva diablura estaría planeando en silencio.

-¡No! -la sorprendió-. ¡Los celos son una emoción demasiado fuerte para que la experimente un trozo de hielo como tú! ¿Cuáles son tus sentimientos bajo esa capa glacial? ¿Puedes sentir algo? ¡Sería interesante averiguarlo!

Ella no pudo defenderse contra los brazos que se extendieron para atraerla hacia su pecho, con las manos ocupadas en mantener la delgada tela que amenazaba con caerse si aflojaba su presión. Él la estrechó contra su pecho. Las manos de Serena, apretadas sobre el pecho y los intentos de eludir el rostro que se inclinaba hacia ella, sólo agregaron diversión a su acto provocativo.

Estando contraída, las manos de él quedaron libres para explorar. Y lo hicieron, odiosa e íntimamente por cada curva de su cuerpo. Serena sintió un intenso calor a pesar de que trataba de mantenerse despreocupada, mientras él practicaba el arte de la seducción con una maestría que no le dejó duda de su habilidad.

-Relájate, querida -le pidió. Los labios masculinos recorrieron su hombro desnudo, dejando una huella de ardientes besos a lo largo de su cuello. Murmuró una fuerte palabra en español que sonó más a frustración que a deseo. Impaciente por la falta de respuesta, llevó los labios hasta su boca, besándola con ternura, hasta que el calor dentro de ella se convirtió en una gigantesca llama tan devastadora que la asustó.

Cuando Juan levantó la cabeza, ella vio tal satisfacción en sus ojos que perdió el control y, sin detenerse a pensar, levantó una mano para abofetearlo. Al hacerlo, él le tomó la muñeca y, manteniéndola cautiva, le agarró la otra mano apretándola hasta el punto de forzarla a soltar la tela de seda.

Aguantó el dolor todo lo que pudo, pero su fuerza la dominaba y después de un apretón demasiado fuerte, lanzó un gemido y la colcha escapó de sus manos.

Imaginó que su odio llegaba al límite cuando lo oyó reírse. En aquel momento, de haber tenido fuerza suficiente, lo hubiese matado con gusto.

-¡Así que el témpano de hielo también arde! -se burló-. ¡Todo lo que necesitaba -era una chispa del hombre adecuado! -Inmóvil como una estatua de alabastro, sintiéndose desnuda de alma y cuerpo, lo condenó con voz ronca:

-¡Tú no eres un hombre, sino una bestia odiosa!

Ella se preparó para recibir otra carcajada humillante, pero la respuesta de Juan fue baja e intensa:

-Por lo menos puedo hacerte sentir apasionada... ¡más apasionada, estoy dispuesto a apostar, de lo que pudo lograrlo el padre de tu hija!

En medio de aquella degradación, el recuerdo de su padre le llegó como el golpe más cruel de todos. Parecía que el corazón le iba a estallar, mientras luchaba por controlar sus lágrimas de dolor y, al escaparse la primera, oyó el suspiro de Juan, luego su pregunta incrédula:

-¿Lloras por el hombre que te abandonó? ¿Aún sientes algo por él?

-No me abandonó; murió -replicó entre sollozos-. Y claro que lo amo... siempre lo amaré...

Después de unos segundos silenciosos, él se inclinó para tomar la tela de seda del suelo. Tiernamente le envolvió el cuerpo tembloroso, cobijándola como a una niña, la tomó en sus brazos y fue a depositarla sobre la cama.

Sospechando mayor tormento, Serena se limpió las lágrimas. Él estaba parado junto a la cama, sus ojos llenos de sombras,

-Descansa tranquila. No tengo ningún deseo de competir con los requiebros clandestinos de un muerto. Piensa en esto., tú estás viva, y mientras existas, tendrás que tolerar las debilidades de aquellos a los que compares desfavorablemente con otros, cuyas virtudes son indestructibles sólo porque ya no están vivos para errar. Olvídalo, querida, déjalo descansar en paz, ya que un hombre que no se olvida, no está muerto del todo...

Capítulo 9

DURANTE las semanas siguientes, la vida cayó en una monotonía mucho más pacífica de lo que Serena se hubiera atrevido a imaginar. Después de regresar de una corta estancia en la casa de doña Isabela, don Alberto se enfrentó con el rechazo absoluto de Juan a hacerse cargo de la hacienda -meta que se había propuesto lograr y su insistencia en seguir trabajando como siempre con los guasos, que lo obligaban a abandonar la hacienda cada mañana antes de la salida del sol para cabalgar kilómetros y kilómetros de pampas interminables, clasificando, marcando y recogiendo inmensas manadas de reses perdidas, como las que Serena recordaba haber visto desde el avión como masas de color café tapizando los valles.

A veces se ausentaba por varios días, llevando los animales a puntos distantes y volvía a la hacienda con aspecto cansado y cubierto de polvo, viéndosele aún más alto sobre la silla de su montura, donde se colocaban varias mantas gruesas para hacer el viaje más placentero tanto para el hombre como para la bestia.

Por fin, después de una de las largas ausencias de Juan, don Alberto se rebeló. Estaba tomando el sol junto a la piscina, divirtiéndose con las travesuras de Wendy, quien, desde los brazos de Serena, reaccionaba con gritos de placer y de miedo ante su primer encuentro con el agua de la piscina. El sol, caliente pero no en exceso, reflejaba miles de destellos sobre el agua por el color verde oscuro de las losetas del fondo. Un breve traje de baño blanco contrastaba con el color de la piel de Serena, quien había logrado recientemente broncearse. Se encontraba también más llena que cuando llegara a la hacienda, aunque sin perder su esbeltez. Su risa vibrante sonó cuando Wendy, asustada por la profundidad del agua, se agarró a su cabello y comenzó a trepar para salirse del agua.

Para el hombre cansado del viaje que apareció en escena en aquel momento, el cuadro que representaban era como un espejismo en el desierto, tan agradable que no podía apartar la mirada. Don Alberto levantó la cabeza y lo vio.

-¡Juan, hijo, bienvenido a casa! Mira, Serena, Juan está aquí. ¡Ven, muéstrale lo feliz que te sientes por su regreso!

Con el pretexto de desenredar la mano de Wendy de su cabello, logró ocultar su confusión. Sabía lo que el anciano esperaba de ella y también lo que esperaba Juan, al ver el brillo burlón de sus ojos profundos. Su corazón palpitaba acelerado al caminar hacia él, usando a Wendy como un escudo entre ella y el hombre cuya ausencia había agradecido, descubriendo dentro de los límites de la hacienda una paz que, con cada día que pasaba, parecía aumentar.

Obediente, bajo la mirada benévola de don Alberto, levantó la cabeza, encogiéndose de antemano, en su interior, por el beso, sintiéndose casi desairada cuando los labios de Juan apenas rozaron su mejilla antes de levantar la cabeza para concentrar su atención en Wendy.

-¿Y cómo está hoy mi niña? -tomó a la pequeña, alborotada, en sus brazos-. Aunque me encantaría jugar contigo, chiquita, estoy demasiado acalorado y sucio. Te dejaré con tu madre mientras me doy una ducha.

-¿Por qué no vienes después a la piscina con nosotros? -Los oídos sorprendidos de Serena casi no podían creer que sus propios labios hubieran pronunciado tales palabras.

Él la observó con los ojos entrecerrados.

-Muy bien -aceptó-, si ése es tu deseo...

Su abuelo intervino, exclamando:

-¡Claro que es su deseo! Para su poco tiempo de casada, Serena ha aceptado bien tu falta de atención, pero he decidido que ya no habrá largas ausencias. Después de la cena quiero discutir contigo tu nuevo papel como jefe de la hacienda. Setenta años son demasiados; ihe decidido abdicar y no quiero esperar más! Sin embargo, toma tu ducha y disfruta luego de la piscina. Tú y Serena, seguro que tendréis mucho de qué hablar, así que nuestra discusión puede esperar hasta más tarde. Pero recuerda esto: no pienso escuchar ninguna excusa por parte tuya de que necesitas más tiempo para borrar de tu mente lo que te está molestando, iya has tenido tiempo suficiente!

Juan le brindó una ligera inclinación de cabeza al abuelo y luego se retiró.

Por lo menos, pensó Serena mientras esperaba su regreso, ahora le darían todo lo que él había luchado por tener. Se había casado para lograrlo, sacrificando su libertad; no era sorprendente que insistiera en tener unas semanas de gracia para poder despedirse de la vida que amaba, de sus amigos los guasos, y de Gabriela...

Abstraída en sus pensamientos, no advirtió que don Alberto le indicaba a Bella que se llevara a Wendy, ni notó la marcha silenciosa de ambos. Cuando Juan regresó, su virilidad musculosa se veía acentuada con el pequeño traje de baño negro. Una toalla alrededor de su cuello absorbía la humedad que le quedaba de la ducha.

-Me has invitado a nadar contigo. ¿Aún persistes en la invitación o ha sido sólo para disimular ante mi abuelo?

Serena recobró el aliento, comprendiendo en aquel momento el magnetismo que mantenía a las mujeres a su lado. Físicamente era perfecto; los músculos resaltaban, poderosos, bajo su piel bronceada. Juan recorrió su cuerpo esbelto para mirarla finalmente a los ojos.

-¿Y bien? -le preguntó.

De repente Serena deseó nadar con él.

-De acuerdo, ime encantaría!

Con ayuda de la mano que él le tendía, se levantó muy consciente de la pequeñez de su traje de baño y corrió hacia la piscina para lanzarse a ella, cortando el agua como un cuchillo. Sintió un regocijo incontrolable correr por sus venas cuando Juan apareció a su lado, dando brazadas poderosas sobre el agua hasta que la rebasó.

La estaba esperando en la otra orilla, con sus ojos mirando hacia el cielo y la expresión de un hombre que acaba de cumplir su mayor ambición.

-He soñado con este momento durante días -murmuró, mirándola-. Esta última salida ha sido particularmente dificultosa: el ganado andaba irritado por el calor, y los hombres igual...

-Sin duda encontraron compensaciones al llegar a la civilización -la sequedad de

su tono no pudo reprimirla.

-¡Tuvimos algunas! -le contestó Juan, tajante. Luego se metió en el agua, agarrándola por los tobillos y forzándola a hundirse con él hasta el fondo de la piscina. Sus pulmones estaban a punto de estallar cuando él la soltó, saliendo disparada hacia la superficie, jadeante por la falta de aire. Cuando su cabeza apareció junto a ella, se vengó enseguida y el juego comenzó. Durante una hora se comportaron como niños, completamente naturales y descuidados, olvidadas sus diferencias por un acuerdo tácito, pero ambos sabían que no duraría mucho...

Se echaron sobre unas tumbonas y Carmen les llevó unas limonadas frías mientras tomaban el sol.

-Me encantan estos veranos -suspiró Serena-, tan secos pero nunca demasiado calientes. Casi no puedo creer que estemos en enero. En Londres es probable que esté nevando, las calles cubiertas de hielo y todos malhumorados, corriendo a tomar los autobuses y quejándose amargamente del mal tiempo.

Logró el interés de Juan, que la miró perezosamente.

-Háblame de ti -le pidió de pronto-; cómo vivías antes de conocer a mi abuelo... cómo lo conociste.

Su alegría se esfumó. Por una vez se había sentido relajada en su compañía y ahora la pregunta la empujaba de nuevo a terrenos peligrosos

-Trabajaba en una oficina -contestó brevemente- y Wendy y yo ocupábamos un cuarto cerca.

-¿Qué sucedía con la niña mientras trabajabas?

-La dejaba por las mañanas en una guardería y la recogía por la noche, al volver a casa.

Las pocas semanas en la hacienda le habían dado a conocer bastante las maneras de vivir de los chilenos, para comprender que él encontraría el caso escandaloso. Los chilenos idolatran a sus hijos e insisten en la atención constante de la madre.

-No tenía alternativa -se defendió-. De todas maneras, en mi país es normal que las madres que trabajan dejen a sus hijos en las guarderías, supervisadas por personas especializadas.

Sus ojos oscuros brillaron.

-¿Y tú consideras que esa especialización puede sustituir el amor maternal?

Su reproche la molestó.

-¡No, no lo considero así; es por eso por lo que me encuentro aquí! Estaba demasiado preocupada por el bienestar de Wendy, y cuando aumentaron el costo de la guardería, no podía pagar el nuevo precio para mantenerla allí. Luego la casera me dijo que tenía que mudarme porque el llanto de Wendy molestaba a los vecinos, y ése fue el golpe final. Las circunstancias me llevaron a contestar el anuncio de tu abuelo... -se detuvo, preguntándose cuánto conocería Juan de los métodos del abuelo, y se sintió inquieta cuando lo vio ponerse rígido.

-Sí, continúa con lo del anuncio de mi abuelo -le pidió-. ¿Cómo lo redactó exactamente?

Serena deseaba echar a correr, pero su mirada la obligó a quedarse, forzándola a repetir las palabras, que habían quedado impresas en su mente.

Tras oírlas, Juan exclamó con desagrado:

-¡Madre mía! ¡Te arriesgaste a entrar en las fauces del león! ¿Por qué nadie te advirtió de los peligros?

-Nadie lo sabía -contestó con dignidad-. Wendy y yo no teníamos a ningún pariente y como te he dicho antes, estaba lo bastante desesperada como para hacer cualquier cosa que nos permitiera seguir juntas.,

Juan se recostó cara al cielo con la mirada ceñuda.

-Está claro -apretó con fuerza los dientes-. ¡Si mi abuelo hubiera insistido para que te casaras con el diablo, lo hubieras hecho!

"¿Cómo puedo negarlo?", pensó, petrificada ante su expresión despectiva. Sin embargo lo intentó:

-No, no -dijo-. Tu abuelo me engañó... no con mentiras exactamente, sino dejando que me formara una impresión errónea del nieto con quien deseaba que me casara. Insinuó que eras demasiado tímido e introvertido como para encontrar tú solo una esposa y que sus acciones tenían tu total aprobación. ¡Jamás habría venido, de saber que eras tan diferente a la imagen que yo tenía formada!

Él murmuró una maldición contra la astucia del abuelo, y su mirada no era más amable cuando se fijó en las facciones angustiadas de la muchacha.

-Así que viniste a Chile esperando encontrarte una paloma, en lugar de verte destrozada por las garras de un cóndor. Mi abuelo nos hizo mal a los dos y el tiempo nos vengará, pero mientras tanto veré que tu premio sea aumentado para compensarte por tu sacrificio.

Citando Juan se puso de pie para alejarse, Serena protestó:

-Tu abuelo ya ha sido muy generoso, no deseo nada más...

Con gesto altanero la hizo callar.

-Una pequeña suma gastada en ropa y un techo sobre tu cabeza no se pueden contar como riquezas. ¡Si te hubiera colmado de joyas y dinero, en mi opinión aún sería poco!

Cinco minutos después que él se fuera, Serena se levantó para dirigirse a su habitación. Aunque el sol todavía calentaba, sintió frío por su ataque de odio. No era nada nuevo aquel duelo de personalidades. Desde que se conocieron procuraban herirse y, como de costumbre, era ella la que terminaría con la mayor cantidad de cicatrices. Esta vez la lengua mordaz de Juan había penetrado con mayor profundidad, porque durante su tregua de una hora ella había sido lo bastante tonta como para bajar la guardia.

Mientras se quitaba el traje de baño, oyó ruido en el vestidor. Desde la noche de la boda él no había vuelto a entrar en su habitación, aunque la puerta sin llave era la única barrera entre ambos. La alcoba que ella ocupaba era la que los padres de Juan habían compartido; aquella pareja desafortunada, cuyo matrimonio comenzara como el suyo, pero que, según don Alberto, se había desarrollado con un profundo amor. Cerró

los ojos, tratando de sentir el ambiente de felicidad que sin duda debería perdurar en la habitación por encima de cualquier otra cosa, sí el amor había sido tan grande como le decía don Alberto. No sintió nada.

¿Podría ser, se preguntó, que en realidad la historia se repitiera? ¿Quizás los padres de Juan lograron esconder al anciano la realidad de la situación? Al ponerse un vestido continuó pensando: ¿Y Juan? ¿No era una prueba viviente de aquel amor?. De repente el calor invadió todo su cuerpo, haciéndole recordar las pasiones tempestuosas que se heredaban de padres a hijos. Sus ojos se dirigieron hasta la puerta sin llave, asustada y consciente de que si Juan decidiera algún día llevar a cabo su amenaza, la ausencia de amor no lo detendría.

Como faltaban un par de horas antes de vestirse para cenar, se recostó en la cama, cansada físicamente pero demasiado agitada para dormir. Sus ojos dieron la vuelta por el dormitorio matrimonial, decorado en un blanco casi virginal. Con cuidado, doblada al pie de la cama, se encontraba una manta tejida con lana de un blanco purísimo, rodeada por un borde de seda de varios centímetros. La cabecera del lecho, esmaltada en blanco, estaba adornada con volutas doradas. Las lámparas, con sus pantallas bordeadas en oro, reflejaban diferentes colores sobre las paredes azul pálido, desnudas, con excepción de un grabado de suaves colores y un espejo grande con marco dorado. Había, cubriendo las ventanas, grandes cortinas blancas de satén, bordeadas en azul, que caían desde el techo hasta el piso. Las puertas de los armarios empotrados se hallaban pintadas con esmalte blanco; blanca era también la alfombra, con pequeñas flores doradas y hojas verdes, cubriendo lujosamente todo el piso de la habitación.

-Romántica... -murmuró soñolienta. Sus párpados cedieron bajo el peso del cansancio.

Una hora después se despertó, y tras una ducha se sintió reanimada. Para igualar su humor alegre, escogió un vestido rujo vivo, sin espalda, sin tirantes, y con un escote atrevido, un escudo desafiante para ocultar su timidez. Buscó un lápiz labial del mismo tono y escondió su boca sensible bajo el color rojo vivo. Se puso unos grandes aros en sus orejas, moviendo la cabeza de un lado a otro para acostumbrarse a su peso.

Estaba parada frente al espejo cuando Juan entró, los pasos amortiguados por la gruesa alfombra. Sintió su presencia y se dio la vuelta. Justo, en el momento que iba a reprocharle que hubiese entrado, la hizo callar con una mirada que recorrió todo su cuerpo, cubierto apenas por el provocativo vestido rojo. Sintiéndose halagada por su rotundo silencio, se sintió más confiada pero de nuevo la sacudió su voz desagradable:

-¡Quítate ese vestido!

Ella se avergonzó de momento, pero luego se le enfrentó.

-¿Por qué? ¡Creo que me va bien!

-¡Como le iría la piel de un puma a una oveja! -le contestó-. Es el vestido de una mujer seductora, y tú, querida, no tienes la menor idea de cómo seducir -estiró una mano y con rapidez le quitó los pendientes tirándolos a una esquina. La tomó por un hombro, sujetándola con firmeza, mientras una mano cruel le limpiaba la boca,

manchándole de rojo la mejilla-. Ahora lávate la cara y cámbiate de vestido -le ordenó-. ¡Ese es indecente!

Furiosa, Serena se revolvió.

-¿Qué sabes tú de decencia? ¿Pensabas en la decencia cuando permitiste que Gabriela hiciera su intervención, probándole a la gente que era con ella con quien debías haberte casado?

-¡Deja a Gabriela fuera de este asunto! -la interrumpió, apretando los labios.

-¡Ah, así que tienes conciencia!

-¡Sí, la tengo! -repuso, metiendo una mano en el bolsillo de su chaqueta, para sacar una cajita cubierta de terciopelo-. Si alguno de nuestros guasos estuviera mal pagado, yo sentiría que lo estamos explotando, y tú tienes el mismo derecho a mi consideración. Esto pertenecía a mi madre. Te lo traigo como pago adicional a tus servicios. Póntelo esta noche. -Abrió el estuche, mostrando un collar de zafiros que, al recibir la luz, parecieron tener vida.

Serena, pálida por el insulto, se mantuvo firme.

-No, gracias; no van con mi vestido.

Debió sospechar lo que ocurriría. Un segundo después él le hizo darse la vuelta; se oyó el sonido del cierre, luego el de la tela al ser desgarrada con furia por Juan.

-Ese problema ya está arreglado -comentó, sombrío-. Para ahorrar futuras discusiones, recuerda que yo acostumbro a que se cumplan mis órdenes. -Tranquilo, consultó su reloj-. Tienes diez minutos... suficiente tiempo para decidirte por un vestido más discreto.

Capítulo 10

EL AMBIENTE durante la cena fue tirante. Sólo Juan parecía tranquilo, conversando, ignorando la seriedad de Serena e intentando mantener el interés del abuelo. Los ojos de don Alberto no podían dejar de mirar el rostro infeliz y lánguido de la joven.

Serena estaba consciente de su ansiedad, pero no podía pretender interés por la comida que llevaba a sus labios, que temblaban incontrolablemente, antes de forzarla a pasar por su garganta. Sentíase estremecida hasta el fondo, por la insistencia brutal de Juan en que todo lo que ordenaba, hasta el grado de mantenerse en guardia mientras que ella se ponía torpemente el vestido que ahora usaba... uno sobrio, color crema, que había sacado del armario sin pensar y que resultó demasiado sencillo para los zafiros que brillaban sobre su corazón helado.

Don Alberto arrugó la frente.

-He estado pensando -se dirigió a Juan, pero sus ojos miraban el rostro triste de Serena- que antes que te hagas cargo de la hacienda, quizá sea buena idea que os vayáis de vacaciones... una luna de miel tardía... Un par de semanas en la costa sería agradable. Tenía planeado hacer una larga visita a nuestros parientes de España, pero eso puede esperar hasta vuestro regreso. Te encantarán nuestras playas, Serena; Viña del Mar las tiene muy hermosas y magníficos hoteles... hasta un casino de juego que atrae muchos visitantes de todo el mundo.

Segura de que Juan no aceptaría, se quedó asombrada cuando éste contestó:

-La idea es muy interesante. Una visita a la costa también sería buena para la niña.

Pero ante esto, don Alberto se mantuvo firme.

-Una luna de miel es para dos -insistió-. Wendy se quedará aquí con nosotros.

Los labios de Serena se abrieron, mas Juan impidió su protesta.

-Quizá tengas razón. Entonces, queda decidido: nos iremos a Viña del Mar mañana por la mañana.

Satisfecho, el abuelo los dejó solos en cuanto terminó la cena. Hacía calor y la brisa que entraba por las ventanas no aliviaba la atmósfera asfixiante que se creó después de la partida del conde.

-¿Te gustaría dar un paseo? -sugirió Juan, indiferente hasta el aburrimiento.

Serena estaba a punto de rechazar la proposición, pero decidió que cualquier cosa sería mejor que encerrarse durante horas, de modo que asintió con una inclinación de cabeza.

-Te buscaré algo de abrigo. -Se puso de pie como si lo alegrara el pensamiento de cualquier actividad, la que fuera, y regresó algunos momentos después con un chal bordado en seda-. Esto será suficiente -comentó-, cálido al mismo tiempo que ligero.

Serena se encogió ante su proximidad y agarró las esquinas del chal que él le colocaba sobre los hombros con sus puños ligeramente apretados.

-No te preocupes_ -se burló Juan-. No tengo intención de desgarrarte todas tus pertenencias, sólo aquello que me ofende.

-Encuentro extraño que un hombre que prefiere que sus amores sean llamativos, insista en que haya una atmósfera de castidad rodeando a la esposa -le contestó, aún resentida por su bárbara acción.

Juan la contempló pensativamente.

-Tenemos un proverbio que dice: "La única mujer pura, es una que no ha sido solicitada. Sin duda la existencia de una hija atestigüa claramente que ésa no es tu condición -terminó con voz tensa.

Ella se adelantó, evitando la mirada que pudiera notar el brillo de sus lágrimas, y se sintió satisfecha de poseer un arma con la que podía atormentar su orgullo. Si la utilizaba bien, con el tiempo encontraría su presencia insoportable y estaría de acuerdo con pagarle el pasaje de vuelta a Inglaterra.

Bañados por una luz de luna tan clara como el día, pasearon por los hermosos jardines casi tropicales que rodeaban la casa, entre los eucaliptos que habían sido plantados a propósito para separarla de las demás construcciones, que cubrían una superficie de varias manzanas, a corta distancia de la hacienda. Había graneros, bodegas, talleres, cobertizos para las herramientas, establos para las vacas lecheras, dos o tres silos, caballerizas y, no muy lejos, numerosas casitas construidas a cada lado del camino principal de la hacienda, creando una especie de pueblecito para todos los trabajadores y sus familias, cuyas existencias dependían de los Valdivia.

-Una esclavitud de tipo feudal -murmuró, pensativa-, con la felicidad de cada individuo dependiendo del humor de un hombre.

Inconsciente de la dirección de sus pensamientos. Juan comenzó a explicarle:

-Cuando esta región fue conquistada por los ejércitos españoles, uno de los primeros actos de la Corona fue premiar a los oficiales otorgándoles encomiendas. Estas no eran en sí una concesión de tierras, sino el derecho a cobrar ciertas contribuciones a algunas comunidades indígenas. Pero el deseo de tener tierra propia se hizo tan fuerte, que la propiedad de una encomienda no los satisfacía, así que solicitaron de la Corona la propiedad de las tierras. Estos otorgamientos se hicieron, variando los tamaños según la posición y el mérito de la persona... lotes en los pueblos para los que deseaban vivir en ellos; pequeñas fincas para los soldados de bajo rango, y vastos terrenos medidos en leguas cuadradas para los oficiales de mayor graduación.

»Así fue como nosotros, los Valdivia, llegamos a ser propietarios de esta hacienda, asumiendo nuestra posición de acuerdo con las tradiciones de la sociedad. Funciona bien; los guasos no nos ven sólo como sus patrones, sino como los jefes de grandes familias, cada hombre continuando la línea de los antepasados que trabajaron aquí siglos antes, y están acostumbrados desde la infancia a ver a los Valdivia como sus patrones.

-¡O como patriarcas viviendo en un mundo aparte! -contestó, apoyando la causa de aquellos que, como ella, no tenían otra opción que la de aceptar las órdenes de un dictador-. Tú te enorgulleces de que no se permita que los trabajadores pasen hambre. Sin embargo, no existe ninguna opción contraria que les permita elevar su nivel de vida más allá de lo que la tradición decidió que merecían. No dudo que, aunque se quede en el lugar en que nació por costumbre, cualquier guaso tendría dificultad, y acaso le fuera imposible, en encontrar otro trabajo si intentara marcharse.

El se irguió con orgullo.

-¡Nuestros trabajadores son libres para irse cuando lo deseen!

-¿Tan libres como yo? -se burló-. Sabes muy bien que cualquier otro propietario de hacienda no les daría empleo; sólo encontrarían trabajo en la ciudad. Vosotros los Valdivia, sois déspotas, usáis a las personas como si fueran títeres de carne y hueso,

manipulándolos, manejándolos, obligándolos a cumplir vuestros deseos, sin importar los de ellos... Por ejemplo, sabes que no tengo ningún deseo de ir a la playa, iy menos contigo!

Mientras ella desplegaba todo su desprecio, Juan parecía feroz, pero ante el estallido final, su mirada severa se suavizó y una luz burlona brilló en sus ojos.

-¿La idea de pasar algunos días en mi compañía es tan terrible? -le preguntó-. Necesitas unas vacaciones, chiquita; se te ve tensa. Necesitas relajarte en un ambiente tranquilo como el de Viña del Mar. Además -su voz se endureció-, el humor de mi abuelo debe mantenerse suave. El triunfo casi está en mis manos, y si unas vacaciones juntos es todo lo que necesito para obtener mi reino, entonces las tomaremos. En ese aspecto tienes razón: yo no permitiré que nada interfiera en mis planes. Pero ya que me estoy sintiendo benévolo hacia ti, te prometo que no necesitarás inquietarte por acompañarme a Viña del Mar... Haré todo lo posible para que disfrutes, sin sufrir ningún contratiempo. Con tu cooperación, haré que sean unas vacaciones inolvidables... una compensación por los servicios prestados.

SALIERON a la mañana siguiente. El avión, con Juan en los controles, se elevaba como un pájaro en el cielo azul, sobrevolando la hacienda una vez como saludo final antes de dirigirse al oeste, hacia la costa. El sentarse junto a él en la cabina del piloto, fue una experiencia que hubiera sido aterradora para Serena, de no ser porque, a pesar de la opinión que tenía sobre él, sentía completa confianza en las manos bronceadas que pilotaban. Era difícil relajarse mientras el avión subía y subía cada vez más alto, hasta que la tierra quedó bajo ellos casi invisible.

Llevaba puestos Juan unos pantalones ligeros y una camisa abierta en el pecho, dándole una apariencia despreocupada, viéndosele determinado a disfrutar, con o sin la cooperación de su acompañante.

Miró de reojo a la figura tensa sentada junto a él, las manos entrelazadas sobre las rodillas, con una expresión de excitación mezclada con nerviosismo.

-¿Te gustaría tomar los controles? -la asombró con la pregunta. Serena se encogió ante la idea.

-No, gracias -murmuró con torpeza, notando su traviesa sonrisa. Durante el primer vuelo con don Alberto no sintió miedo, ni siquiera cuando se subieron al pequeño avión privado, pero en ninguna de las dos ocasiones tuvo el piloto ojos maliciosos, ni la expresión diabólica de un hombre a quien le quitan de repente sus responsabilidades e intenta disfrutar al máximo de unas cortas e inesperadas vacaciones.

Juan bajó una palanca y el avión se levantó hasta subir casi en posición vertical hacia los cielos. El cuerpo de Serena se sintió oprimido por una fuerza invisible contra la parte posterior del asiento. La sangre presionaba en sus oídos, y se le cortó la respiración, haciéndole imposible hablar. Juan dirigió luego el avión en una pirueta que los envió rápido hacia tierra, a tal velocidad, que ella estaba segura de que el desastre era inevitable. Cerró los ojos, apretando los dientes que rechinaban, preparándose

para el impacto, y mientras sus labios se movían en una oración silenciosa, sintió que el avión se enderezaba, colocándose de nuevo en posición correcta.

Abrió los ojos y pudo apreciar la risa en el rostro burlón.

-¡Tonto! -dijo entre dientes-. ¡Has podido hacer que nos matáramos!

Se rió a carcajadas.

-¡Pero qué manera de morir, dejando una marca de desafío!

Ella tranquilizó sus nervios alterados.

-Muérete si así lo quieres, pero muérete solo. Yo prefiero vivir en la miseria antes que morir en la gloria.

El resto del vuelo transcurrió en paz y en silencio hasta que el avión comenzó a perder altura, preparándose para el aterrizaje. Abajo estaba Valparaíso.

-¿Te preguntas por qué lo llamamos "el valle del paraíso"?

Serena se inclinó hacia adelante para mirar la ciudad construida en forma curva alrededor de la bahía llena de barcos y tuvo apenas tiempo de ver las grúas poderosas, que cargaban y descargaban mercancías, antes que comenzaran a volar en círculo sobre el aeropuerto.

Para su desilusión, el taxi que Juan alquiló pasó rápidamente por Valparaíso. Le hubiera gustado verla con detenimiento.

-La ciudad está construida en dos niveles -le explicó él- y dividida en dos partes: la de abajo, junto al agua, es la comercial y la de arriba la residencial. Las dos están conectadas por elevadores movidos por fuertes cables, inclinados.

Después de una carrera de quince minutos hacia el norte de Vai - paraíso, llegaron a Viña del Mar, y Serena enseguida quedó encantada por la playa de arena blanca llena de sombrillas y cabañas que alegraban el lugar con sus colores brillantes. Arriba, se veían trotar caballos con sus coches descubiertos a lo largo de las mansiones y las casas nuevas. Grandes palmas y pinos bordeaban las calles pavimentadas y había flores por todas partes.

-¡Una mezcla tan hermosa de colores y aromas! -exclamó, los ojos abiertos de placer.

-Es una ley local que todos los residentes que tengan algún espacio para cultivar flores, deben hacerlo -sonrió Juan, poniendo la mano sobre la manija de la puerta, cuando el taxi se detuvo frente a un imponente hotel.

En un estado de ensueño, ella lo siguió por el vestíbulo. Luego los llevaron en el ascensor hasta el último piso del edificio antes de conducirlos a la suite del ático, lujosamente decorado en colores primaverales, con grandes ventanas que proporcionaban una hermosa vista de inquieto azul del Pacífico.

-¿Te gusta? -Juan se le acercó por detrás mientras se encontraba mirando extasiada por la ventana.

-¡Es soberbio! -Se dio la vuelta con una sonrisa de placer, los grandes ojos reteniendo algo del brillante azul del océano.

Su actitud sorprendió al hombre. Al estar acostumbrado a la suspicacia y a la hostilidad, parecía no poder entender su alegría sencilla, libre de inhibiciones. La miró

durante tanto tiempo que ella se sintió cohibida. Su sonrisa convirtiéndose en un confuso rubor. Algo en aquella mirada le advirtió que se mantuviera a una distancia prudente del hombre de humor caprichoso que por el momento parecía tratar de sacudirse el yugo; un hombre de impulsos erráticos y peligrosos...

Cuando se apartó, él le habló despacio:

-Estoy dispuesto a olvidar que eres mujer si tratas de olvidar que soy un hombre. Estoy cansado de esta lucha de sexos. ¿Por qué no bajamos las armas y aceptamos una tregua durante nuestra estancia aquí?

¡Olvidar que era un hombre! ¡Estaba pidiendo lo imposible! Sin embargo, aceptó la tregua inclinando la cabeza, pero sin confiar en ella.

-¡Bien! Ya que aceptamos ser amigos, refresquémonos un poco antes de salir a ver qué nos puede ofrecer esta ciudad.

Sus habitaciones contiguas compartían un baño situado entre ambas. Juan la dejó utilizarlo primero y, mientras ella se ponía un vestido blanco, con cuello y mangas a cuadros, oyó su voz canturreando sobre el ruido de la ducha.

Las manos de Serena temblaron mientras se colocaba una pequeña peineta en el cabello dorado. ¿Por emoción? ¿Por temor?

Poco después Juan entró en la habitación, atractivo como el demonio, con pantalones negros y una camisa que le quedaba como una segunda piel cubriendo sus músculos potentes.

-¿Estás lista? -le tendió una mano, con una mirada que aprobaba su apariencia. Ella puso sus dedos dentro de los del hombre, sintiendo por primera vez en muchos meses un brote de felicidad juvenil.

Durante la primera hora caminaron por la playa, absorbiendo el ambiente de alegría que creaban los bañistas con sus juegos y gritos. Juan le compró helado y mariscos sacados del fondo del mar sólo algunas horas antes, sin atender su sonriente protesta de que le arruinarían el apetito para la cena. Se sentaron en un muro bajo para ver el movimiento de los botes de vela en la pequeña bahía, y rieron con las peripecias de las gaviotas que se lanzaban al agua en busca de comida. Pasearon cogidos del brazo, de regreso al hotel, conversando indiferentes a los mirones que los calificaban de amantes.

Sintiéndose pegajosa, acalorada y feliz, Serena entró en la sala de la suite. Mientras Juan se ocupaba sirviendo unas copas, Serena trató de darle las gracias.

-Hoy me he divertido -dijo mientras se sentaba en el sofá-. Te prefiero mucho más como amigo que como marido.

El rostro de Juan era enigmático cuando le ofreció una copa antes de beber de la suya. Los músculos de su garganta se movían suavemente a cada sorbo.

Cuando dejó la copa vacía, ella lo miró, dubitativa. ¡Todo lo hacía con vigor, hasta el beber! Sabía que era terco y engañoso. ¿Era una tonta si creía sus palabras? ¿El cambio de actitud no podría ser un plan para engañarla, para hacerla sentir una falsa seguridad? Era un hombre extremadamente viril... ¡y hacía mucho tiempo que no veía a Gabriela. !

Juan la miró a los ojos y sonrió, una sonrisa completamente... ¿cándida?

-La amistad es una fruta que madura lentamente, niña. La nuestra es como el vino nuevo: cuando se añeje, lo beberemos con placer. Serena le sonrió, sintiéndose por el momento desarmada, tomando la mano que Juan le tendía para ayudarla a ponerse de pie.

-Es hora de vestirnos para la cena -le indicó, mirando por la ventana el cielo que se oscurecía en el horizonte-. Cenaremos temprano, amiga mía, luego saldremos en busca de los placeres que pueda ofrecernos el valle del paraíso.

Capítulo 11

FRENA NO tuvo idea de lo que comió aquella noche... Ambrosía, hubiera contestado de haber sido interrogada. Se sentaron juntos ante una mesa para dos, tan profundamente abstraídos que no reparaban en los demás comensales... sin duda mujeres envidiosas de un hombre tan atractivo y hombres que codiciaban la mirada de los radiantes ojos inocentes de su compañera.

-Cuéntame toda tu vida -la animó Juan-. ¿Fuiste feliz de niña?

-Muy feliz. -Él la miró a los ojos, que lo retuvieron con su brillo suave-. Mis padres eran personas maravillosas y supongo que me malcriaron. Yo era hija única, por lo menos hasta que... -se detuvo de pronto y una ola de rubor le coloreó las mejillas.

-Sí, ¿hasta...? -sus, cejas se fruncieron.

-Hasta que... murieron, -contestó ella con torpeza.

-¿Murieron juntos, como los míos? -le preguntó Juan con un matiz de simpatía.

-No exactamente... con unos seis meses de diferencia.

-Lo siento si el tema es aún doloroso; quizá no he debido preguntarte. Ha sido sólo porque... no creo que hayas sido siempre tan fría. Hubiera deseado conocerte antes que la vida marcara tu encanto juvenil. El padre de Wendy... ¿tus padres lo aprobaban? Las madres son muy obstinadas en cuanto a proteger a sus hijos... ¿la tuya lo consideraba un esposo apropiado?

Su rubor se acentuó, sintiéndose mentirosa, pero contestó con sinceridad:

-Mi madre lo adoraba.

-¡Ah! -hizo una pausa, pensativo, antes de formular otra pregunta-: ¿Y qué crees que hubiera pensado de mí?

Serena se había preguntado lo mismo con frecuencia, pero sin llegar a una respuesta satisfactoria. Juan era tan diferente a los suyos, que a su madre, con seguridad, le hubiera causado tanto asombro como a ella. Había criticado la noche anterior a los Valdivia por su carácter autoritario, casi despótico, pero tenía que admitir que eran únicos, tan lejos de lo común, como las estrellas que brillaban encima de ellos.

Juan esperó la respuesta con impaciencia. Ella suspiró profundamente.

-Mi madre era tan susceptible al encanto, tan admiradora del atractivo como cualquier otra mujer, pero...

-Sí, continúa -la instó, arrugando la frente.

-No hubiera aprobado a Gabriela -añadió con nerviosismo-, ni relacionado la felicidad con la riqueza.

-¿Quieres decir que hubiera preferido al padre de Wendy sin un centavo?

El rostro de su padre apareció ante ella, dándole ternura a su voz cuando repuso:

-Oí una vez a mi madre comentar que él tenía una riqueza en el corazón que hacía que la material pareciera superflua.

El se enderezó, de repente, airado.

-¡Ahora me explicó cómo te engañaron! ¡Tu madre me parece que debía ser una mujer muy tonta y por lo que me has dicho, creo que fue la culpable de tu desgracia!

¡Una madre debe conocer lo suficiente a los hombres para saber al momento en quién puede confiar su hija! ¡Parece que era demasiado sentimental, fácil de engañar y con una falta total de juicio!

Sin darle tiempo para contestar, la sacó del comedor, la dejó sola un momento mientras recogía su chal y la guió luego por el vestíbulo al exterior del hotel.

-¿A dónde vamos? -jadeó, corriendo para tratar de seguirle el paso.

Juan detuvo un taxi y empujó dentro a Serena, dándole instrucciones al chófer.

-Al casino -le ordenó, dirigiéndose luego a ella con sarcasmo-: donde la riqueza superflua puede comprar futilidades...

Aunque era bastante temprano, el casino estaba lleno. Elegantes mujeres enjoyadas y hombres que mostraban su opulencia como un manto, seguros de sí mismos y a los que parecía importarles poco si ganaban o perdían. Los candelabros brillaban encima de las mesas, sus gotas de cristal moviéndose al paso de los jugadores inquietos, que iban de una mesa a otra tratando de cambiar la suerte. Los croupiers anunciaban los números ganadores, sin mostrar la menor señal de emoción, ya fuera que las monedas se entregaran al ganador o se quedaran en la banca.

El ambiente se subió a la cabeza de Serena como un vino demasiado fuerte para quien lo bebe por primera vez. Excitada, le dio las gracias a Juan, cuando éste le colocó unas fichas en la mano.

-Prueba tu suerte -le dijo sonriente, devolviéndole el buen humor-. ¿En qué mesa deseas comenzar?

-En la que está la rueda de la fortuna, por favor -contesó, atraída, como si estuviera magnetizada, por la ruleta. Había un lugar vacante en la mesa y Serena lo ocupó, sintiéndose un poco nerviosa cuando Juan se le acercó para darle instrucciones.

-Pon algunas o todas las monedas en el número que escojas.

Comenzó con cuidado, poniendo tres sobre el número nueve, y estuvo muy alerta el croupier gritó: Rouge neuf para darse cuenta de que había ganado. Rostros inexpresivos que rodeaban la mesa sonrieron un poco cuando ella se dio la vuelta para expresar su emoción.

-¡He ganado, Juan, he ganado!

-Entonces, continúa -la animó con una sonrisa complaciente-. No se conoce un mejor antídoto para el que tiene la suerte del principiante.

Una hora después seguía jugando, disfrutando al máximo la emoción de ver crecer su modesta pila de fichas mientras gritaban los números que escogía. Para entonces, Juan había logrado sentarse junto a ella y, sintiéndose casi preocupada por su buena suerte, le murmuró:

-¿Crees que debo dejarlo ya?

-A no ser que así lo desees, no -le aconsejó-. Cuando la suerte te sea propicia, continúa adelante, ya que por ser mujer favorece a los audaces.

Sintiéndose tan audaz como maliciosa, Serena empujó todas sus fichas al número escogido y se oyeron murmullos alrededor de la mesa cuando la ruleta comenzó a dar vueltas y la pequeña bolita blanca rodó, al principio con rapidez, luego más despacio

hasta que por fin se detuvo y cayó en uno de los huecos.

-Rouge neuf! -entonó el croupier, empujando hacia Serena una enorme pila de fichas.

Iba tenía idea del valor monetario que representaban, pero sus ojos se abrieron enormemente mientras le decía a Juan:

-Creo que no quiero jugar más por el momento. ¿Soy muy rica?

Sus labios temblaban un poco.

-Bueno, chica, aún no eres una potentada, pero has ganado un par de miles de libras esterlinas.

-¡Un par de miles...! -el color le iluminó las mejillas-. ¡Pero eso es maravilloso... nunca he tenido más de cien!

-¿Entonces? Quizá sería inteligente de tu parte guardar lo que tienes. La suerte, igual que viene se va, y no me gustaría ver la alegría desaparecer de tu cara bonita. ¿Qué te parece una copa para celebrarlo? Brindaremos con champaña por tu buena suerte.

Juan canjeó las fichas antes de irse; luego miró el dinero en sus manos y después el pequeño bolso de noche de ella.

-¿Quieres que te los guarde? Quizá estén más seguros estos billetes a mi cuidado. Serena miró alelada el fajo de billetes, casi sin aliento.

-No, yo los guardaré, gracias; tengo espacio en mi bolso.

-Muy bien -se alzó de hombros, colocando el dinero en las manos temblorosas de la joven.

Fuera del casino, Juan detuvo un taxi y, cuando llegaron al centro nocturno que él había seleccionado, ella estaba aún temblando. El interior, iluminado con luz tenue e íntima, estaba decorado imitando un bar tropical, con grandes palmeras, redes de pescadores colgadas del techo y mesas y sillas de bambú colocadas alrededor de la pista, donde un trío tocaba música caribeña.

Serena se sentó en la silla que Juan le ofreció y contempló a las parejas que bailaban en la pista, mientras que él pedía champaña. En pocos minutos les sirvieron una botella metida en una cubeta con hielo picado, la descorcharon, y Juan sirvió el líquido burbujeante en las copas.

-Dorado pálido, frío en su exterior pero con una turbulencia en su interior... ¡la descripción sirve para ti también, chiquita! -Alzó la copa en un brindis burlón-. ¿Qué pensamientos perturban tu frente normalmente serena? ¿Estás planeando derrotarme?

Ella se sobresaltó, derramando un poco de líquido sobre la mesa.

-¡Claro que no! -logró decir. Juan podía leer su pensamiento con una increíble precisión, mas esta vez no debía permitirlo; era imperativo que su mente intuitiva se dirigiera a otra parte. ¡Tenía que seducirlo! Al mirarlo de frente, llegó a una decisión: Quizá un cambio de táctica desarmara a aquel hombre tan perceptivo que, si le provocaba la más mínima sospecha, sería capaz de hacer cualquier cosa por destrozarse su plan.

Sin el más mínimo remordimiento de conciencia, lo miró con una tímida coquetería por encima del borde de la copa y le pidió en voz baja:

-¿Bailas conmigo?

Ella notó con satisfacción la rapidez con la que levantó las cejas y sintió una inesperada excitación cuando Juan contestó con un ligero tono de vanidad masculina:

-¡Claro, querida, me encantaría!

Sólo cuando se vio entre sus brazos, recordó todo el tiempo que había pasado desde que bailara música romántica entre los brazos de un hombre joven y apuesto.

Juan se portó con algo más que galantería; estuvo atento, manteniéndola tan cerca de sí, que de vez en cuando sus labios le rozaban la sien. Estuvo romántico, bailando lentamente, tarareando la melodía en su oído y observando con interés el color rojo que apareció en las mejillas femeninas.

-Relájate -le-dijo-. Prometiste olvidar que soy tu marido y tratarme como a un amigo, ¿lo recuerdas? ¿La amistad requiere esa actitud tan tensa?

Recordando la necesidad de entretenerlo, Serena trató de relajarse, comenzando a disfrutar el baile mientras él la guiaba con habilidad en medio de las otras parejas. Terminaron entre risas cuando él la llevó de regreso a la mesa.

-Bebe un poco más de champaña -le pidió, llenándole de nuevo la copa.

Ella no necesitaba ningún estímulo adicional, ya se encontraba alegre, con excitación efervescente, comparable a las burbujas que estallaban en su copa. Bebió todo el contenido y, con una mueca de satisfacción, Juan volvió a llenarla.

-¡Oh, mejor no! -protestó ella-. Noto que ya se me sube a la cabeza.

-Y yo noto que te subes a la mía, chiquita -admitió, sosteniéndole la mirada-. Siento que olvido tu pasado y desearía que esta noche fuera la primera ocasión en que nos conociéramos. En cierta forma lo es -murmuró, cogiéndole una mano-. Por primera vez te veo como una joven y bella mujer, en lugar de la esposa, quien con sus derechos sobre mi libertad me provoca un amargo resentimiento. Tu experiencia tan desafortunada ha dejado poca huella en tus facciones inocentes... Es más, ahora comienzo a comprender la tierna protección que mi abuelo siempre brinda a las mujeres, una actitud que nunca pensé necesaria. Quizá tu inocencia sea una herencia de Eva, quien a pesar de no haber tenido a nadie de quien heredar la sabiduría, supo encontrar la manera de derrotar a su compañero, al parecer superior.

De esta manera casi admitió la intriga, y ella sintió una amenaza de sospecha en sus palabras.

-¡No tengo ningún deseo de imitar a Eva! -protestó. Aún después de negarlo sintió que se sonrojaba de vergüenza, recordando que la única meta era la de desarmarlo para que olvidara el dinero de su cartera y que así no pensara en lo que ella podía hacer con él.

Parpadeó rápidamente para esconder su culpabilidad.

-Te creo, cariño; tu mayor engaño es no tener ninguno le murmuró Juan con voz suave.

Durante el resto de la noche, compartieron una armonía que para Serena fue tan

dolorosa como encantadora. Bailaron al compás de la suave música, conversaron, luego volvieron a bailar, y cada vez ella se sentía entre los brazos de Juan con mejor voluntad, cada vez él la estrechaba con mayor intimidad. A la hora que decidieron marcharse,, la situación que ella había propiciado amenazaba con quedar fuera de su control. Podía sentir que aumentaba el deseo de su marido y el rígido freno que se imponía para lograr mantener la relación platónica que le había prometido.

Cada vez que sus miradas se encontraban, Serena podía ver en sus ojos el ardor que reprimía y cuando la tocaba, delataba el deseo imperioso de continuar acariciándola sensualmente. El descubrimiento más sorprendente fue el de su propio instinto de ronronear como una gatita bajo sus caricias, ahogarse en la profundidad de sus ojos y recrearse con la virilidad masculina, de la que desconfiaba.

Las calles estaban desiertas cuando el taxi los llevó de nuevo al hotel. Ambos iban sentados cómodamente en el asiento trasero, Juan rodeando la cintura de Serena y el cabello de ésta esparcido como un manto de seda sobre su ancho hombro. No hablaron nada durante el corto viaje y dentro del coche se sentía una gran tensión, un dique controlando sus emociones reprimidas que luchaban por liberarse, aunque alguien tuviera que sufrir las consecuencias.

Una vez en la suite, Serena sintió pánico y trató de escapar.

-Es tarde. Si no te importa, iré a acostarme.

Casi había llegado a la puerta, cuando una mano de acero la tomó por la cintura.

-Aún no, querida -murmuró él con una languidez peligrosa-. Antes beberemos una copa.

Al contestar, sintió alfileres de fuego que le quemaban el brazo.

-No quiero beber más, Juan; por favor, déjame ir...

Su respuesta fue física. Con un movimiento rápido le hizo volverse, apretándola contra su pecho. ,

-¡No puedes dejarme ahora! -La suave réplica la excitaba tanto como la horrorizaba-. ¡Quédate conmigo, querida! Deja que esta,, noche sea nuestra luna de miel, ino porque mi abuelo lo deseara, sino porque nosotros lo deseamos!

¡Su luna de miel! El grito de protesta se vio aplastado por los labios que buscaban ansiosos la respuesta, no como acariciaría un hombre a una novicia, sino como un ataque que complacería a una mujer como Gabriela, pero que Serena encontró degradante.

Asustada, trató de liberarse. Sus esfuerzos parecían divertir a Juan.

-Ven, querida -le murmuró roncamente-. Sabes lo que se espera de ti, dame tu cuerpo y déjame espantar el fantasma que perturba tu corazón. Eres humana y sientes -gimió con satisfacción al notar el temblor que estremecía el cuerpo femenino-. A pesar de eso, vives sólo a medias. Tu otra mitad está enterrada con la paloma que voló de tu vida; sus débiles alas son ya incapaces de poder extasiarte. No tengas miedo de la fuerza, mi bella esposa; ¡el cóndor vuela con suavidad y firmeza hasta las mismas puertas del cielo!

-¡Y cuando está satisfecho, suelta a su presa sobre el abismo del infierno! -jadeó

Serena cuando los labios de Juan pasaron por un punto sensible en su garganta. Lo empujó con fuerza, descubriendo en el terror un vigor inesperado, y se apartó hasta que una mesa quedó entre ellos.

-¡Hasta aquí llega su promesa, señor! -se burló, temblando-. ¿Todos tus amigos te odian tanto como yo?

Él se detuvo en seco, la expresión incrédula, los ojos inspeccionando las facciones de Serena como si dudara de la sinceridad de sus palabras.

-No estoy seguro de comprender -dijo lentamente-. Tu actitud esta noche ha sido estimulante, hasta coqueta. ¿Por qué esta repentina adopción del papel de virgen ultrajada? Me imagino que lo sucedido en tu pasado debió prevenirte sobre la insensatez de comenzar algo que no tenías planeado terminar. -La manera de hablar era tan ofensiva como sus palabras, ridiculizando lo que creía que era un espectáculo de falsa mojigatería.

Su actitud fue para Serena un golpe brutal y, como castigo, decidió darle una última vuelta al tornillo.

-Le aseguro, señor, que en el pasado cometí un error, y pagué el precio. Pero la experiencia, por lo menos, me enseñó una cosa... no volver a amar nunca, sin antes valorar el costo.

Él le dirigió una mirada larga y dura. Luego movió la cabeza, burlándose.

-Se dice que el amor es una amistad con alas. ¡He sido un tonto al olvidar tu tendencia a mantener los pies firmes sobre la tierra!

Capítulo 12

ALA MAÑANA siguiente desayunaron juntos. Cuando Serena entró en la sala para reunirse con Juan, iba preparada para recibir un nuevo sarcasmo, como continuación de los de la noche anterior. Para su alivio, él no mencionó el tempestuoso interludio, aunque se comportó de forma distante y sus comentarios fueron fríos y secos.

Tan pronto como terminó de comer se disculpó, anunciándole que le dejaba el día libre con tono conciso:

-Voy a salir y no regresaré hasta la noche; sin duda encontrarás cómo entretenerme.

Serena inclinó la cabeza, asintiendo, y Juan se alejó, dejándola enfrentarse al sentimiento de culpa que de repente experimentaba. Al recordar su actuación de la noche pasada se notaba avergonzada y la separación durante aquel día era un respiro para ella.

Se vistió rápidamente y, después de hacer algunas preguntas en la recepción, se dirigió hacia la agencia de viajes que le recomendaron. Por un lado, por lo menos, su plan tenía éxito. Parecía que Juan había olvidado por completo el dinero que, ganara en el casino o no se le había ocurrido que representaba una posibilidad de escape.

El problema más grande que le quedaba era el de sacar a Wendy de la hacienda, pero Serena decidió que tenía que dar un solo paso cada vez: su meta inmediata era la de averiguar si de verdad el dinero le alcanzaba para comprar dos pasajes a Inglaterra.

Había un brillo de excitación en sus ojos cuando salió de la agencia de viajes. Había solicitado que se le dedujera el costo de los pasajes de todos los billetes que tenía y se sorprendió al ver que aún le quedaba una cantidad sustancial que, según le aseguró el empleado, equivalía a casi mil quinientas libras esterlinas.

Paseó por la ancha avenida hasta encontrar un lugar tranquilo con vistas al mar, donde pudo concentrarse en hacer sus planes. Por más que pensaba, la angustiada cuestión de sacar a Wendy de la hacienda parecía que nunca la -podría resolver. Consideró la idea de llamar por radio a don Alberto con algún pretexto, pidiéndole que enviara a Wendy con ellos a Viña del Mar, de donde podrían escaparse con bastante facilidad. Los Valdivia poseían dos aviones privados; uno, el de Juan, en el que viajaron, y el otro, de don Alberto, generalmente pilotado por Pedro.

"¿Cómo diablos -pensó, desesperada- puedo decirle a don Alberto que haga lo que le pido sin despertarle sospechas a él o a Juan?"

A la hora del almuerzo, ya estaba cansada de luchar con el problema y decidió regresar al hotel. Al pasar por la recepción, camino del ascensor, un empleado la detuvo.

-¡Un momento, señora! Ha llegado un telegrama para usted y para el señor... ¿desea llevárselo?"

Sin interés, tendió la mano para recibir el sobre y mientras subía en el elevador, lo miró, primero observándolo abstraída, luego llegándole su contenido de golpe: El

cable podía haber sido enviado sólo por alguien de la hacienda, ya que nadie más sabía dónde estaban. El empleado le había dicho que iba dirigido a ambos, así que obviamente no se trataría de negocios.

El pánico la invadió al romper el sobre. Las palabras contenidas fueron como una respuesta a sus oraciones.

"Wendy muy inquieta. Imposible consolarla. Envío con vosotros. Avión llega aeropuerto Valparaíso catorce horas".

¡Catorce horas! ¡Las dos de la tarde! Miró el reloj y vio que eran casi las doce. Con fuerza apretó el botón del elevador para detener la marcha, presionando luego otro para enviarlo de nuevo abajo. Cuando al fin se detuvo, Serena salió corriendo del hotel y comenzó desesperada a hacer señales para atraer la atención de los chóferes de taxis que pasaban. Parecía que todos estaban ocupados y durante los siguientes minutos tuvo tiempo para pensar de forma racional. Valparaíso estaba a sólo quince minutos en coche, y ya que el avión de Wendy llegaría dos horas más tarde, tendría tiempo suficiente de recoger algunas pertenencias para que, cuando se la entregaran, no tuviera necesidad de regresar, al hotel, pudiendo tomar enseguida un taxi que las llevara hasta el gran aeropuerto de Santiago, donde podrían perderse el tiempo necesario antes de tomar el avión a Inglaterra.

Ojos curiosos siguieron su entrada de nuevo al hotel, pero al tener sólo una idea en la cabeza, no lo notó. Le llevó menos de veinte minutos de su precioso tiempo introducir lo que necesitaba en una maleta. La llevó luego al ascensor, bajó y salió aprisa del hotel. Esta vez tuvo la suerte de encontrar pronto un taxi y, con un suspiro de alivio, entró y se sentó, sintiéndose muy asustada al darle las instrucciones al chófer:

-Al aeropuerto de Valparaíso... ¡y por favor, de prisa!

Al llegar, le pagó al chófer y encontró un asiento en el vestíbulo del aeropuerto con buena visión de la pista. Durante todo el tiempo se mantuvo inquieta, mirando a cada minuto el reloj, que parecía ir más lento que nunca. No era posible que Juan supiera dónde estaba; aunque regresara al hotel antes de la hora que había dicho y le notificaran lo del telegrama, no era posible que conociera su contenido. Sin embargo, la amenaza de su presencia era tan fuerte, que no podía evitar mirar continuamente hacia la entrada del aeropuerto, por donde podía entrar Juan en cualquier momento.

Por fin, con enorme alivio, vio el avión de los Valdivia aterrizar y dio un salto, observando con impaciencia hasta que el aparato se detuvo. Entonces salió corriendo y, cuando Bella bajó del avión llevando en brazos a Wendy, Serena estaba allí para recibirla, casi sin aliento y dándole las gracias a la sirvienta, con torpeza, por acompañar a la niña.

-¡Oh, no es nada, señora! -le aseguró Bella, alzando una ceja con preocupación-. La pobre pequeñita quedó desolada desde que usted se fue. Intentamos todo lo que se nos ocurrió para divertirla, para evitar que pensara en su mamá, pero sin éxito. Ni el mismo conde podía contener sus lágrimas y por eso al fin decidió enviársela.

-¡Pobrecita mía! -Serena extendió los brazos y de inmediato los ojos sin brillo de

Wendy se iluminaron. Su pequeña carita hinchada era suficiente prueba de las palabras de Bella. En el momento que vio a Serena, esbozó una alegre sonrisa, como una rayo de luz entre las tinieblas, y casi saltó a sus brazos-. ¡Oh, cariño, qué agradable es tenerte cerca! -murmuró Serena, hundiendo su rostro en los rizos de la bebida-. ¡Nunca más te dejaré, te lo prometo, estaremos siempre juntas de hoy en adelante!

Correspondió al saludo de Pedro, que le sonreía desde la cabina, y como parecía que no tenía ninguna intención de bajarse, ella preguntó, dudando:

-¿Cuáles son tus planes, Bella? ¿Te dijo el conde que te quedarás?

-Sólo si usted solicitaba mis servicios, señora; de lo contrario regresaré a la hacienda.

-Entonces vete, no te necesito aquí -le contestó.

El rostro perplejo de Bella buscó a su alrededor, extrañada por la ausencia de don Juan. Obediente, volvió a subir al avión sin hacer la pregunta que le temblaba en los labios y momentos después se oyó el motor del aparato. Serena esperó hasta que hubo despegado y luego corrió al interior del edificio, con el temor y el alivio debilitando sus rodillas.

En un brazo cargaba a Wendy, que iba contenta, jugando con su cabello, y en el otro llevaba la maleta. Fue a la parada de taxis y, con agitación, le pidió al chófer que esperaba:

-¡Al aeropuerto de Santiago, por favor!

Acalorada, esperó en el interior mientras el taxista guardaba la maleta parsimoniosamente. Asustada, pensó que había escogido al chófer más lento e indiferente de todo Valparaíso; por fin el taxi se alejó del aeropuerto, y sólo en aquel momento el cuerpo tenso de Serena se relajó.

-¡Vamos en camino, querida! -exclamó, abrazando a Wendy.- ¡Pronto estaremos fuera del alcance de los Valdivia!

Tan rápidos como las ruedas que las transportaban, comenzaron sus pensamientos a agitarse. La libertad, si tenía suerte, le quedaba a sólo algunas horas y, aunque tuviera la desdicha de tener que quedarse para tomar un vuelo a la mañana siguiente, su hogar estaría ya sólo a veinticuatro horas. Aquel tiempo sería suficiente para preocuparse de cómo desatar los lazos del matrimonio que, por lo menos legalmente, la mantenían encadenada a Juan. Sería sólo un trámite, estaba segura de ello, que anularan el matrimonio que no se había consumado para que, si encontraba el hombre de su vida, no hubiera ningún obstáculo en el camino hacia la dicha.

Trató de recordarlo... el hombre cuyas facciones nunca había logrado imaginar completamente, porque el rostro aparecía borroso en su mente. Sin embargo las virtudes que ella admiraba se proyectaron más fuertes que nunca: un carácter enérgico, alguien en quien podría confiar por su fuerza, un hombre de decisiones, inflexible, seguro de sí, un compañero viril y con experiencia.

El rostro de Juan apareció ante sus ojos pero lo rechazó. Su hombre ideal debía poseer ternura, y ésa era una emoción que a él le faltaba por completo. La última

noche ella lo había atraído, pero sólo porque era la única mujer disponible. Él se sentía con deseos de una relación sexual y cualquier mujer le hubiera servido para el caso, hasta la esposa de segunda mano, dispuesto a olvidar su uso previo... pero sólo por una noche; después, su resentimiento hubiera aumentado mil veces. Los Valdivia, arrogantes y despóticos, no compartían con ningún hombre... ni sus tierras, ni sus riquezas, y menos a su esposa!

Un par de horas después, ella y Wendy entraban en la sala de espera de pasajeros internacionales del aeropuerto de Santiago. Serena compró los billetes, facturó su maleta, y todo lo que tuvieron que hacer fue esperar hasta que anunciaran su vuelo... una espera de dos horas, según le informaron, siempre y cuando no hubiera algún retraso.

Wendy comenzó a inquietarse y, con un poco de culpabilidad, Serena comprendió que la niña no había comido nada durante horas. Ella no tenía nada de hambre; pensar en comida le causaba náuseas.

-Cómo envidio tu manera dulce y despreocupada de ver la vida -dijo a Wendy, jugueteando con sus rizos-. Ven, pequeña, vamos a buscarte algo de comida.

En el restaurante del aeropuerto, buscó la mesa más retirada, colocó a Wendy en una silla alta, pidió huevos revueltos para ambas, y mientras esperaba que le sirviesen, empujó su silla detrás de unas macetas de plantas muy altas. Su nerviosismo era tal, que casi no podía manejar el cuchillo y el tenedor cuando llegó la comida y después de varios intentos se dio por vencida, concentrándose en alimentar a Wendy. A la pequeña, no se le podía dar prisa y, después, de calmar un poco su hambre, comenzó a jugar con la cuchara, cerrando los labios cuando se la acercaba, luego pegando con fuerza en la mesa cuando Serena retiraba la comida.

Alimentar a la niña le llevó tanto tiempo, que Serena se asustó cuando oyó su número de vuelo.

-¡Dios Santo! -se levantó-. ¡Es hora de irnos! -Salió corriendo del restaurante, cargando a la pequeña, que protestaba, y comenzó a abrirse camino entre la muchedumbre, avergonzada, pero decidida a ignorar los gritos de Wendy. Llegó a la puerta correspondiente; ya había una cola de viajeros que esperaban. Afuera, en la pista, el avión que aguardaba era una vista magnífica: la alfombra mágica que las transportaría de regreso al mundo de la cordura que ella abandonara tan alocadamente.

Mientras una azafata sonriente les daba la bienvenida, Serena caminaba, los ojos fijos en su objetivo, tan concentrada en su meta, que, cuando la detuvieron por el brazo, casi no lo sintió.

A través del ruido de los motores, oyó la voz de Juan con un suave encanto dirigirse a la azafata:

-Mi esposa ha cambiado de idea: no viajará en este vuelo,

Anclada en el lugar como si tuviera pies de acero, Serena vio pasar la fila de viajeros hasta que desaparecieron, completamente desanimada para decir una sola palabra de protesta. Él le permitió aquella pausa, antes de hacer un comentario

sombrío:

-¡La opinión que tengo de ti nunca ha sido favorable, pero hasta hoy nunca creí que fueras capaz de engañar así!.

Serena lo miró con tal desaliento, que él se sobresaltó.

-¿Por qué no me has dejado que me vaya?

-Me hubiera sido igual que te fueras -apretó los dientes- ¡Registraría toda Inglaterra hasta encontrarte!.

Estaba demasiado molesta para preguntarse sobre la palidez que había alrededor de los labios comprimidos de Juan y el nervio que latía fuertemente en su mandíbula... un barómetro que registraba el grado de su ira.

Después, no recordó en absoluto el corto vuelo de regreso a Valparaíso, durante el cual se mantuvo acurrucada en el asiento, con el cuerpo cálido de Wendy sobre el suyo helado, mientras Juan concentraba su atención en pilotar el avión.

Al llegar al hotel, atendiendo la solicitud de Juan, colocaron una cuna en la habitación de Serena, donde pusieron a la pequeña, que se había dormido.

-¡Ahora -dio vuelta para mirarla de frente- tendrás que darme algunas explicaciones! -Sus fuertes manos la empujaron hacia la sala y, sin cortesía, la obligó a sentarse en el sofá. Serena se hundió, sintiéndose aún más asustada cuando le dijo entre dientes-: ¡Nunca sentí deseos de azotar a una mujer, pero...! ¿Cómo te atreves a hacerme esto... tú, mi esposa, burlándote de mi voluntad?

La intensidad de su ira la estremeció, haciéndola reaccionar de forma violenta:

-¡Yo no soy tu esposa! -Echó la cabeza hacia atrás, desafiante.

El se inclinó, cercándola con sus brazos en el sofá.

-Me has provocado en exceso, mi bella esposa -dijo-. Parece que he sido demasiado indulgente contigo, consciente de que necesitabas tiempo para borrar de tu corazón la imagen del hombre que creíste amar. Ahora veo que no has sabido apreciar mis consideraciones. Muy dentro de ti, como las demás de tu sexo, prefieres que te obliguen, en lugar de darte por tu propia voluntad.

Cuando la soltó, ella se levantó, temblando ante la amenaza.

-¿Qué piensas hacer? ¿Qué nuevo tormento tienes en mente?

-¿Tormento? -exclamó Juan, dirigiéndole una mirada de deseo-. Ningún tormento, te lo aseguro. Simplemente una cena deliciosa servida aquí en nuestra suite, seguida de una noche pacífica que nos ayudará a conocernos mejor... íntimamente! Mientras tanto, te sugiero que te refresques. Ponte tu vestido color crema con el que pareces una inocente madona... y los zafiros, para recordarme que sólo tomo lo que he pagado.

Cuando él dio la vuelta y se fue, Serena quedó inmóvil, comprendiendo que había llegado la hora de rendir cuentas, y que no había nada que pudiera hacer para impedir que Juan llevara, a cabo su sentencia, que consideraba un adecuado castigo para su crimen. Cansada, se dirigió a la habitación para hacer lo que le había ordenado, y supo que su humor no había cambiado cuando después entró él, con las facciones sombrías, la cabeza morena sobresaliendo con orgullo por encima del esmoquin blanco, que se

adaptaba magníficamente a su cuerpo musculoso.

-La cena áspera -informó al fantasma pálido y asustado que luchaba por mantener la compostura.

-Estoy lista -murmuró, sintiéndose como una mujer condenada a la que llevasen al cadalso.

La cena, servida por un camarero, fue para ella tan insípida como si tomase únicamente pan y agua. Sin embargo, simuló que comía y hasta participó en la ligera conversación que él sostenía. Atendiendo la orden de Juan, el camarero se retiró, dejándola servir el café. Lo hizo con dedos temblorosos, rechazando con la cabeza la copa de brandy que él le colocó enfrente.

-¡Bébetelo! -ordenó Juan-. Le devolverá el color a tus mejillas.

"¡Pero no la esperanza a mi corazón!", pensó, demasiado asustada para desobedecer.

Cuando bebió la última gota, Juan se sentó junto a ella en el sofá, tan cerca, que la sintió temblar como a un pájaro en cautiverio.

-¿Tienes frío? -pasó una mano por sus hombros descubiertos.

-No -musitó, sintiendo el aliento de él cerca de su mejilla.

-Mejor. Así será más fácil mi tarea.

No se resistió cuando los labios masculinos cubrieron los suyos, tampoco respondió... por lo menos hasta que los besos, inspirados por la ira, se volvieron menos brutales y fueron impregnándose de una suave ternura que alivió el dolor de sus emociones destrozadas y borró todo el odio que sentía en el corazón.

Lentamente comenzó a responder, moviendo los labios sobre su mejilla con la suavidad de un pétalo, murmurando breves palabras de amor a través de los labios que la volvían a la vida con sus besos.

Juan la tomó en sus brazos, llevándola a la habitación. Cerró la puerta con un pie antes de depositarla con suavidad en la cama. Sin titubear, ella abrió sus brazos para recibirlo y, con un gemido, él la abrazó fuertemente y luego procedió, como le había prometido, a transportarla hasta las mismas puertas del cielo.

Algunas horas después, ella lo dejó profundamente dormido y salió de puntillas para volver a su cama, donde se acostó, mirando fijamente hacia el techo, hasta que la luz del amanecer se filtró a través de la persiana.

Capitulo 13

WENDY Se despertó temprano y fue un alivio para Serena tener que ocuparse de sus necesidades; una ocupación para sus manos, pero no para su mente. Después de bañarla y vestirla, la sacó a los jardines del hotel, recorriendo caminos bordeados de plantas, deteniéndose de vez en cuando para admirar el paisaje de vivo colorido, o para oler el perfume de las flores. Parecía que sólo ellas estaban activas, y dentro de la soledad, sus pensamientos encontraron libertad para desplegarse.

Aún tenía que enfrentarse a Juan. Se moriría de vergüenza si él se burlaba, y la idea de tener que contemplar su inevitable satisfacción, era una tortura peor que la muerte. Antes que Wendy se despertara, ella había tomado una ducha, esperando lavar las huellas de sus manos posesivas, que aún le quemaban el cuerpo. Mas las impresiones permanecieron, así como el recuerdo de su propia respuesta, de las palabras de amor que había murmurado y, peor aún, la manera en la que se abandonó a su pasión; todo ello le hacía sentir ahora deseos de huir del hotel para ahogar su humillación bajo la limpia frescura del océano Pacífico.

Tenía que pensar en Wendy. Por su bien debía afrontar la realidad... y la realidad era Juan, quien probablemente en aquel momento las esperaba en la suite para el desayuno. Poco a poco, caminó de regreso a su habitación. Ante la puerta titubeó, y justo en el momento que tendía la mano para abrirla, Juan apareció en el umbral, con el rostro pálido y el cabello húmedo por la ducha, peinado al descuido con los dedos.

-¿Dónde has estado?

-Paseando... en los jardines... -contestó con torpeza sin lograr, ahora que llegaba el momento, mirarlo a los ojos.

Enseguida Juan le ordenó, brusco:

-Quiero que hagas el equipaje rápidamente. Nos vamos a la hacienda después de desayunar.

-Muy bien -dijo, pasando junto a él hacia la sala. Hubiera deseado ir enseguida a la habitación, pero Wendy no tenía ninguna intención de dejar pasar la oportunidad de coquetear con su favorito.

-Coo... -gorgoteó, tendiéndole sus manitas, casi saltando de los brazos de Serena en el deseo de alcanzarlo.

Un temblor, que fue casi una sonrisa, apareció en la severa boca de Juan, quien tendió los brazos para tomarla.

-¡Buenos días, preciosa! Es agradable saber que por lo menos un miembro femenino de mi familia no me desprecia. ¿Podrías contagiar a tu madre con un poco de esa actitud...?

La falta de calor en el tono, la intención con que dijo la palabra "madre", asombraron a Serena. ¡Pero no era posible que él se hubiera dado cuenta!

Intentaron desayunar en medio de una tensión insostenible hasta que, por fin, Juan empujó el plato para poder detallarle los planes a Serena:

-Cuando regresemos a la hacienda tienes que hacer un gran esfuerzo para esconder tu aversión hacia mí. Ayer hablé con mi abuelo por radio -le planteó sin

necesidad de explicarle cómo había sabido el contenido del telegrama- y me informó que está listo para empezar sus vacaciones. Necesita que regresemos de inmediato. Una vez que se haya ido de la hacienda, tú podrás mantenerte tan fría y distante como quieras, pero hasta ese momento tengo que insistir en que te comportes con diplomacia. Espero... y así me lo hizo creer... que antes que se vaya a España, firme y me entregue la dirección de la hacienda. Sus abogados, en este preciso momento, están preparando todos los papeles necesarios, y una vez que mi posición quede legalmente establecida, podremos considerar como terminado el convenio que hicimos... por lo menos desde el punto de vista técnico -se apresuró a agregar-: Te das cuenta, por supuesto, de que la libertad que deseas no te la puedo dar de inmediato. Eso tomará un poco de tiempo. Pero somos lo bastante jóvenes como para permitirnos el lujo de brindarle a mi abuelo la satisfacción de creer que todo lo que ha hecho ha sido acertado, al menos por los pocos años que le queden de vida.

Serena escuchó con la cabeza inclinada, sin levantar la mirada ni una sola vez de su plato.

-¿Me estás pidiendo o me estás ordenando que colabore? -dijo, reprimiendo su irritación-. En realidad no puedes exigirme que coopere, ya que esta vez estoy en posición para decidir sin hacer caso a tus coacciones. En realidad, todo tu futuro depende de si yo decido o no aceptar lo que me pides.

-Así es -convino Juan-. Pero comprenderás lo tonto que sería oponerte.

Sí, ella era consciente del adversario cruel que podía ser Juan. Ya había logrado dominar su cuerpo y podría dominar su voluntad... aunque no su corazón, que, frío y sin vida, estaba demasiado enterrado en el hielo para que lograra ser revivido.

-Muy bien, haré lo que me pides -convino con amargura en la voz-. No tengo mucho que escoger, considerando que eres tan experto en lograr tus deseos.

La decisión le gustó. Por lo menos se oyó mucho menos severa su voz, hasta un poco indulgente.

-Eres más bien inexperta, querida. Todos en el hotel supieron, por tu actitud, que habías recibido noticias significativas. Me informaron inmediatamente, a mi regreso, de tu salida precipitada, con maleta y todo, y necesité muy poco trabajo de detective para descubrir tu destino. En parte me culpo. Puse el arma en tu mano, ¿no es verdad? Debí imaginarme cómo podías utilizar el dinero que ganaste y también que tus coqueteos no fueron más que un plan deliberado para mantener mi mente ocupada en otra cosa.

Serena levantó la mirada, apartándola rápidamente, confundida por las facciones inexpresivas que debían mostrar satisfacción y que por el contrario, semejaban una máscara que ocultase alguna fiera emoción interna.

Se levantó de la mesa murmurando una disculpa y, cuando iba hacia la puerta, Juan le hizo una áspera pregunta:

-Antes de irnos- ¿hay algo que deba saber y que tú o mi abuelo no me hayáis dicho?

Ella se dio la vuelta, delatando su asombro y su temor.

-No... ¿por qué lo preguntas?

La mirada fija de él la despojó de su habilidad para disimular; sintióse indefensa, con un rubor de culpabilidad tiñendo sus mejillas.

Juan se acercó a ella y rozó suavemente su cara.

-¿Son muestras de vergüenza o de inocencia? -murmuró, y enseguida giró sobre sus talones y salió sin esperar la respuesta.

EL VUELO DE regreso a la hacienda fue silencioso y, cuando el avión se detuvo sobre la pista, vieron que don Alberto esperaba para recibirlos.

-¡Ah, Serena, sentí mucho tener que enviarte a la niña! Espero que mi acción no haya sido la causa de que hayáis acortado vuestras vacaciones.

Ella correspondió a su beso de bienvenida.

-Estábamos listos para regresar. La vida en la hacienda es tan agradable, que las vacaciones no son necesarias.

Un brillo de placer apareció en el rostro del anciano.

-¡Qué feliz me hace oírte decir eso, querida! ¿Habéis disfrutado estos días, o no? -dirigió rápidamente la mirada hacia su nieto-. ¿Habéis aprovechado vuestra corta luna de miel?

-Realmente sí -contestó Juan y el abuelo se rió, notando el parpadeo confuso de Serena.

-¡Bueno! ¡Ahora podemos hablar de negocios! -Volvió a dirigirse a la joven-: Sé que comprenderás cuando te pida que nos disculpes durante un buen rato, querida. Mi abogado nos está esperando en la casa con algunos papeles que debemos firmar los dos. Eso en sí no nos llevará mucho, pero hay varios asuntos de los que tenemos que hablar mi nieto y yo antes de que salga mañana, para las vacaciones que me he estado prometiendo durante tantos años y que por una razón u otra, tuve que posponer. ¡Pero ya no más! Mañana, después del rodeo, me iré.

Bella y Carmen, descubrió Serena después, no hablaban (le otra cosa que no fuera del rodeo que se llevaría a cabo al día, siguiente... un acontecimiento anual, le dijeron, durante el cual los guasos mostraban sus increíbles habilidades como jinetes.

-El entrenamiento y la destreza son tan importantes como el valor y la fuerza -le aseguró Bella con ojos resplandecientes-. Los rodeos son muy alegres; la gente bebe mucho, come, canta y la música de las guitarras, de las arpas y los acordeones llena el aire, ¡Para mí, la acción comienza cuando el toro entra en la arena! -suspiró con emoción.

Serena no puso mucha atención a su charla. Tenía la mente ocupada con otros asuntos más importantes... la cesión de la hacienda a Juan, la partida de don Alberto, y la vida que llevaría allí, una vez que él no estuviera presente. No dudaba acerca de cómo Juan llenaría sus noches una vez que estuviera libre de los regaños del abuelo. La presencia de Gabriela parecía sentirse hasta en el aire que los rodeaba, como si estuviera proyectada por medio de telepatía, que la comunicaba a través de

los-kilómetros con el hombre amado.

-¡Puede quedárselo con mi bendición! -Serena se sorprendió ante la intensidad de su arranque, al notarse con los dientes apretados y clavándose las uñas en las palmas de las manos. Se regañó en voz alta, asustando a Wendy-: ¡Oh, por Dios, quita a ese hombre de tu mente! -Cuando vio el labio inferior de la niña que comenzaba a temblar, la tomó para consolarla-. No llores, querida, ime estaba regañando a mí, no a ti! Pensándolo bien -la miró severa- deberías aceptar mis consejos... tu adoración hacia ese hombre es demasiado evidente, inunca comprenderé lo que ves en él!.

Wendy se echó a reír. Serena tuvo que imitarla... y se dio cuenta de que no podía contenerse. Su risa fue tan sonora, que llegó hasta los oídos de los tres hombres que hablaban de negocios abajo, en el despacho.

Don Alberto levantó la cabeza, escuchó y firmó el último documento, lleno de satisfacción.

-Tu esposa es feliz, hijo mío -le sonrió a Juan-. Su risa apoya mi creencia de que tomé la decisión acertada. Admite que hice bien en traerla. Dime que ya no lamentas que me metiera en tus asuntos. Aunque quieras hacer el intento de llevarme la contraria, la unión funciona bien; tu mujer es feliz ahora.

Juan inclinó la cabeza aceptando, pero la sonrisa de sus labios no se reflejó en sus ojos. No tenía intención de compartir la sospecha de que Serena, cuya risa el abuelo encontraba fascinante; probablemente tenía lágrimas de histeria corriendo por sus mejillas en aquel momento.

-Debo felicitarte por tu buen juicio, abuelo. Una vez más has probado que eres un experto casamentero. Espero que con el tiempo se justifique tu confianza hacia mí como un sucesor meritorio.

-Entonces, celebremos mi última noche con una cena memorable, para que mientras esté lejos tenga un feliz recuerdo que me consuele de vuestra ausencia.

Juan aceptó.

-Voy a prevenir a Serena para que se ponga el vestida más bonito.

Ella siguió las instrucciones al pie de la letra y llegó antes de la cena, serena y bella, pareciendo flotar en una nube de chifón azul, los hombros erguidos, mientras se preparaba para el acto final de la farsa.

-A mi abuelo no debe quedarle duda de nuestro amor -le había dicho Juan-. Aunque te disgusten mis muestras de afecto, trata de soportarlas pensando que serán las últimas que intentaré imponerte.

Ella se consolaba con estas palabras cuando, al entrar en el salón donde ellos tomaban sus aperitivos, Juan dejó la copa para dirigirse a su esposa, dándole un beso. Casi no logró reprimir el estremecimiento que sintió cuando le puso una mano en la cintura.

-Estás preciosa, querida -murmuró lo bastante alto para que lo oyera el abuelo antes de inclinarse para darle un beso en la boca.

"¡Si éste es el comienzo de lo que va a pasar, no duraré la noche completa!", se atemorizó Serena.

Con una sonrisa orgullosa. Juan la llevó ante el abuelo, que se puso de pie para darle un segundo beso que ella sintió como fresco bálsamo sobre una llaga.

-Esta noche estoy muy feliz, niña -sus ojos brillantes recorrieron el dulce rostro femenino-. No todos los hombres tienen la satisfacción de haber participado en dos felices matrimonios.

¡Un matrimonio feliz! Con esfuerzo, Serena logró sonreír cuando lo besó a su vez.

-No todos los hombres son tan sagaces y comprensivos como usted, abuelo -lo halagó, sintiendo la mentira revolverle el estómago.

-¿Estás contenta con este nieto mío? ¡Ah! -La abrazó, descartando cualquier duda-. No necesito preguntarlo cuando puedo ver lo mucho que os amáis.

Como si intentara una rebelión interna, Juan dio un paso al frente y le puso a Serena un brazo alrededor de la cintura.

-Déjame servirte una copa, querida. ¿Qué te gustaría... un poco de champaña?

Serena odió su mención deliberada de la noche que deseaba olvidar. Era la manera de recordarle que ella también pecaba de mentirosa y que a aquellas alturas los escrúpulos eran innecesarios. Sintió un deseo repentino de ser más astuta que él, desconcertándolo, y de alguna parte sacó ánimos para responder:

-Sí, por favor, cariño. ¿Recuerdas la última vez que bebimos champaña? Fue la noche que tuve tanta suerte en el casino. Después bailamos toda la noche y cuando regresamos al hotel estabas tan... sentimental...

Sintió un vuelco en el corazón cuando él acogió su burla con una mirada penetrante, pero se recuperó de inmediato.

-Nunca borraré de mi memoria esa noche. ¿Cómo podría olvidar tu dulzura? Lograste combinar la astucia de Eva con las insinuaciones de una coqueta... pero para mí ése siempre ha sido tu mayor atractivo, tu habilidad para distraer a un hombre hasta lograr que dude sobre cuál será tu siguiente actitud.

Mientras intercambiaban sonrisas de disgusto mutuo, la risa de don Alberto resonó en la estancia.

-¿No te aseguré, niña, que mi nieto no resiste un misterio? Ya cuando era niño, nada le podía impedir completar un rompecabezas complicado y hasta los juegos propios de los chiquillos pasaban a segundo lugar si tenía ante sí, cualquier acertijo sin solución. Vamos a cenar; la felicidad aumenta mi apetito, y tengo intención de disfrutar al máximo ésta última cena en familia!

Durante la cena, Serena logró mantener su espíritu defensivo, contestando a los comentarios agudos de Juan con tal discreción que sólo él podía comprenderla. Don Alberto se hallaba inconsciente de la situación, entretenido con el diálogo que, aunque él no lo comprendía, era un intercambio de fintas entre dos enconados oponentes. Las máscaras de afecto escondían el rencor entre ellos, a veces infligiendo tal dolor, que apenas podía esconderse bajo una sonrisa más intensa o, en el caso de Juan, dando mayores muestras de cariño, que, al ella provocarlo, se hicieron cada vez más atrevidas.

La culminación llegó cuando, como tenía que suceder, hubo una explosión de

temperamentos aún mayor, ya que se tenía que mantener a escondidas del anciano que dormitaba en una butaca, satisfecho por la felicidad que creía haber logrado para su nieto.

Estaban ambos muy cerca, junto a la ventana, mirando hacia el jardín iluminado, presentándole al abuelo, que de vez en cuando abría los ojos, un panorama de devoción: dos amantes unidos por el amor. Cuando la figura intimidante de Juan se acercó demasiado, Serena sintió tal tensión, que pensó que, si no deseaba desilusionar a don Alberto, mejor sería terminar la terrible velada. Al inclinar Juan la cabeza, solícito, ella lo rechazó con un susurro feroz:

-¡Ya he tenido suficiente; voy a acostarme!

-Esa es la primera idea sensata, que has tenido en toda la noche -le contestó su marido en el mismo tono.

Su vehemencia la asustó y se habría separado a no ser por el brazo que la retenía por la cintura. Se aturdió bajo la mirada penetrante, fija en su rostro. Estaba claro que su temperamento se hallaba a punto de estallar. Con los dientes apretados le dio una orden que amenazaba con represalias si se atrevía a desobedecerlo:

-Has representado tu papel a la perfección, pero sé que cuando decides engañar, engañas bien. ¡Ahora, por Dios, vetel!

Serena pasó, vacilante, junto a don Alberto, que dormía, subiendo a su habitación, donde se quedó acostada en la gran cama solitaria durante horas, con la mente aturdida. Alrededor de la medianoche, mientras todos dormían, oyó pasos en la plazoleta de piedra, debajo de la ventana, acompañados de un tintineo de espuelas... El sonido se alejó hacia los establos. Serena se incorporó sobre un codo, haciendo esfuerzo para oír, y algunos minutos después escuchó el ruido de los cascos de un caballo mientras lo sacaban de su casilla. Luego oyó que poco a poco el caballo cobraba velocidad, alejándose...

Se hundió de nuevo entre las almohadas, sintiendo un dolor indefinido, un sufrimiento aún más profundo que el que Juan había tratado de infligirle anteriormente; una rara sensación de náuseas, provocada por su convicción de que la llamada de Gabriela había sido escuchada y que Juan acudía a su reclamo...

Capítulo 14

LOS GUASOS comenzaron a reunirse antes del amanecer y los sonidos de gran actividad en el corral despertaron a Serena. Se estaba preparando un ruedo con arena y rodeado de cercas de bejuco. Serena pensó que se parecía a un gran cesto de ropa, cuando la curiosidad la llevó a investigar. Los guasos, vestidos con sus alegres ponchos, tenían una apariencia orgullosa y digna al sentarse bien derechos sobre sus cabalgaduras. El homo y el caballo eran allí indispensables el uno para el otro; por lo tanto, los animales estaban bien entrenados, cuidados y atendidos.

Aunque ocupados, los guasos tuvieron tiempo para saludar a la bella inglesa y a la niña que cada día se parecía más a su rubia "mamaíta" de ojos azules. Pronto llegaron más jinetes de otras haciendas. Comenzaron a aparecer los coches de la clase alta del distrito; amigos de don Alberto con sus familias, madres con ojos observadores e hijas obedientes, para quienes la fiesta representaba otro acto social en el que podían buscar y seleccionar probables maridos..

Serena no había visto a Juan, así que cuando se anunció la primera competición y don Alberto se paró junto a ella, preguntando por su nieto, sólo pudo contestarle con una evasiva.

-Estará en alguna parte... quizá en el corral organizando el rodeo.

-¿Organizando? -soltó una risotada ¡Más bien preparándose para participar! Cada año me asusto más por los peligros que corre, pero él se ríe y hace lo que le place. No es que me gustara que fuera diferente -se ablandó-; es un hombre hecho para lo que nació..., voluntarioso y lleno de orgullo.

A pesar de su intención de aparentar indiferencia, Serena comenzó a buscar entre la muchedumbre que se formaba alrededor del ruedo, para encontrar la cabeza morena de Juan. Impaciente por su propia debilidad, trataba de concentrarse en la primera competición: los guasos luchaban por enlazar y amarrar a un novillo en el menor tiempo posible.

La segunda era montar a pelo, y don Alberto las llevó a ella y a Wendy hacia un estrecho pasillo que conducía al ruedo, donde, detrás de una puerta cerrada, sujetaban a un caballo con los ojos vendados para que el jinete se montara. El pasillo no era lo bastante ancho como para permitir que el caballo, que pateaba salvajemente, lograra darse la vuelta, por lo que no tenía otra alternativa que someterse al jinete.

En el momento que éste se sentaba, le quitaban al animal la venda y se abría la puerta, permitiéndole salir. Serena logró apenas ver el rostro del jinete que en aquel momento saltaba al ruedo, cuando pasó rápidamente cerca de ella para ser recibido con vítores de la muchedumbre entusiasmada. Su boca se secó y con los ojos agrandados vio el cuerpo de Juan doblarse como un resorte, primero hacia atrás, luego hacia adelante, determinado a mantenerse sobre el caballo, que intentaba derribarlo.

Su protesta pasó desapercibida entre los gritos del público cuando el caballo saltó en el aire para caer con las patas abiertas con gran ímpetu. Su cuerpo se llenó de dolor como si fuera ella, y no Juan, el jinete. Cerró los ojos, temiendo ver su cuerpo viril pateado por los cascos frenéticos, y ante el sonido de mayor vitoreo los abrió,

para verlo, aún sentado en la silla y escoltado fuera del ruedo por otros jinetes; la cabeza morena echada hacia atrás, los dientes blancos mostrándose en una sonrisa triunfante hacia los espectadores que aplaudían.

Estremecida profundamente, se alejó lo más que pudo del rudo hasta donde la llevaron sus piernas temblorosas. Encontró un banco desocupado y se sentó, permitiendo a Wendy bajarse de sus brazos para jugar en el césped alrededor de ella. Trató de encauzar sus pensamientos caóticos, para afrontar la verdad que se le presentaba con el impacto de los cascos, obligándola a comprender la verdad que el peligro sacaba a la superficie:

¡Estaba enamorada del hombre que pensaba odiar!

De repente su hombre ideal tenía facciones: Una boca despiadada y también apasionada, que podía derretirse en ternura; ojos penetrantes, ahora insondables y llenos de temperamento arrebatado al minuto siguiente; nariz fina y bien dibujada, mejillas bronceadas que se contraían cuando sonreía con expresión tan devastadora que era capaz de obligar a su corazón a dar un salto mortal. Escuchó la voz en sus oídos, recordándole el tono suave y sensual de las palabras de amor que pronunciara a su oído, contra su cabello, sobre la curva de su cuello y de sus hombros, la noche que comenzó como castigo para terminar en un confuso embeleso.

Con un gemido se cubrió los ojos, tratando de borrar de su mente los recuerdos, preguntándose cómo había podido estar tan ciega como para equivocarse sus emociones; el cuerpo tembloroso y los sentidos confusos, haberlos tomado por síntomas de odio. ¿Desde cuándo lo amaba? Volvió mentalmente hasta el momento en que se conocieron, viendo asombrada que ya entonces la atracción se inició bajo la máscara del odio hasta que un repentino peligro la hizo encontrar su nombre: ¡Amor! Lo amaba tanto, que sólo pensar en las patas del caballo golpeando su cuerpo contra la arena, era suficiente para hacer brotar lágrimas de sus ojos. Examinó aquel amor recién descubierto, hasta que no le quedó espacio en su corazón para el orgullo. Pensó en las horas de éxtasis que compartieron, sin sentir vergüenza ni remordimiento, sólo un deseo posesivo y el pánico de que quizá nunca más volvería a sentir la gloria de amarlo y de ser amada por él.

Recordando lo sucedido aquella noche, estaba tan abstraída que o vio la figura de Wendy dirigirse hacia la cerca, pues desde el otro lado oía la voz de su hombre favorito. Volvió de su abstracción justo en el momento de ver los talones de Wendy desaparecer por un hueco en la cerca, lo bastante grande como para permitirle la entrada. Trató de gritar, pero el terror convirtió su voz en gemido. Echó a correr y, cuando llegó a la cerca, oyó un grito de espanto que salía de las gargantas del público. El palpitar de su corazón se detuvo, suspendido por lo que contempló.

En el centro del ruedo estaba Juan, concentrando toda su voluntad en la lucha contra un toro feroz. Paralizada, Serena lo vio dirigirse hacia la bestia, manteniéndola junto a una pared marcada con banderas. Después comenzó a guiarlo en la dirección opuesta, de nuevo sin usar la fuerza, demostrando la habilidad que había adquirido en la pradera, clasificando inmensos rebaños de ganado para marcarlo o embarcarlo,

obligando a las reses a hacer lo que él quería.

Pero en esta ocasión los ojos de los espectadores no se complacían con en su destreza. Aterrorizados, miraban la pequeña figura gateando a través del ruedo, inconsciente del peligro, ansiosa por atraer la atención del hombre entregado a su arriesgada faena.

Serena gritó; un grito fuerte de terror que interrumpió la concentración de Juan, haciéndole darse la vuelta en la silla.

-¡Cristo bendito! -Su exclamación resonó en el ruedo y, tan bruscamente como dijo estas palabras, saltó de la silla para correr hacia la niña.

Era la oportunidad que esperaba el toro airado. De inmediato, después de que su adversario le diera la espalda, bajó la cabeza preparándose para embestir.

Serena vio la carrera frenética de Juan por alcanzar a Wendy y sacarla de la arena mientras que el toro avanzaba hacia él. Entonces cerró los ojos, cayendo en un desmayo que le impidió ver el inevitable final.

No vio a los guasos que, moviéndose con rapidez, hicieron un círculo protector alrededor de Juan y la niña antes de obligar al toro a regresar al chiquero. Tampoco fue consciente de que la llevaban a la casa, ni de los sirvientes corriendo para cumplir con las solicitudes de brandy y de toallas mojadas para refrescar su frente. Todo lo que sabía, mientras luchaba por salir de la agonía, era que había perdido todo lo que amaba, y el primer nombre que musitaron sus pálidos labios fue:

-¡Juan!

-¡Estoy aquí, querida! -La respuesta debía ser, pensó ella, un eco del cielo. Los pesados párpados se alzaron de sus ojos atormentados y en el primer instante estuvo demasiado confundida como para esconder sus sentimientos... la alegría, el alivio que experimentó al verlo.

-Ahora descansa... te prometo que Wendy y yo regresaremos cuando te sientas más fuerte.

Con Bella y Carmen moviéndose de un lado a otro en la habitación, no se sintió libre para contestarle, pero su corazón estaba en sus ojos cuando lo vio en la puerta llevando en brazos a la niña. Él se volvió para mirarla antes de salir de la habitación en penumbra, dejando tras de sí el tintineo de sus espuelas.

Ella recordaba aquel sonido mucho después de su partida y la acompañó en las profundidades del sueño, como recordatorio de que no habría nada que temer al despertar. Horas después, cuando se sintió capaz de levantarse y ponerse una bata de casa, encontró que sí sentía miedo... miedo de que Juan se burlara de sus sentimientos expuestos, de la brusquedad con la que podría mover el látigo poderoso de su sarcasmo sobre sus emociones indefensas.

Era temprano aún cuando regresó a la noche. Hacía rato que dismantelaran el ruedo. La gente se había dispersado y, mientras estaba sentada junto a la ventana abierta, una brisa llena del aroma de las flores, levantaba su cabello de la frente, refrescando sus pálidas mejillas. Ella supo que había entrado, pero no se movió. Juan acababa de bañarse y el olor de colonia, mezclado con el aroma del tabaco recién

fumado, le sirvió de advertencia.

Juan habló en voz baja para no asustarla. Ella no dio señales de sorpresa y, en vez de volver el rostro, continuó mirando fijamente por la ventana.

-Carmen me ha dicho que estás casi recuperada, pero si no sientes deseos de hablar, volveré más tarde.

Serena respiró profundamente: lo que hubiera de ser dicho se diría y ahora mejor que después.

-Puedes quedarte. Por favor, siéntate.

Si él se sintió desconcertado por el tono de su voz, no lo dio a entender; la perturbó escogiendo para sentarse el ancho marco de la ventana, frente a ella. Aún así, se negó a enfrentar su mirada. Se clavó las uñas en las palmas de sus manos en cuanto él comenzó a interrogarla.

-El choque recibido debe haber sido muy grande para ti, ya que te ha hecho desmayarte. ¿Pensabas que la niña había sido herida?

Con un sentimiento de desconcierto, se dio cuenta por primera vez de que Wendy, la dulce y adorable nenita, en el preciso momento del peligro, había pasado a un plano secundario en su mente. Darse cuenta de ello le causó un temblor que él notó al instante.

-¿Tienes frío con esa ropa tan ligera?. ¿Te busco un abrigo?

-No, gracias, -Ciñó más la tela de algodón a su cuerpo-. Estaré bien en un momento. Los sucesos de esta tarde han sido tan... traumáticos...

-Lo han sido -aceptó Juan, dirigiéndole una mirada curiosa, penetrante.

De repente ella no pudo soportar más la espera de la inminente pregunta, la diversión que estaría tratando de esconder.

-Lo sabes, ¿no es así? ¿Por qué pretendes que lo ignores?

Suavemente se movió, acercándose mucho a ella.

-¿Qué sé, querida? Dime, ¿qué es lo que quieres que sepa?

-Lo sabes -su voz se quebró en un sollozo-. ¡Lo sabes, bestia, sabes que estoy enamorada de ti!

¡Allí estaba, al descubierto, dicho al fin!

Con calma, Juan la puso de pie y ella sintió un temblor en el cuerpo cuando con ternura le apretó la cabeza contra su hombro.

-¿Y eso es todo lo que necesito saber, Serena?

Su cercanía era perturbadora.. Podía sentir el fuerte palpar de su corazón a través de la bata ligera y sintió que él luchaba por controlarse mientras esperaba una respuesta.

Juan la veía humillada y aún así no estaba satisfecho... ¡estaba claro que quería destruir por completo su orgullo! Levantó la cabeza y, llena de suave dignidad, confesó:

-Sospecho que de alguna manera adivinaste que te engañaba. Wendy no es hija mía, sino mi hermana. Yo deseaba herir tu orgullo y ésa era la única manera en que podía hacerlo... lo siento...

-¡Y debes sentirlo, mi querida atormentadora! -le regañó y, tomándole la cara

entre sus manos, la forzó a mirarlo a los ojos-. ¡Oh, querida! -gimió- me has castigado bien... inadie podría comprender la tortura que me has hecho sufrir! Te perdono, tengo que perdonarte porque, amor mío, ino puedo vivir sin ti!

Se apoderó de los labios abiertos por la sorpresa, bebiendo de su dulzura como un hombre sediento, apretando su cuerpo con tanta' fuerza, que Serena creía que la iba a ahogar, pero no puso ninguna objeción. Estaba tan sorprendida que le era aún imposible creer lo que oía.

-Te adoro, mi tierna esposa -murmuraba Juan-. Me vuelves loco de deseo, tanto que he tenido que pasar la noche cabalgando para evitar que mi hambre me hiciera robar de nuevo lo que no me darías por tu propia voluntad. ¡Oh, corazón mío! -de una en una besó cada lágrima de sus mejillas-. ¿Y tú me puedes perdonar por imponerte mis atenciones brutales? El recuerdo de aquella noche vergonzosa me va a perseguir el resto de mi vida.

¡Así que fue aquella noche cuando descubrió su secreto! ¡Qué tonta fue al pensar que sería incapaz de notar que tenía en sus brazos a una completa novicia! Se colgó de él, con temor de soltarlo, por si acaso los momentos maravillosos fueran sólo un espejismo.

-¿Por qué... ha sido necesario torturarme para que admita lo que tú descubriste por tu cuenta?

El se tomó tiempo antes de contestar; primero besándole los ojos, luego la punta de la nariz, el pequeño hoyuelo junto a la curva de los labios...

-Porque es esencial que empecemos a ser sinceros el uno con el otro.

Audaz, mas todavía insegura y temerosa de irritarlo, ella revivió un tema que le causaba mucho dolor.

-Tú me pides sinceridad, así que yo tengo derecho a lo mismo. Dime: ¿debo continuar compartiéndote con Gabriela? ¿Mantendrás compartimentos separados en tu corazón para ella y para mí?

-¿Gabriela? Ha habido muchas Gabrielas en mi vida, como sombras que se reflejaron en la pared... pero sólo hay una sustancia divina, mi vida, sólo tú eres la llama que alimentará siempre la hoguera de mi amor.

Conmovida profundamente, Serena se sintió en confianza para bromear.

-¿Te hubiera importado mucho si Wendy en realidad hubiese sido mi hija?

Esta vez ella conjuraba a un diablo adormecido.

-¡Sí! -contestó con brusquedad, apretándole el brazo hasta el punto de lastimarla-. ¡Hubiera importado mucho!

Siguió un interludio durante el cual él no permitió que se dijera ni una palabra más. Parecía querer pedir disculpas por todo lo que había hecho o dicho, cada comentario hiriente, cada acción dolorosa... por medio de un beso. Y en realidad tenía tanto por qué disculparse, que la pasión se hizo impaciente y ardió el fuego del deseo, devorándolos hasta que finalmente los absolvió de todos sus pecados.

Mucho después, se encontraban junto a la ventana, abrazados, mirando el disco de la luna dorada brillando sobre su heredad, sobre los kilómetros de pampas, el

pueblo donde habitaban los guasos y sus familias, la gran casa rodeada por el laberinto de jardines... Serena suspiró, y la comunión de almas era tal, que Juan supo inmediatamente los pensamientos que la perturbaban.

-Renunciaré a todo si lo deseas -le dijo con tal sinceridad, que ella se sintió avergonzada de sus dudas-. Es más -la estrechó con mayor fuerza cuando ella se acurrucó en sus brazos-: yo disfrutaría el reto de comenzar de nuevo para ofrecer a mi pequeña familia todas las comodidades de la vida con mis propias manos.

Serena atrevióse a murmurar:

-¿No lamentas la presencia de Wendy?

Él estaba demasiado lleno de felicidad como para irritarse por la pregunta.

-Adoro a esa niña tanto como adoraré a nuestros propios hijos. Pero no has contestado a mi pregunta, querida. El abuelo no se ha ido aún de la hacienda, pues estaba demasiado preocupado por ti. ¿Debo ir a él para explicarle que deseo romper los papeles que firmamos ayer como prueba de mi amor?

Cogió el dulce rostro preocupado entre sus manos y esperó. El más arrogante de los Valdivia, le estaba dando a ella la posibilidad de marcar su destino, su futuro y su dicha los dejaba a su voluntad.

Serena no titubeó.

-No -le dijo con voz suave-. Una decisión semejante podría romperle el corazón a tu abuelo. Además -recobró el aliento cuando la mano de él buscó su corazón, haciendo que se acelerasen sus latidos-, el cóndor necesita espacio para extender sus alas. Vuela veloz y vuela alto si lo necesitas, mi amor, pero construyamos aquí nuestro nido, en el valle del paraíso.

Margaret Rome - Esposa de segunda mano (Harlequín by Mariquiña)